



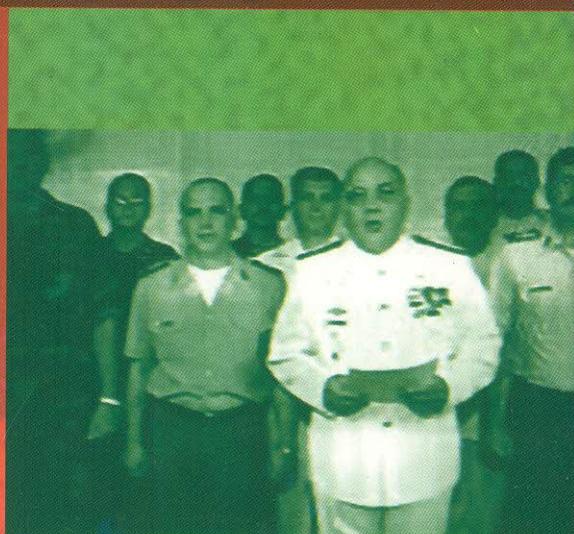
Alexis Rosas



LA NOCHE

DE LOS GENERALES

La verdad sobre el golpe del 11-A



Fondo Editorial Ipasme

Comandante Hugo Rafael Chávez Frías (†)
Lider supremo de la Revolución Bolivariana

Nicolás Maduro Moros

Presidente de la República Bolivariana de Venezuela

Jorge Arreaza

Vicepresidente Ejecutivo de la República Bolivariana de Venezuela

Maryann Hanson

Ministra del Poder Popular para la Educación

Junta Administradora del IPASME

Lic. Silfredo Zambrano V.

Presidente

Lic. Noris Coromoto Figueroa Bastidas

Vicepresidenta

Prof. Pedro Miguel Sampson Williams

Secretario

Fondo Editorial IPASME

Diógenes Carrillo

Presidente



Gobierno Bolivariano
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la Educación

IPASME

Fondo Editorial



COLECCIÓN



ALEXIS ROSAS

LA NOCHE DE LOS GENERALES

La verdad sobre el golpe del 11-A



Fondo Editorial Ipasme

LA NOCHE DE LOS GENERALES

Alexis Rosas

Depósito Legal: If65120138001480

ISBN: 978-980-401-177-1

Diagramación y Portada: **Elia Gallegos**

Edición: **Ángel Méndez**

Producción: **Luis Durán**

Fondo Editorial Ipasme

Locales Ipasme, final calle Chile con Av. Victoria

(Presidente Medina) Urbanización Las Acacias

Municipio Bolivariano Libertador, Caracas.

Distrito Capital, República Bolivariana de Venezuela

Apartado Postal: 1040

Teléfonos: 0058 (212) 633 53 30

Fax: 0058 (212) 632 97 65

A mis padres, Sabás y Nieves (in memoriam)

PRESENTACIÓN

Este libro vio su primera edición en el año 2005. Desde entonces se han publicado otras cinco ediciones. Esta que usted tiene en sus manos es la versión corregida y actualizada de los sucesos que vivimos todos los venezolanos, a partir del 11 de abril del 2002. Los hechos aquí contados son ciertos. Para escribirlos me he basado en los testimonios de los protagonistas ante la Fiscalía General de la República, el Tribunal Supremo de Justicia y la Asamblea Nacional. También, en entrevistas realizadas con algunos de los participantes.

Es la historia que nunca más quisiéramos volver a escribir porque estos sucesos jamás deberían repetirse.

PRIMER DÍA LA MASACRE

Desde que sale de Parque del Este, en Caracas, la marcha lleva la muerte pisándole los talones, paso a paso, pero los miles de ciudadanos que gritan consignas contra el Gobierno lo ignoran. Ignoran que no son más que conejillos de indias, la carne de cañón que, en nombre de la Democracia, será blanco de un diabólico plan orquestado desde hace meses para tumbar al Presidente.

Sí lo saben unos cuantos dirigentes que han escogido este 11 de abril de 2002 como el día D para la ejecución del plan. Lo saben siete inescrupulosos personajes que, armados con rifles de mira telescópica, esperan para actuar con artera precisión. Lo sabe, también, cómo no, el jefe de la legación diplomática norteamericana porque la CIA tiene un informe sobre lo que va a ocurrir antes de que ocurra, antes de que los hechos se desaten, se descontroren y la sangre inocente se vierta en las calles de la ciudad.

Pero, sobre todo, lo saben algunos militares que se han venido preparando a la espera del momento preciso para dar el zarpazo aleñoso a la constitucionalidad, y, por eso, ayer nomás, uno de ellos, el general Néstor González González, se ha declarado en abierta desobediencia, denunciando la supuesta injerencia de la guerrilla colombiana en el país bajo la protección del gobierno de Hugo Chávez.

Pero la verdad es que un grupo de generales y almirantes busca que el Presidente suspenda su viaje a la reunión de la Cumbre de Río en Costa Rica, porque necesitan tenerlo en suelo venezolano como parte del complot que hoy ha comenzado a ser ejecutado.

Como lo diría el contralmirante Carlos Molina Tamayo, “Nosotros decidimos que Néstor... el general Néstor González González..., saliera a la luz pública porque Chávez se iba a Costa Rica y teníamos que tener a Chávez en Venezuela; entonces, ese pronunciamiento del general González González hace que Chávez se quede en Venezuela y ahí es donde nosotros activamos el plan definitivo, que no le dábamos más de veinticuatro horas, y así fue...”

Ese mismo día diez de abril en que el general González González se declaró en rebeldía, en el Ministerio de la Defensa estaban reunidos el titular del despacho, José Vicente Rangel; el inspector general de la FAN, general Lucas Rincón; el comandante del Comando Unificado de la FAN, Cufan, general Manuel Rosendo; el comandante general del Ejército, general Efraín Vásquez Velasco; el comandante general de la Armada, vicealmirante Jorge Sierraalta Zavarce; el comandante de la Guardia Nacional, general Francisco Belisario Landis; el jefe del Estado Mayor Conjunto, vicealmirante Bernabé Carrero Cuberos, y el comandante de la Guarnición de Caracas, general Jorge García Carneiro.

Hablan sobre la marcha de la oposición del día siguiente y las consecuencias que podría traer consigo, pues ya se dice que los organizadores la dirigirán a Miraflores, y en ese momento justo aparece en pantalla el general González González haciendo el anuncio.

La marcha sale alegre, gritando consignas en defensa de los gerentes petroleros despedidos por el Presidente en su programa dominical y en poco tiempo se transforma en multitud animosa e impresionante de cientos de miles de personas que, democráticamente, protestan por lo que consideran una violación de la Constitución Nacional y exigen el reintegro de los despedidos a sus trabajos y la destitución de la directiva de Pdvsa nombrada por el Gobierno.

Los días precedentes, las emisoras, las televisoras y los diarios aliados de la oposición han emprendido una feroz campaña que ha hecho mella en la sociedad civil, la cual, penetrada hasta los cimientos por la manipulación mediática, ha decidido lanzarse por la calle del medio en defensa de sus derechos, que creen conculcados por el proceso revolucionario que lidera Chávez.

Precisamente, la CTV y Fedecámaras han realizado un paro de 24 horas que ayer han extendido otras 24, y se ha lanzado por todos los rincones del país la intolerante consigna de “¡Ni un paso atrás!”, como lema de la guerra que esa tarde transformará al centro de Caracas en un campo de batalla donde sucumbirán, cuándo no, los más débiles.

Por supuesto, todo eso ha acelerado la adrenalina de la oposición que ve el momento apropiado para caerle encima a un Gobierno al que consideran disminuido en el apoyo popular, estupidez a la cual han contribuido ciertas encuestadoras llevadas de las manos de empresarios que toda la vida han subestimado a los sectores más desposeídos de la población.

La marcha es canción y alegría, animosidad y lucha, porque el venezolano, que no se deja arredrar fácilmente, es eso en cualquier circunstancia: un luchador constante y tenaz.

Es, también, derroche de belleza, porque, parafraseando al viejo Marx, hay que reconocerle a la derecha la majestuosidad de sus mujeres y si algo hay en la marcha sin voluptuosas féminas de sonrisa en ristre y hermosas miradas que coquetean con la rabia, con cintillos recogiendo sus cabellos, pantalones ajustados y franelas con frases alusivas a la protesta.

Con ellas marchan damas de cierta edad, algunas en sillas de ruedas; hombres de todas las edades, incluyendo ancianos, y niños, inocen-

tes niños, todos ellos calzados con zapatos de goma para aguantar el kilometraje a recorrer. Pues, a pesar de que se ha establecido en principio que el trayecto será desde el Parque del Este hasta Chuao, donde se realizará una concentración, en muchas mentes subyace la idea de que el objetivo será otro, en realidad: el Palacio de Miraflores donde se encuentra el odiado enemigo a vencer.

La marcha va 'protegida' por la Policía Metropolitana, según la declaración de su comandante, el comisario Henry Vivas, y la dirigen los presidentes de la CTV y Fedecámaras, Carlos Ortega y Pedro Carmona Estanga, insólitamente avenidos en un matrimonio morganático que llevará al país a partir de ese día por el camino sin regreso de la irracionalidad más abyecta.

También la encabezan dirigentes políticos, como los secretarios generales de los principales partidos de la oposición; el gobernador de Miranda, Enrique Mendoza; el alcalde metropolitano, Alfredo Peña, y los alcaldes de Chacao y Baruta, Leopoldo López y Henrique Capriles Radonsky, entre otros funcionarios gubernamentales del país, y militares como el general Guacaipuro Lamedo y el almirante Carlos Molina Tamayo.

Parecen unidos por un objetivo común pero falta poco tiempo para que se demuestre que cada uno busca un sendero diferente, cada cual con un interés personal, y en eso cuenta mucho esa impresionante marejada humana a la que más que como seres humanos, ven como votos decisivos en elecciones venideras.

A medida que pasan las horas, la manifestación se hace más grande y ruge como mil leones hambrientos, porque se le va uniendo gente llegada de todas partes de Caracas y de la provincia. Juegan al todo o nada, sin darse cuenta de la peligrosidad de los absolutismos, y por eso pocos sospechan lo que va a suceder, así que, cuando el

presidente de la CTV ordena cambiar el rumbo hacia Miraflores, todos obedecen sin chistar, sin preguntarse qué les espera más allá.

Nadie razona acerca de la magnitud del paso que están dando; nadie pone objeciones, porque las masas, cuando se transforman en multitud, actúan irreflexivamente, con lo que se arriesgan a ser pasto de lobos hambrientos, y en esta ocasión los lobos están disfrazados de ovejas dentro de la marcha misma.

Van cantando ‘se va, se va, se va’ y ‘va a caer, va caer, este Gobierno va a caer’, en clara alusión al presidente Chávez a quien piensan pedirle la renuncia, los más conservadores, y a quienes tratarán de derrocar los más radiales.

Quieren cobrar la afrente como sea, y no regresarán sin su codiciada presa, pero la inmensa multitud se olvida de que muchos de esos políticos que ahora les hacen guiños, y a quienes acompañan mansamente, fueron los culpables de la grave situación económica que encontró Chávez al ganar las elecciones de 1998.

En el Ministerio de la Defensa, Rangel observa el momento en que Carlos Ortega ordena avanzar sobre Miraflores y se da cuenta de la gravedad de la situación. Entonces pide comunicación con Marcel Granier, vicepresidente de Radio Caracas TV. Rangel ha sido interlocutor varias veces entre el Presidente y los dueños de medios; por eso mantiene permanente contacto con ellos.

“¿Estás viendo esa locura, Marcel? Van hacia Miraflores. Allá hay una multitud apoyando al Presidente y un encontronazo entre los dos bandos será demasiado peligroso”.

“Déjame ver qué puedo hacer para que cambien el rumbo de la marcha”, promete Granier.

El ministro llama entonces a Alberto Federico Ravell, de Globovisión, quien también se compromete a actuar. Pero ya es demasiado tarde. Todo parece estar dicho y lo que va a suceder, sucederá, sin que nadie pueda detenerlo.

En las adyacencias de Miraflores, como bien ha alertado el ministro, los chavistas están concentrados para defender al Gobierno nacional. No es una concentración improvisada, ni se ha producido hoy con motivo de la marcha: es una vigilia que lleva varios días. Los chavistas de Caracas y las comisiones de diferentes partes del país, ante la huelga nacional decretada por la CTV y Fedecámaras y la arremetida de los empleados petroleros, han decidido hacer frente con decisión a los opositores y por eso llevan varios días frente al palacio.

Este jueves 11 de abril, en la concentración, al compás de las canciones de Alí Primera, dirigentes políticos del MVR, como los diputados Juan Barreto, Nicolás Maduro, Cilia Flores y Darío Vivas, entre otros, y los ministros de Educación., Aristóbulo Istúriz; de Salud, María de Lourdes Urbaneja, y del Ambiente, María Elisa Osorio, instan a sus partidarios a resistir, a impedir el acceso de los enemigos del Presidente a la sede del poder nacional.

Por supuesto, al conocer a través de la radio y la televisión el cambio de ruta de la marcha, las autoridades han ordenado tender un colchón de seguridad, a fin de impedir el choque de trenes que nada bueno presagia, y desde su despacho, reunido con algunos oficiales, el Presidente sigue el curso de los acontecimientos.

Chávez ignora que ese operativo de seguridad esta en manos enemigas, pues uno de sus coordinadores es el general Luís Camacho Kairuz, quien, entre las sombras, se ha pasado al bando contrario.

El primer anillo de seguridad lo monta la Guardia Nacional; un segundo anillo deberá montarlo la Policía Metropolitana tan pronto la marcha llegue al centro de Caracas.

Los manifestantes caminan sin prisa pero sin pausa. Cientos de miles de personas salen de todas partes y hasta la autopista Francisco Fajardo le queda pequeña cuando la gente se mete en sus canales con paso firme hacia Miraflores.

En el cielo claro y abierto aparece de pronto un helicóptero de la Disip, cuyos funcionarios toman imágenes de la impresionante manifestación. En ese aparato va el vicepresidente de la República Diosdado Cabello, quien se da cuenta de la magnitud de la marcha y de lo que podría suceder si se encuentra con las personas concentradas al frente del palacio.

Desde abajo, la gente lanza improperios hacia el helicóptero. Para ese entonces la manifestación es un gigantesco monstruo de cientos de miles de cabezas, y esa sola imagen es premonitoria de que estamos a punto de presenciar hechos inéditos en el país.

Ese día, Diosdado Cabello desaparecerá. Mantendrá algunos contactos con el Presidente en los cuales le informará que han sido traicionados por oficiales que suponían leales. Le habla de Manuel Rosendo pero Chávez no le creerá.

Como vicepresidente, Cabello es consciente de que si algo ocurre, tendrá la responsabilidad de ocupar la Presidencia. Su esposa lo respalda cuando decide desaparecer de la escena. Ella le dice: “Estamos bien, no nos llames porque te pueden contactar telefónicamente”, y Cabello solo volverá a aparecer cuando, en una declaración a CNN, dirá que en el país se ha consumado un golpe de Estado.

La marcha sigue su inexorable destino. Aquellos que pueden detener la tragedia nada hacen; al contrario, avivan la llama en medio del polvorín. El interés es ese, precisamente: que todo el mundo se desboque, como el primer paso para la acción militar que buscará el derrocamiento del Gobierno.

En Fuerte Tiuna, al sur de la ciudad, el grupo de militares sediciosos sigue por televisión los acontecimientos, esperando el momento oportuno para actuar. Pero el general Jorge García Carneiro, comandante de la III División de Infantería del Ejército y de la Guarnición de Caracas, se les adelanta y previendo lo que va a suceder, coloca varios tanques Dragón 300 en la entrada de la alca-bala N° 3 del fuerte. Allí, arenga a sus soldados a impedir la salida de otras unidades militares. García Carneiro viene de ser jefe de la Casa Militar, donde mantuvo estrecho contacto con al presidente Chávez, a quien admira.

En la sede los partidos MVR y PPT, que apoyan al Presidente, los rostros son de preocupación porque muy pocos tienen dudas de que la marcha será lanzada como un tsunami humano contra los efectivos militares que obstaculizan el camino a Miraflores. No habrá forma de detenerla, a menos que el país se derrame en sangre.

De eso, de derramar sangre, se encargarán los siete hombres estratégicamente ubicados en los techos de algunos edificios desde donde, por igual, dispararán inmisericordemente su carga de muerte sobre los indefensos partidarios del Gobierno y de la oposición para sembrar el terror e incitar a las masas a cobrar venganza.

En esos momentos, efectivos de la Policía Militar encabezados por el comandante de Logística del Ejército, general Martínez Vidal, se dirigen a la salida de Caracas, a fin de tomar el peaje de Paracotos con la intención de controlar el acceso y la salida entre Caracas y

Maracay, ciudad esta donde los golpistas saben que la oficialidad está con Chávez.

Y lo saben porque las semanas precedentes el comandante del Ejército ha estado visitando las guarniciones haciendo un balance de recursos para lograr sus objetivos, y en Maracay, el 8 de abril, se ha encontrado con el liderazgo del general Raúl Isaías Baduel, a quien apoyan sus subalternos, por lo que ha salido con las manos vacías.

En la Asamblea Nacional, entretanto, hay nerviosismo. Su presidente, William Lara, propone declararse en sesión permanente, pero otros diputados rechazan la idea. Están justo en el ojo del huracán, el centro de la ciudad, apenas a tres cuadras de Miraflores. Y al final, estratégicamente, deciden salir del palacio legislativo.

Pero todavía es temprano, pues los manifestantes deberán cubrir un largo tramo de diez kilómetros para llegar a su objetivo. Eso abre la posibilidad de que los grupos que apoyan al Gobierno lleven más gente a los alrededores de Miraflores para protegerlo. Estos solo cuentan con palos y piedras; palos y piedras contra armas largas manipuladas por hombres entrenados en el arte ominoso de matar a mansalva.

Otros dirigentes gubernamentales se instalarán en hoteles de la ciudad, a fin de estar a la expectativa por si los acontecimientos desbordan al Gobierno. El diputado Tirso Silva Magallanes los lleva a El Paraíso y El Junquito. En caso necesario, ellos serán los encargados de movilizar a la gente de las barriadas. Ignoran, sin embargo, que los acontecimientos se precipitaran de forma tal que desbordarán cualquier previsión.

Durante la mañana, los ministros se han ido reuniendo en la vicepresidencia de la República, donde conversan con el titular de esa cartera, Diosdado Cabello, quien ha regresado del viaje en helicóp-

tero. Nadie sabe nada, porque dentro de su despacho el presidente Chávez ha optado por reunirse con el ministro de la Defensa y el alto mando militar, encabezado por el general en jefe Lucas Rincón, quien lo ha mantenido informado de los acontecimientos.

Tres días antes, el 8 de abril, esos ministros y el alto mando han tenido una reunión en la que se les ha puesto sobre aviso acerca del peligro de un intento de golpe, y se les han explicado los pormenores del Plan Ávila que, según la Constitución, la Ley Orgánica de Administración Pública y la Ley Orgánica de la FAN, entre otras, el Gobierno puede poner en práctica en caso de emergencia extrema.

Pero ni el Presidente, ni los ministros, ni los oficiales leales han sido capaces de darse cuenta de que en el mismísimo alto mando están los organizadores del golpe, de manera que cuando este se ponga en marcha, todos serán cogidos por sorpresa.

El Plan Ávila es una derivación del Plan Rector Nacional llamado Soberanía, y no es más que un conjunto de operaciones que ejecutan las unidades de la FAN acantonadas en la Guarnición Militar de Caracas, con jurisdicción en el Distrito Capital y los estados Miranda y Vargas, para hacer frente a situaciones en las cuales se ponga en peligro la paz ciudadana.

Mediante el Plan Ávila se garantiza el normal funcionamiento del transporte colectivo y el abastecimiento de alimentos, medicinas y combustible a la población, a la vez que sirve para apoyar a la Dirección Nacional de Protección Civil en caso de situaciones extremas causadas por inundaciones, incendios, terremotos, o epidemias, como sucedió en la tragedia de Vargas de 1999.

Para la ejecución del plan, los componentes de la FAN se organizan en grupos de tareas conjuntas con áreas, sectores y subsectores asignados por cada unidad. La acción se divide en tres fases, ade-

más de una preliminar, que consiste en una alerta temprana, en organizar las unidades, chequear los equipos y vehículos y realizar una revisión pasiva de los puntos críticos.

La primera fase es el apoyo de la Guardia Nacional a los cuerpos de seguridad del Estado; la segunda, el patrullaje militar y la ocupación de puntos críticos; y, finalmente, la tercera, el retiro de las tropas, una vez que se ha restituido el orden.

En fin, se trata de un plan disuasivo que debería cumplir el objetivo de proteger a la ciudadanía, pero la respuesta será enérgica en caso de una alteración del orden público que trate de evitar que los militares cumplan con su deber. Al menos, en el papel ese es el objetivo, aunque algunas veces, como sucedió en el Caracazo (27 de febrero de 1989), los militares han exacerbado sus funciones y han dado muerte a cientos de personas inmisericordemente.

En el caso de los acontecimientos de este día, el Gobierno teme que los organizadores de la marcha lancen la manifestación contra el Palacio de Miraflores para provocar una masacre que ocasione la salida del presidente Chávez del poder; por eso, se han montado carpas para atender a los heridos en previsión de que las pasiones se desaten, como es fácil prever. Los puestos de auxilio, con médicos y paramédicos, han sido dispuestos en las cercanías del Palacio Blanco, frente a Miraflores.

A estas alturas los cálculos conservadores estiman en medio millón las personas que van en la marcha y, por supuesto, semejante marea humana lanzada contra el colchón de seguridad establecido en la avenida Urdaneta para proteger el palacio, ocasionaría la muerte de miles de personas de ambos bandos.

En cualquier circunstancia el Presidente se vería obligado a renunciar con las manos manchadas de sangre, en medio de una guerra

civil que, dada la forma como los ánimos se han ido caldeando en los meses precedentes, se produciría de inmediato.

Por las mentes de muchos pasa en ese momento la interminable guerra civil que se desató en Colombia desde el mismo momento en que fue asesinado Jorge Eliécer Gaitán, en 1948. El libro de Gabriel García Márquez, *Vivir para contarla*, refleja que en los primeros momentos, después del crimen, se produjeron miles de muertes en el vecino país.

Venezuela es un polvorín a punto de estallar, por la misma irascibilidad y la intolerancia que existe entre los partidarios del Gobierno y de la oposición, y la marcha que avanza hacia Miraflores puede ser la chispa que encienda la mecha. En el Gobierno nadie quiere eso y en el grueso de la oposición tampoco, pero algunas mentes maquiavélicas tienen preparado un plan para salir de Chávez, a quienes rechazan no solo por su ideología izquierdista sino por motivos raciales.

Por supuesto, en ese plan juegan un papel de primer orden los francotiradores que se han ubicado estratégicamente en las azoteas de los edificios aledaños al palacio, en especial los hoteles Ausonia y Edén, en la avenida Baralt. Serán ellos los que cometan los primeros 'crímenes necesarios' para poner en marcha toda la maquinaria golpista que esa misma tarde se moverá con inusitada precisión.

Según la denuncia que hará después el alcalde del municipio Libertador, Freddy Bernal, los grupos de la muerte son dirigidos por el secretario de seguridad ciudadana de la alcaldía Metropolitana, Iván Simonovis. Simonovis, preso, sometido a un controvertido juicio y sentenciado a treinta años de presidio, dirá después que, al contrario, trató en todo momento de que la manifestación no llegara a Miraflores.

Como sea, la investigación de la Asamblea Nacional determinará que en la zona donde actuaron los francotiradores, el cordón de seguridad le correspondía a la Policía Metropolitana. Pero la investigación policial dejará abierta la posibilidad de que algunos miembros del partido de Gobierno, al disparar repeliendo la agresión, causaran también la muerte de varias personas. Incluso, algunos guardias nacionales también hicieron uso de sus armas, pues ese día reinaría la anarquía en todos los ámbitos, incluyendo al Gobierno mismo.

En las cercanías de la Plaza Venezuela, la tensión se siente en la sede de Patria Para Todos (PPT), el partido que más ministros tiene en el Gobierno. Encabezados por el secretario general, José Albornoz; el secretario de organización, Rafael Uzcátegui; el secretario de política, Rodolfo Sanz; el secretario electoral, Gustavo Hernández; el secretario sindical, Orlando Castillo, y el secretario de finanzas, Alfredo Laya, entre otros, la Dirección Nacional del partido analiza los acontecimientos.

Ya se han girado instrucciones a la militancia para que se trasladen a Miraflores a acompañar a la base del Movimiento Quinta República, el principal partido del país, en la defensa de la revolución.

En la reunión acuerdan trasladarse a la embajada de Estados Unidos a pedirle al embajador Charles Shapiro su intervención para impedir una tragedia. Pero este, a esas alturas, parece más bien un líder de la oposición, debido a la estrecha relación que tienen los dirigentes opositores con el Gobierno de Bush. Ilusamente, los perpetistas creen que si Shapiro les pide que no vayan a Miraflores, le harán caso.

Shapiro tiene poco tiempo en Venezuela. Es un ave de mal agüero, uno de esos tipos que donde quiera que estén ocurre algo. Basta

decir que era agregado militar en Chile cuando ocurrió el golpe de Estado planificado por el Gobierno de los Estados Unidos contra el presidente Allende, y luego estuvo en El Salvador y Honduras en los momentos en que la derecha y la policía atacaron a ciudadanos indefensos.

Por eso, la entrevista con el embajador está condenada al fracaso antes de comenzar. Shapiro se limita a mirarlos con aire de perdonavidas y les dice que no puede intervenir; más bien los insta a estar pendientes del curso de los acontecimientos, pues se van a producir hechos novedosos. Albornoz dice haber salido de allí con el convencimiento de la participación del Gobierno norteamericano en el golpe.

Entretanto, la marcha llega al centro de Caracas, a las dos y media de la tarde, y la primera intención de los organizadores es entrar a Miraflores por la Plaza O'leary y El Calvario, en las cercanías de la iglesia de Pagüita, para tomar la puerta N° 1 del palacio, pero son rechazados por los chavistas ubicados en la avenida Urdaneta. En una grabación que se da a conocer después se ve al general Lameda planificando la toma de esta prevención con algunos dirigentes opositores.

A partir de ese momento, los sucesos van de menor a mayor. Los manifestantes insisten y vuelven a ser rechazados. Entonces el diputado Juan Barreto, que ha estado arengando a sus compañeros desde la tarima ubicada frente al palacio, se les acerca a parlamentar, pero los ánimos están muy caldeados y la Guardia Nacional debe lanzar algunas bombas lacrimógenas para obligar a los manifestantes a retroceder, como en efecto retroceden.

El general Eugenio Gutiérrez, comandante del Comando Regional N° 5, ha sido encargado por el comandante de la GN, general

Francisco Belisario Landis, de adoptar un dispositivo de seguridad a fin de evitar la confrontación entre los partidarios del Gobierno y de la oposición. En este sentido, reúne a 1.500 hombres, que ubicados en cuatro sectores, han formado el primer anillo de seguridad en torno al palacio.

Del operativo se encargan, como queda dicho, el viceministro de Seguridad Ciudadana y el comandante de la Policía Metropolitana, junto con el estado mayor del Regional 5. Dentro del palacio, mil hombres de la Casa Militar y el Regimiento de la Guardia de Honor están encargados de la vigilancia y de preservar las vidas de quienes allí trabajan, incluyendo al Presidente de la República.

“Los primeros en llegar a la zona donde estaban los guardias nacionales, en los alrededores del Puente Nueva República -diría el general Gutiérrez en el curso de las investigaciones posteriores- fueron unos oficiales en la honrosa situación de retiro, con un numeroso grupo de manifestantes quienes les acompañaban en la marcha... Los integrantes de la Guardia Nacional presentes en el lugar dialogaron con ellos informándoles de los riesgos existentes por el posible enfrentamiento entre los grupos antagónicos y de los daños y riesgos que se podían producir en las personas y propiedades pero ellos lamentablemente desatendieron las indicaciones... A partir de ese momento, la marcha pasó de pacífica a violenta, ya que los oficiales retirados que encabezaban a los manifestantes incitaron a los integrantes de la marcha a avanzar a como diera lugar y agredieron a los efectivos... Esa situación obligó a activar las medidas de orden público a fin de evitar un enfrentamiento de ambas masas, lo que hubiese traído consecuencias incalculables.

“Otra situación conflictiva se produjo -añadió- cuando el punto de control establecido por la Policía Metropolitana que se encon-

traba frente a la estación del metro de El Silencio, desaparece de manera sorpresiva, lo que fue aprovechado por los manifestantes del sector de la oposición, quienes tumban dos paredes del Liceo Fermín Toro y arremeten violentamente contra los puntos de bloqueo de la Guardia Nacional que se encontraban en ese sector y en la Plaza Bicentenario, recibiendo las unidades de orden público del Comando Regional N° 5 agresiones con objetos contundentes, como piedras, botellas y bombas lacrimógenas, inclusive.

“Ante estas circunstancias, se implementaron las medidas de control de orden público para evitar que avanzara el sector proveniente de Chuao, quienes buscaban a toda costa enfrentarse con las personas ubicadas en las adyacencias del Palacio de Miraflores”.

En ese momento se producen los primeros disparos. Van dirigidos, al mismo tiempo, a la marcha opositora y a la concentración oficialista. En los alrededores de Miraflores cae herido un simpatizante del Gobierno, que es llevado de urgencia por compañeros al puesto de auxilio del Palacio Blanco. Frente al colchón de seguridad comienzan a caer los manifestantes de la oposición, la mayoría con tiros en la cabeza, hechos desde arriba, pues la trayectoria balística demostró posteriormente que iban en orden descendente.

Un funcionario de la Disip es impactado y se le ve caer al suelo. Parece muerto, pero no lo está. Nadie sabe que es uno de los escoltas de Diosdado Cabello, que apenas salía de la vicepresidencia cuando uno de los francotiradores hace blanco en su cabeza. Se llama Tony Velásquez y a pesar del daño ocasionado por la bala, con el tiempo logrará recuperarse en Cuba. Pero en ese instante es la más viva imagen de la muerte.

A partir de ese momento, el centro de la ciudad se transforma en un campo de batalla donde unos corren desesperadamente de un lado a otro, desorientados, otros disparan y otros más caen heridos o muertos. Las escenas son dantescas y por supuesto, los manifestantes de la oposición lanzan improperios contra el Gobierno nacional. Chávez, dentro de Miraflores, será blanco de la ira de buena parte del país.

Como será denunciado después, el contralmirante Héctor Ramírez Pérez, antes de que se produjera el primer disparo, ensayaba con algunos periodistas la declaración que saldría más tarde en la cual anunciaba que ya iban seis muertos. Y en la madrugada siguiente, ante los oficiales alzados, diría que el plan se estaba preparando desde hacía seis meses y que la sociedad civil se había comprometido a “poner los muertos”.

Dentro el Palacio de Miraflores, Chávez, que ha observado lo que sucede, le ha ordenado a la viceministra de Información Teresita Maniglia la convocatoria de una cadena nacional de radio y televisión, la cual ha dado comienzo a las 3:45 de la tarde, casi una hora después de los sucesos.

En el Ministerio del Interior y Justicia se produce, a las cuatro de la tarde, un encontronazo entre el ministro Ramón Rodríguez Chacín y el viceministro, general Camacho Kairuz. Este entra al despacho en momentos en que Rodríguez Chacín ve la cadena nacional en la que el Presidente está hablando de los sucesos. El general le dice que ha recibido informes de que la situación es muy crítica en el centro de la ciudad.

“También -añade- me han dicho que el general García Carneiro ha apostado tanques a las puertas de Fuerte Tiuna. En el operativo de seguridad nadie ha hablado de tanques, ministro...”

A lo que Rodríguez Chacín le replica, molesto:

“¡Esta gente quiere dar un golpe de Estado! ¡A la revolución hay que defenderla, general!”

Se levanta del asiento y se sube el suéter para mostrarle una pistola metida en su cinturón.

“Esta pistola, general, es para eso; para defender la revolución. Si algo sucede, no voy a esperar a que me detengan. Voy a salir a la calle a defenderme porque debemos ser patria o muerte con este proceso. ¿Usted está armado?”

“No, ministro, a pesar de ser militar activo y estar uniformado, no estoy armado”.

“Pues no se preocupe, que yo le conseguiré un arma”.

Pero Camacho Kairuz no la espera. Se da la vuelta sin pronunciar palabra y sale de la oficina del ministro a reunirse con los sediciosos y a las primeras de cambio, junto con los generales Martínez Vidal y Rafael Damián Bustillos, se comunica con los componentes militares para informarles que un grupo de oficiales tiene el control de las Fuerzas Armadas Nacionales, de acuerdo a un plan preestablecido, e insta a los comandantes de la Aviación, la Marina y la GN y a los generales Eugenio Gutiérrez y Jorge García Carneiro, los comandantes más importantes de la ciudad, a abstenerse de mover sus tropas porque están ‘plotados’, es decir, bajo observación. Les dice que, en caso de que desobedezcan esta orden, ellos tienen capacidad para dominarlos, por lo que se les exige mantenerse al margen para evitar “un baño de sangre entre hermanos”.

La cadena de Chávez es sabotada desde Mecedores, donde están las antenas repetidoras de las televisoras nacionales, al ser cortado

el audio del canal del Estado, Venezolana de Televisión. La licenciada Maniglia, no obstante, es una mujer de amplia experiencia en los medios radiales y audiovisuales; llama a la Radio Nacional y pide que la pongan con el operador de la estación. Utilizando su celular, empalma el audio de Radio Nacional con la imagen de VTV y así logra que la cadena siga su curso, aunque se nota la falta de sincronización entre el movimiento de los labios de Chávez y el sonido de sus palabras.

La cadena es muy larga, se prolonga por casi dos horas, y al final el Presidente se equivoca dos veces al decir que el día de hoy es miércoles 9 de abril; sus asesores lo corrigen recordándole que en realidad es jueves 11 de abril y, desencajado, Chávez subsana el error. Luego olvida el nombre de un grupo empresarial con el que se reunió en días pasados, y se nota que en su ánimo han hecho impacto los sucesos de esa tarde aciaga.

En el transcurso de la cadena, los canales privados de televisión parten la pantalla, de manera que a medida que el Presidente habla, se observan las imágenes de los muertos y los heridos, y de la gente, desesperada, corriendo a todos lados, tratando de auxiliar a quienes caen al suelo bajo el impacto de las balas. Chávez, alertado sobre lo que sucede, ordena sacar los canales del aire, como en efecto sucede, pero siguen transmitiendo por la señal del cable a través del satélite.

A esas alturas, unos cuarenta funcionarios de la Policía Metropolitana, con guantes de la látex y portando armas que no son las de reglamento, disparan desde diferentes puntos hacia arriba y hacia los lados; desde Puente Llaguno, cercano a Miraflores, un grupo de chavistas repelen la agresión de los uniformados. Acostado en el techo de la ballena -unidad blindada antimotines- se observa a

un policía respondiéndoles con un fusil, mientras a los lados de la unidad otros disparan casi sin ver ni apuntar.

Posteriormente se dirá que los pistoleros ubicados en el puente ocasionaron la mayoría de las muertes, pero un estudio pormenorizado de los videos que se tomaron en el momento de los hechos determinará que la marcha no llegó hasta ese lugar. El mismo comisario Henry Vivas, comandante de la Policía Metropolitana, confirmará ante la comisión investigadora de la Asamblea Nacional este aserto, "...Y fue mejor que no llegara por el bien de todos los venezolanos, por el bien de todos nosotros, los que estamos aquí, fue mejor que no llegara a Llaguno, ¿verdad? Vamos, yo doy gracias a Dios que esta marcha no llegara a Llaguno..."

Después de la cadena, el presidente Chávez llama desesperadamente por la Red Tiburón al general Manuel Rosendo, jefe del Comando Unificado de la Fuerza Armada Nacional (Cufan), para que active el Plan Ávila, pero no lo encuentra por ninguna parte porque el oficial se niega a contestar. Y es que Rosendo ya ha empezado a retroceder en su apoyo al Presidente y ha girado ciento ochenta grados hacia los golpistas. Pero no lo dirá todavía. Estratégicamente, aguardará el momento oportuno para manifestarse. Por lo pronto no aparece, y por eso, en su llamado inútil a Rosendo, quien le contesta a Chávez es García Carneiro.

"Aquí Tiburón seis, mi comandante" –dice el general, metiéndose en la línea.

"General, ¿cuántas tropas tiene disponibles en este momento?"

"Todas las que integran la Fuerza de Tarea del Conjunto Ávila, señor Presidente".

"¿Qué posición ocupan los tanques?"

“Están a su orden”.

“Muy bien, quédese con las tropas; no las mueva, pero sí envíeme una columna de tanques para la seguridad del palacio”.

El general García Carneiro contará después en la Fiscalía General de la República y en la Asamblea Nacional:

“El señor Presidente de la República me ordena la aplicación del Plan Ávila y se le envían dos escuadrones de tanques ‘Dragones trescientos’, con la misión de disuadir, tomar y proteger el Palacio de Miraflores. La precipitación agresiva de los hechos en el centro de la ciudad y las novedades ocurridas en el Fuerte Tiuna me permitieron inferir que existía una vinculación de ambos eventos y que estaba accionado un golpe de Estado con participación militar”.

El general dice haber enviado los tanques a las 5:45 de la tarde a la orden del general Wilfredo Silva, por las rutas menos expuestas a los disturbios, es decir por la alcabala N° 3 de Coche hacia los túneles de El Valle, El Paraíso, Los Flores de Catia y la avenida Sucre, hacia el Palacio de Miraflores.

Los golpistas ordenan poner barricadas para que los tanques no puedan pasar, pero reaccionan demasiado tarde y, por eso, la columna de tanques Dragones 300 llega a su destino.

“Eso indica -dirá García Carneiro a los investigadores- que no fueron dirigidos a enfrentar la marcha que para ese momento estaba dispersa; solo se introdujeron en el patio del Regimiento de Guardia de Honor para tomar el dispositivo de seguridad que representa a ese punto crítico de acuerdo al Plan Ávila”.

Dice que la movilización de los tanques no trajo ningún problema a la comunidad, en especial a los manifestantes.

“No conocemos -dice- ni un muerto, ni un herido, ni un golpeado, ni siquiera un rayón de un carro por el traslado de los tanques desde Forte Tiuna a Miraflores, y viceversa”.

Los tanques son devueltos a Forte Tiuna por órdenes del general Velásquez Velasco, porque el comandante de la Unidad de Tanques está involucrado en el plan. De todas maneras, para ese momento el mal está hecho, porque las calles del centro de Caracas están teñidas de sangre inocente.

Las horas pasan en medio de una pesada atmósfera de incertidumbre a consecuencia de los crímenes de esa tarde.

Entre las víctimas, un reportero gráfico de bien ganado aprecio entre sus colegas, Jorge Tortoza, de 47 años, yace en el asfalto con un tiro en la cabeza. Así, de tiros en la cabeza, hechos con infame precisión, mueren muchos. Después se sabrá que Tortoza ha sido asesinado con un revólver Smith & Wesson, calibre 38, y no por un francotirador porque el asesino estaba a su altura. La cámara con la cual ha captado sus últimas impresiones desaparecerá en manos inescrupulosas. Y a pesar de que identificará a un hombre como el supuesto asesino, gracias a una fotografía tomada por un colega, el crimen permanecerá impune en el tiempo.

Los dirigentes de la marcha, en especial Enrique Mendoza, Carlos Ortega, Guaicaipuro Lameda y Carlos Molina Tamayo, la han abandonado cuando la muerte ha hecho acto de presencia sembrando de pánico a los manifestantes. Aparecerán más tarde en los canales de televisión contando cómo hicieron frente a las “balas asesinas del Gobierno”. Enrique Mendoza tiene una curita Johnson's en el rostro como testimonio del duro combate librado contra el endemoniado adversario.

El Gobierno no ha podido poner en práctica el Plan Ávila, debido a que algunos oficiales que deben ejecutarlo están de parte de los golpistas, entre ellos el general Manuel Rosendo, quien, aún así, habrá de permanecer al lado del Presidente hasta avanzada la madrugada. Rosendo alegrará después que cuando el Presidente lo llamó no atendió porque sacar los tanques a la calle hubiera traído como consecuencia la muerte de muchas personas.

La posterior presencia de este general en las tensas negociaciones de esa noche con los golpistas, a instancias del presidente Chávez, es un indicio de que este no tendrá la malicia suficiente para ver la traición en los ojos del oficial.

En las casas, los venezolanos siguen por la radio y la televisión los acontecimientos. Las televisoras privadas, de parte de la oposición, pasan repetidamente las imágenes de la masacre: los muertos, los heridos, el traslado de estos a los hospitales y a los centros de atención instalados frente al Palacio Blanco, pero no dicen que entre los chavistas se ha producido la misma tragedia, pues el comandante del Regimiento de Guardia de Honor ha contabilizado la trágica estadística de 39 personas abaleadas, algunas de ellas fallecidas. Así, mucha gente empieza a creer en la culpabilidad del Gobierno en la masacre.

Cuando las armas han comenzado su canto de muerte, y algunas personas alejadas de la tarima han sido alcanzadas por las balas, los demás se han lanzado al suelo, atemorizados, y han comenzado a gritar desesperados a los ministros que están con ellos, “¡Nos están matando, nos están matando, ministros, hagan algo!”. Ana Elisa Osorio recuerda con precisión los gritos. “Estábamos en la tarima cuando vimos pasar los primeros heridos en camillas. La gente gritaba que la estaban matando. Levanté la mirada y vi fogonazos que

salían del hotel Edén. Al principio creí que eran cohetes lanzados al aire pero después me di cuenta de lo que estaba pasando”.

Los ministros nada pueden hacer porque están tan indefensos como los demás. En realidad, todos están indefensos: los que han llegado en marcha de la oposición y los que están concentrados en Miraflores porque a nadie se le ha ocurrido pensar en la posibilidad de que alguna mente, por muy perversa que fuera, pudiera llegar al extremo de planificar una salvajada como esa.

Entonces, los ministros debaten sobre lo que deben hacer y se preguntan por qué no ha sido activado el Plan Ávila conforme lo anunciaron tres días antes los miembros del alto mando militar. Ignoran que algunos de estos ya se han volteado y poco a poco han comenzado a mover el engranaje militar en procura de la caída del Gobierno constitucional.

Por lo pronto, el diputado Juan Barreto no es partidario de entrar a Miraflores. “No vamos a dejar a la gente sola aquí”, exclama, y los demás están de acuerdo. Pero lo que iba a ocurrir ya ha sucedido y es poco lo que pueden hacer en esas circunstancias.

Si han evitado, no obstante, que la oposición tome el palacio como han planificado algunos dirigentes políticos y los oficiales Lameda y Molina Tamayo. Si lo hubieran hecho, los defensores del palacio, los militares de la Guardia de Honor, no hubieran tenido otra alternativa que disparar en defensa de la vida de quienes estaban en las instalaciones, entre ellos el Presidente.

Para ese momento se está poniendo en práctica la segunda etapa del plan.

En Fuerte Tiuna, el comandante del Ejército, general Vásquez Velasco; el presidente de Cavim, general Rommel Fuenmayor; el ge-

neral Enrique Medina Gómez, agregado militar en Washington (quien “coincidentalmente” se encuentra en el país esa tarde); el contralmirante Héctor Ramírez Pérez; el general de la aviación Pedro Pereira Olivares; el inspector general de la Guardia Nacional, general Carlos Alfonso Martínez, y el general Néstor González González, se encuentran reunidos con otros oficiales para dar el zarpazo final al Estado de Derecho.

Tienen varios quintacolumnas metidos en el propio seno del Gobierno, como los ya mencionados generales Camacho Kairuz y Manuel Rosendo. Otro general, Francisco Usón, se excusará ante el Presidente porque en los actuales momentos no puede seguir a su lado, optando por irse a Fuerte Tiuna “de donde -dice- nunca debí salir”.

(Después, cuando los hechos se reviertan, pretenderá volver a su cargo como si nada hubiese sucedido. Se lo impedirá una joven periodista, militar asimilada, Lisbeth Berríos, quien le gritará, “¡Tenga dignidad, general, salga de aquí ahora mismo!”, y posteriormente harán lo propio los otros ministros, quienes se negarán a entrar al Consejo de Ministros, “a menos que ese traidor salga del salón”. Con el tiempo Usón será encarcelado por emitir opinión sobre un hecho relacionado con las fuerzas armadas y estará en prisión varios años. Se negará al indulto presidencial y sus amigos dirán que era un preso del Presidente.)

Por ahora, cuando el sol se oculta en el firmamento tiñendo de oscuro ese día interminable, los venezolanos están sumidos en la incertidumbre; las lágrimas riegan con tristeza las ciudades, los pueblos y los caseríos porque el país está de luto mientras corren como pólvora los rumores acerca de la posibilidad de que el Presidente renuncie, aunque a esa hora tal hipótesis no ha sido planteada oficialmente.

VTV, el canal del Estado, ha sido silenciado avanzada la tarde. Primero, un grupo de veinte soldados y un capitán lo han tomado por instrucciones del Presidente para resguardar sus instalaciones, pero poco después el oficial recibe por radio la información de que un grupo de militares golpistas se dirige hacia allí y tienen más poder de fuego que ellos. Los militares se excusan ante Jesús Romero Anselmi, presidente de la televisora, y salen con rapidez para evitar un enfrentamiento en el cual llevarían las de perder, sin duda.

No han terminado de cruzar la esquina cuando llegan los golpistas, quienes toman el canal. Después hacen acto de presencia la Policía del estado Miranda y la Policía Metropolitana a cumplir la orden del gobernador Mendoza, quien dice: “Esa basura hay que cerrarla”.

Teresa Maniglia ha intentado infructuosamente emitir las declaraciones del presidente Chávez por la Radio Nacional para desmentir insistentes rumores de que ha abandonado el palacio, pero la emisora ha sido entregada por su director a los insurrectos. Intentos similares con YVKE Mundial también se estrellan en el muro infranqueable de la indiferencia. Medio mundo parece estar involucrado en la conspiración. Maniglia da cuenta de que están solos y rodeados por el ataque inclemente de los medios de comunicación privados.

Los medios han moldeado los acontecimientos llevando a los venezolanos a pensar que la masacre ha sido planificada por el Gobierno. A eso ha contribuido la imagen de los pistoleros de Puente Llaguno que son expuestos por las cámaras de Venevisión. Se les ve disparando repetidamente pero el ángulo captado por el camarógrafo no permite ver hacia dónde lo hacen por lo que se cree que le tiran a la marcha. Las tomas calan hondo porque son impresionantes y entonces a nadie le quedan dudas de que esos disparos han sido los que han ocasionado las muertes en el lado de la oposición.

En Miraflores, Chávez está reunido con militares aliados quienes le informan de los acontecimientos que poco a poco se han ido agravando, conforme algunos oficiales van tomando posición del lado de los sediciosos.

El único civil que participa de esas reuniones con el Presidente es José Vicente Rangel. Los militares entran y salen con pasos apresurados y nerviosos, con rostros descompuestos que reflejan la preocupación por los sorprendivos sucesos. Todo el mundo ha sido cogido fuera de base: el Presidente, los partidos que lo apoyan, los militares leales..., el país entero..., dada la magnitud de los acontecimientos.

Los ministros, en uno de los salones, esperan, pero el Presidente no los convoca a su despacho, porque, viniendo del ejército, siempre ha confiado más en los militares que en los civiles. Apenas concluida la cadena los ministros logran hablar con él por primera vez ese día. Chávez pregunta por Diosdado Cabello, que no aparece por ninguna parte desde las primeras horas de la tarde.

“Localicen a Diosdado” -ordena.

Uno de los ministros lo llama por su celular y se lo pone al Presidente. Chávez escucha lo que le dice Cabello desde el otro lado de la línea. Asiente. “Entiendo, entiendo”, dice Chávez y cuelga. Cabello le ha dicho que no deben estar juntos los dos porque en caso de que pase algo, será él quien deberá asumir la Presidencia.

Cuando cae la noche, entonces, Venezuela es un país sacudido por la tragedia. Se anuncia que en la marcha ha habido 18 muertos y decenas de heridos y en el curso de los próximos días los sucesos se precipitarán en un torbellino de pasiones desenfundadas y morirán muchos más. La sangrienta cifra se contabilizará en un total de sesenta fallecidos.

En la noche, ante las noticias que llegan de Fuerte Tiuna, el Presidente hace llamar a su despacho al ministro de Infraestructura, el general Ismael Eliécer Hurtado Soucre, quien a partir de ese momento jugará un importante papel como negociador con los rebeldes. Cuando el general hace acto de presencia, el Presidente le pide que esté a su lado pues el alto mando militar se dirige a Miraflores donde sostendrán una reunión de urgencia para analizar la situación.

“Por cierto, dice Chávez, he tratado de comunicarme con el general Rosendo y no lo he conseguido”.

“Tengo algunos teléfonos suyos. Déjeme ver si puedo conseguirlo, señor Presidente -dice Hurtado Soucre. Se retira a llamar y al poco rato regresa, y le dice a Chávez-: El general Rosendo está por llegar a palacio con el alto mando”.

En efecto, poco después llegan los miembros del alto mando, encabezados por el general Lucas Rincón, y con ellos, el general Rosendo.

En la declaración rendida en la Fiscalía el ministro Hurtado recordará lo ocurrido esa noche.

“Allí -dirá-, cada uno de los miembros del alto mando hizo un pequeño (resumen) sobre la situación y de allí se desprendió que había algunos generales que mantenían una desobediencia, y entre ellos me puedo acordar de Alfonso Martínez, de la Guardia, que había tomado la comandancia... No aparecía el comandante del Ejército, por lo cual ellos presumían que estaba en esa situación de desobediencia. El comandante de la Armada habló sobre Ramírez Pérez y se habló sobre Medina Gómez, que había llegado al país. El Presidente preguntó: ‘¿Qué hará Medina Gómez aquí? Él está de agregado militar en Washington.’ Nombró al general Ruiz Guzmán,

que en ese momento era el inspector general del Ejército, que también estaba en esa situación, y al general Fuenmayor...”

El golpe ha tomado tan de sorpresa al Gobierno que en esa reunión se habla solo de cinco o seis generales en ‘actitud indisciplinada’. El Presidente les pide a los oficiales reunidos que le aporten soluciones al problema y Hurtado Soucre, quien conoce a los que han sido mencionados, solicita que se le permita hablar con ellos para hacerlos desistir. “Han sido oficiales que han estado bajo mi mando, señor Presidente. Tengo por ellos respeto y afecto y creo poder convencerlos”.

Chávez lo autoriza a trasladarse a Fuerte Tiuna y Hurtado Soucre, ignorando lo que ha venido haciendo el general Rosendo en las horas precedentes, pide que este lo acompañe.

“Yo quise -añadiré en su declaración en la Fiscalía- que me acompañara el general Rosendo, un oficial que de una u otra forma tenía control de mando sobre las fuerzas armadas, y el Presidente así lo aceptó, y así fue como nos dirigimos los dos a Fuerte Tiuna. Debo confesar que al llegar a la alcabala número tres me di cuenta de que estaban reunidos varios oficiales... Les confieso que iba en la concepción de que eran cuatro o cinco generales con los que tenía que hablar pero empecé a ver un número mayor en la alcabala número tres”.

En esa alcabala, Hurtado Soucre y Rosendo hablan con los generales José Félix Ruiz Guzmán, segundo al mando del Ejército, y Medina Gómez, a quienes ve decididos en su enfrentamiento con el Gobierno, aunque Hurtado admite en su declaración que a él, en particular, lo trataron con respeto. De allí deciden ir a la Comandancia del Ejército donde Hurtado se da cuenta de la magnitud del problema al hablar con el general Vásquez Velasco.

“No eran cuatro o cinco generales -recuerda-. Casi todo el cuerpo de generales estaba allí y pude observar a Poggioli Pérez (ex director de inteligencia militar), que ya había sido dado de baja. Allí vi a Fuenmayor, de Cavim, a Castro, y a un grupo de generales como Hugo Peña..., generales todos del ejército, y ahí conversamos porque, bueno, estaban dando su opinión muy particular; estaban dando su opinión sobre las cosas, su visión, pero vi allí que había una cohesión de lo que querían”.

En ese momento la intención de los oficiales es desconocer la autoridad del alto mando militar y por primera vez se plantea la renuncia del Presidente. En palabras de Hurtado Soucre, “Allí intercambiamos opinión y vi, por supuesto, una determinación del grupo de generales del ejército de que el Presidente debería renunciar. Allí en el ejército había una cohesión en el sentido de que debía renunciar e irse del país”.

Los sediciosos le informan al general Hurtado Soucre que no están solos sino acompañados por oficiales de otras fuerzas que están reunidos en el antiguo Ministerio de la Defensa, donde en ese momento funciona la Inspectoría General de la FAN. En el ministerio, los dos generales comisionados por Chávez se entrevistan con el contralmirante Ramírez Pérez, el general Salas Machado, de la Fuerza Aérea, y el general Navarro, contralor general de la FAN, junto a numerosos coroneles. También, para su sorpresa, en el lugar está el actor de cine y televisión Orlando Urdaneta.

Urdaneta, en su programa de televisión, se ha convertido en aliado de la oposición y a la hora del golpe ha decidido acompañar a su primo, el contralmirante Daniel Comisso Urdaneta.

Pero este grupo no tiene la misma cohesión que el de la Comandancia del Ejército, pues, mientras allá están de acuerdo en que el

Presidente debe renunciar e irse del país, el grupo de Ramírez Pérez cree que Chávez debe ser juzgado en Venezuela por las muertes ocurridas ese día en el centro de Caracas.

La forma altisonante como hablan, le hace ver a Hurtado que la situación está adquiriendo características de peligro. “Me pareció peligroso porque allí había posiciones contrarias entre los miembros de las fuerzas armadas, cada quien con su peso específico y su arrastre de liderazgo, que puede llevar más adelante a la confrontación entre ellos mismos, si son personas que tienen armas”.

El general sale de la reunión convencido de que la situación es extremadamente grave y junto a Rosendo, que no ha hablado mucho, se dirige a la Comandancia General de la Guardia Nacional en El Paraíso, a enterarse in situ de la situación de este componente. La comandancia ya ha sido tomada por su inspector general, Carlos Alfonso Martínez, quien le ha negado la entrada al comandante del componente, Belisario Landis, cuñado del general Lucas Rincón.

A los emisarios del Presidente les costará lo suyo llegar allí porque los túneles de El Paraíso y otras vías han sido tomados por los militares alzados. Cuando llegan, hablan con Martínez, a quien tratan de convencer de lo inadecuado de su posición, pero este, acompañado de otros oficiales, mantiene la misma conducta de los oficiales de Fuerte Tiuna, en el sentido de que el Presidente debe renunciar para ser juzgado en el país.

De vuelta a Miraflores, el general Hurtado Soucre le hace ver al Presidente la magnitud del problema. Entonces, en una reunión en la cual está el ministro J. V. Rangel, Chávez comienza a analizar la posibilidad de renunciar, pero no lo hará a menos que los sediciosos acepten sus condiciones, una de ellas irse al exterior con su familia, previo el respeto a lo establecido en la Constitución Nacional.

Mientras en Miraflores se discuten las opciones, los oficiales rebeldes han hecho una asamblea y los que son partidarios de juzgar al mandatario han convencido a los que estaban de acuerdo con que se fuera al exterior; ahora, unidos, mantienen la inflexible posición de que debe ser enjuiciado en el país.

Durante las conversaciones con los oficiales, cada uno de ellos le ha ido dando su número de celular al general Hurtado, por si en algún momento el Presidente quiere comunicarse con ellos en torno a los planteamientos hechos. Así, cuando Hurtado llama a Vásquez Velasco, Ramírez Pérez y Fuenmayor, quienes fungen como líderes del movimiento, se encuentra con la sorpresa de que todos, al unísono, ya no aceptan que el Presidente salga del país. Y al serle participada esta posición, Chávez se niega a renunciar.

Comienza a partir de ese momento un proceso de negociación tenso y lento, que crispa los nervios de los protagonistas, mientras el país, ajeno a lo que sucede entre las cuatro paredes del despacho presidencial, está atontado por el dolor que sigue al crimen injustificable.

En vista de que el Presidente se niega a renunciar, los golpistas, con el general Rommel Fuenmayor como vocero, envían una comisión a parlamentar con él.

Para ese momento, ya se han hecho sentir las proclamas guerreristas de algunos oficiales desconociendo al Gobierno. El primero de ellos, el contralmirante Héctor Ramírez Pérez, jefe del Estado Mayor de la Armada.

Está acompañado por los generales Daniel Comisso Urdaneta, jefe de planificación de la inspectoría general de la FAN, y Francisco Noriega, jefe de logística del Estado Mayor de la Armada; y además, los generales de brigada de la GN, Marco Ferreira Torres,

director de la Onidex; Oscar José Márquez, agregado militar en Colombia, y Ramón Lozada, jefe la guardería del ambiente; los generales de brigada del ejército Rigoberto Vidal Martínez, jefe del comando logístico, y Henry Lugo, de la inspección general de la FAN, y, finalmente, los generales de brigada de la aviación, Clintio Rodríguez y Pedro Pereira.

“En virtud de los acontecimientos acaecidos en el país en los últimos días -dice Ramírez Pérez en su proclama-, ante el riesgo manifiesto de conflictividad social, y considerando la actitud antidemocrática del ciudadano Presidente de la República y la conducta complaciente del alto mando militar, nosotros, oficiales y almirantes del Ejército, Armada, Fuerza Aérea y Guardia Nacional, conforme a lo previsto en los artículos cincuenta y siete y trescientos cincuenta de la Constitución de la República Bolivariana de Venezuela, hemos decidido dirigirnos al pueblo de Venezuela para desconocer al actual régimen de Gobierno y la autoridad de Hugo Rafael Chávez Frías y del alto mando militar, por contrariar los valores, principios y garantías democráticas y menoscabar los derechos humanos de los venezolanos.

“Venezolanos, el Presidente de la República ha traicionado la confianza de su pueblo; está masacrando a personas inocentes con francotiradores. Para este momento, van seis muertos y decenas de heridos en Caracas”.

Tiempo después, el corresponsal de CNN en Caracas, Otto Neustaltdt, denunciará que este discurso, donde se habla de los seis muertos, fue ensayado antes de que la marcha llegara al centro de la ciudad, y por ende mucho antes de que se hiciera el primer disparo, lo cual, administrado con otros indicios, demostraría que el grupo rebelde estaba en conocimiento de que esa tarde se producirían las muertes de algunos de los incautos manifestantes.

Luego le toca el turno al general Carlos Alfonso Martínez, inspector general de la GN, quien lo hace acompañado del jefe del Estado Mayor, general Edgar Méndez Casanova; el jefe de operaciones, Edgar Bolívar, y el general de división Rafael Damiani Bustillos.

“El escenario que prevaleció fue que la Guardia Nacional debería mantener la institucionalidad -dice Martínez-, entendiéndose esa institucionalidad por cumplir los preceptos contemplados en la Constitución... Nuestra posición institucional pasa porque en ningún momento la Guardia Nacional iba a ser empleada de ninguna forma para reprimir al pueblo venezolano. Este es un sentimiento institucional. Los generales de la institución hemos estado muy preocupados por ser nosotros la fuerza, el componente de la fuerza que tiene la misión primordial de mantener el contacto entre el pueblo venezolano y la Fuerza Armada Nacional... Pero mantener ese orden no significa que nosotros como institución debemos estar a favor de un grupo o a favor de otro.

“Viendo los acontecimientos que se desarrollaban en la televisión, pudimos observar que la Guardia Nacional, al mando de oficiales de nuestra institución pertenecientes al Comando Regional número cinco, salieron a impedir que ambos frentes hicieran contacto. Muy bien hasta ese momento, pero resulta ser que detrás de los miembros de la Guardia Nacional había miembros del otro bando, círculos bolivarianos, los que están estacionados frente la Palacio de Miraflores, y ellos sí ejercían violencia sobre el resto de los manifestantes y vimos cómo la Guardia Nacional, en vez de reprimir a ambos frentes por igual o hacer acciones para separar ambos bandos, solamente se dirigió contra el bando de las personas que venían en forma pacífica. Esto hace ver que la posición institucional reflejada al señor general comandante de

la fuerza y al general Gutiérrez no interpreta el sentimiento de la Guardia Nacional...

“Llamé a mi general Lucas, al inspector general de la fuerza, y le he hecho saber que no estamos de acuerdo con los resultados de la jornada de hoy. Son venezolanos los que fallecieron durante la jornada, hay heridos y hay muertos y estamos ante una escalada que pudiera ir a consecuencias mayores.”

A las 9 de la noche, se pronuncia el general Efraín Vásquez Velasco, de la siguiente manera:

“Primero: hoy se violaron todos los derechos humanos consagrados en nuestra Constitución. Segundo: murieron venezolanos por incapacidad de diálogo del Gobierno nacional. Tercero: todo esto se le advirtió al alto mando militar hoy con tiempo y no se tomaron las medidas pertinentes. Cuarto: existen grupos armados llamados bolivarianos que ofenden el nombre del Libertador, que se dedican a pregonar la maldad y utilizan armas, lo que constituye un delito en nuestra Constitución. Quinto: se han utilizado oficiales en las Fuerzas Armadas Nacionales con fines políticos en los cuarteles. Sexto: se ha mancillado el honor de las Fuerzas Armadas Nacionales y hemos perdido la identidad de nuestro uniforme. Séptimo: se ha violentado la autoridad del comandante del Ejército al recibir órdenes directas de un subalterno mío, el comandante de la tercera división de infantería, por parte del señor Presidente de la República. Octavo: esta noche le pedimos perdón al pueblo de Venezuela por los sucesos acontecidos y donde una fuerza armada, que se supone del pueblo, fue incapaz de cumplir con su cometido. Noveno: las Fuerzas Armadas Nacionales no son para agredir al pueblo ni para salir a la calle a agredir a los venezolanos. Décimo: como comandante general del Ejército soy el legítimo comandante de todas las tropas de este componente.

Les ordeno a todos mis comandantes de batallones, brigadas y divisiones que permanezcan en sus unidades; este no es un golpe de Estado, no es una insubordinación, es una posición de solidaridad con todo el pueblo venezolano. Once: señor Presidente de la República, le fui leal hasta el final; hasta esta tarde le serví con toda la lealtad del caso que siempre le he manifestado, porque soy un soldado disciplinado y leal, pero los muertos de hoy no se pueden tolerar...”

Seguidamente hace un llamado a otros oficiales, como Rosendo, el almirante de la Armada Carrero Cuberos, y el comandante de la Fuerza Aérea, general Régulo Anselmi para que tomen una posición similar a la suya, y termina felicitando al general Martínez, de la GN, por haberse rebelado.

El general Hurtado Soucre recibe en la puerta dorada de Miraflores, antesala del despacho presidencial, a la comisión enviada por los oficiales alzados. Se trata de los generales Damiani Bustillos, Camacho Kairuz y Juvenal Barráez Herrera. Los tres se enfrentan al Presidente y, contrariando la posición que han asumido los rebeldes, se manifiestan de acuerdo con que Chávez abandone el país. Pero el problema es cómo lograrlo. Por La Carlota, imposible, en vista de que la oposición ya se ha colocado en las afueras de la base aérea para evitar la huída que presienten cercana.

El avión presidencial se encuentra en la misma base y por eso es descartado. La salida por Maiquetía, en un vuelo comercial, también se antoja imposible porque no habrá tiempo para llegar allá, dado al cariz que han tomado los acontecimientos; a menos que lo puedan sacar furtivamente en helicóptero de Miraflores. A la sugerencia, Chávez responde negativamente, porque, consciente del poder de fuego de su artillería verbal, se le ha ocurrido la idea

de hablarle al país antes de irse. “No me voy a ir -dice- sin que la gente sepa qué está pasando”.

Están deliberando cuando reciben la llamada del general Rommel Fuenmayor, quien funge como vocero de los golpistas, desautorizando a los miembros de la comisión. “¡El Presidente no se va -les dice, tajante-, será juzgado en el país!”

La comisión así desautorizada decide marcharse con la promesa de hacer las gestiones a fin de resolver la situación, pero el tiempo transcurrirá sin que ello sea posible debido a la inflexible posición de los oficiales empeñados en verle el hueso al Presidente. Ya los compromisos adquiridos con la ‘sociedad civil’ como llaman a los dirigentes políticos que están montados en el golpe, comienzan a hacerse sentir.

A todas estas, el Presidente le ordena al general Lucas Rincón que se dirija al Fuerte Tiuna para que le informe de primera mano de la situación que se vive en los componentes militares. El general abandona Miraflores y se va a su oficina de la inspección general de la FAN, pero cuando llega al edificio donde tiene su despacho, lo primero que le dice su asistente es que tenga cuidado porque uno de los oficiales ha hablado en voz alta diciendo que tan pronto lo viera le iba a dar un tiro. El general le dice que esté atento entonces, y mirando a todos lados, se da cuenta de que algunos oficiales están exultantes, alegres, con síntomas de haber ingerido licor.

“Están celebrando, ¿no?” -les dice.

“Desde temprano, mi general” -le responde uno de ellos. Se nota que ya dan por hecho que el golpe triunfará y el presidente Chávez saldrá inexorablemente del Gobierno.

Cuando el general entra a su oficina, acompañado de los comandantes de la GN y la Fuerza Aérea, generales Belisario Landis y Régulo Anselmi, respectivamente, y el general Eugenio Gutiérrez, en su mullido sillón de inspector general de la fuerza está sentado el contralmirante Ramírez Pérez, quien pide hablar con ellos. Los cinco se dirigen a la sala de reuniones de la inspección, donde sin mayores preámbulos, y no sin cierta altanería, Ramírez Pérez le dice a Lucas Rincón:

“Mire, mi general, ya esto cambió; yo soy la nueva autoridad militar... Tengo más de seis meses en esto y ahora se va a nombrar la junta militar donde incluso va a haber una representación del Clero y que será presidida por un empresario”.

Después, para que degluten el manjar que les acaba de poner en la boca, se excusa anunciando que debe irse a una reunión de oficiales donde se tratará el tema del nuevo Gobierno.

Lucas Rincón vuelve a su oficina, se mete en su habitación y desde allí llama al Presidente Chávez y le informa de lo que está sucediendo. Chávez le muestra preocupación por la suerte del general García Carneiro porque tiene informaciones de que han ordenado detenerlo.

Efectivamente, García Carneiro ha estado a punto de ser detenido en dos oportunidades, la primera de ellas dentro del fuerte cuando el general Luis Castillo Castro se ha presentado en su oficina de la intendencia con un coronel y cinco soldados conminándolo a entregarse. Por toda respuesta, García Carneiro, que no se anda con remilgos, saca su pistola y apunta el grupo, mientras le dice, enérgico, al general Castillo Castro: “Vamos, ¡intenta ponerme preso para que veas de lo que soy capaz! ¡Vas a ver cómo te vuelvo la cabeza!”

El general Castillo Castro lo mira pensativo, saca cuentas y se convence de que no tiene posibilidades frente a un cañón en manos de García Carneiro a quien conoce por su carácter volátil. Es como estar frente a Harry el Sucio y su Mágnum 44. Castillo Castro lo piensa mejor, hace una seña a sus subalternos y sale sin decir palabra. García Carneiro, aprovechando la oportunidad, llama a su asistente, el coronel José Gregorio Montilla Pantoja, y le dice, imperativo: “¡Tenemos que ir a Miraflores cuanto antes!”

Suben al auto de Montilla Pantoja y se dirigen hacia Miraflores pero la vía está trancada por un grupo de civiles que han atravesado sus carros en la autopista. Hay una cola descomunal y los conductores, angustiados, tocan sus cornetas porque presienten lo peor. En los últimos meses, las pasiones desatadas han llegado a límites insospechados en un país tan pacífico como Venezuela, y nadie parece apostar por la paz. Más bien, constantemente se habla de la posibilidad de una guerra civil. Los muertos de hoy indican, entonces, que la batalla ha comenzado y por eso da claustrofobia estar atrapado en una cola como esa.

Como no hay otra salida que la del Cementerio, García Carneiro y Montilla Pantoja hacen sonar la sirena del vehículo y, zig-zagueando, salen del atolladero. En el camino, dando vueltas sin rumbo fijo como perdidos en aquel bosque de cemento, deciden ir a la Disip, que está en las cercanías. Enfilan hacia El Helicoide y cuando llegan se dan cuenta de que se han metido en la boca del lobo porque la sede del cuerpo de seguridad del Estado está tomada por los golpistas; estos encañonan al general y al coronel, pero Carlos Aguilera, el director de la Disip leal al presidente, que ha sido detenido, sagazmente les dice a los rebeldes, “Esta es la comisión que me viene a buscar para llevarme preso a Fuerte Tiuna”, y esa salida de gallo fino los salva a los tres porque los

golpistas acceden a dejar que García Carneiro y Montilla Pantoja se lleven al preso.

Salen con felina rapidez de aquel lugar enemigo y cuando van en el vehículo sin rumbo fijo, suena el teléfono del general. Es el coronel Granadillo Perozo, quien lo insta a regresar al Fuerte Tiuna.

“Ah, sí, lo que quieren es detenerme”, le dice García Carneiro.

“No, mi general, no he oído nada de eso; lo que he oído es que quieren hablar con usted”.

García Carneiro regresa al fuerte y se dirige al quinto piso, donde está la Comandancia del Ejército, centro de operaciones de los oficiales comprometidos en el golpe. Cuando llega, lo recibe el general Enrique Medina Gómez, quien lo toma de un brazo y lo lleva aparte. “Este -le dice confidencialmente- es un plan que veníamos preparando desde hace tiempo, con suficiente antelación, y hemos escogido la vía menos traumática. Tienes que entenderlo; tienes que entender que esa es nuestra posición y que esa es la realidad”.

Una simple ojeada por encima del hombro le indica a García Carneiro que está rodeado de militares rebeldes y que no tiene ninguna oportunidad; entonces, asiente, y dice, “Bueno, sí, es cierto, la menos traumática”, tratando de ganar tiempo para salir de allí.

“Me alegra que lo entendieras” -le dice Medina Gómez, dándole una palmada en la espalda, mientras sonrío complacido.

Cuando va saliendo, García Carneiro se da cuenta de que en el lugar se encuentra ya el presidente de Fedecámaras, Pedro Carmona Estanga, acompañado del comisario Iván Simonovis y de varios oficiales. Además, hay dos militares estadounidenses vestidos de civil, el teniente coronel James Rodgers y el coronel Ronald

McCammon, cada uno con un fusil M-203 lanzagranadas; todos eufóricos, e incluso el general Carlos Alfonso Martínez, envalentonado por el apoyo norteamericano, ya saca cuentas de las ganancias diciendo que a Chávez hay que enjuiciarlo en el mismo fuerte.

No sin aprensión Garría Carneiro se da cuenta de que los oficiales venezolanos ya han comenzado a lisonjear al “nuevo Presidente” como si hubiera ganado las elecciones. Por eso hace un furtivo gesto de rechazo y sale con la preocupación reflejada en el semblante. Cuando el viento cálido de la noche le da en el rostro, lleva el convencimiento de que a los golpistas habrá que enfrentarlos de alguna manera.

SEGUNDO DÍA

EL GOLPE DE ESTADO

Las manecillas del reloj traspasan el umbral de la medianoche con más lentitud de lo habitual, en medio de la atmósfera tensa que cala hondo en el ánimo de los protagonistas del drama escenificado entre las cuatro paredes del despacho presidencial. El Presidente se debate en un conflicto interno entre renunciar, resistir o entregarse a los rebeldes, asumiendo la responsabilidad que cada una de estas acciones lleva consigo.

La renuncia acabaría con la credibilidad que tiene en el sector de menos recursos de la población que lo ha apoyado en su lucha contra lo que él llama la oligarquía; la resistencia enfrentaría a los militares y a los civiles entre sí, lo cual podría originar una guerra civil, como ha estado a punto de suceder tan solo unas horas antes. Por lo tanto, la posibilidad de la entrega va tomando cuerpo en su mente como la más conveniente, dadas las circunstancias. Eso sí, entrega con reservas, denunciando la violación de la Constitución Nacional.

Chávez sabe que la historia es como un huracán. La naturaleza cobra cuentas irremediablemente cuando no se imponen los correctivos a tiempo; la historia también. Y el momento que vive Venezuela es histórico, sin duda alguna.

El Gobierno está contra la pared, pues tiene las manos atadas. Cualquier posibilidad de defensa armada está descartada porque pasa por la vida de numerosos ciudadanos, y ya ha corrido suficiente sangre en las horas precedentes.

Aunque no pasará mucho tiempo sin que el mundo se entere de qué madera está hecho el venezolano, todavía es muy prematuro para presumirlo, así que en ese momento en que el día 11 de abril, teñido de rojo sangre, da paso al 12 pintado de gris tristeza, el pueblo insomne sigue sumido en un estado de shock por la masacre que han visto con sus propios ojos en los canales de televisión.

¡Cómo ha sido posible que se haya llegado a tanto! Las imágenes de seres humanos impactados por las balas asesinas en la cabeza, cayendo al pavimento, indefensos, y las tomas televisivas de los pistoleros de Puente Llaguno, de los policías uniformados y de algunos guardias nacionales disparando a mansalva, son demasiado ominosas para pasarlas por alto. Hay lágrimas en los rostros y miedo en los corazones. La intolerancia le ha dado paso a la irracionalidad y en esas condiciones cualquier cosa puede pasar. Los más jóvenes se ven de pronto en un callejón sin salida y los más viejos hacen lo que saben en esas circunstancias, rezar.

Desde Fuerte Tiuna el general Lucas Rincón busca aliados en las guarniciones y los consigue en oficiales jóvenes a quienes Chávez les ha metido la Constitución en el alma y ahora se muestran dispuestos a llegar a Caracas para enfrentar a los golpistas. En Maracay, el general Baduel se mantiene en defensa de la institucionalidad y ha llamado a la reserva a formar filas al lado del Presidente. En el centro del país, otro general, Luís Felipe Acosta Carlez, también se mantiene en contra del golpe, alegando la violación del Estado de Derecho.

En Miraflores, mientras tanto, Chávez se ha cambiado de ropa y se ha vestido con el uniforme militar de campaña. Sabe cuál es el mensaje que eso conlleva para los militares... los militares de ambos bandos, los aliados y los rebeldes. Y coloca su fusil a su lado,

mientras en una mesa ubicada en la sala de reuniones aledaña al despacho descansa su pistola.

No se ha reunido todavía con los ministros; solo lo ha hecho con los militares en quienes confía, pero los acontecimientos le mostrarán cuán equivocado está, pues serán los civiles quienes darán un paso adelante en el curso de las próximas horas..., de los próximos días.

En el despacho lo acompañan los generales Hurtado Soucre y Rosendo y el ministro José Vicente Rangel, quien ha permanecido a su lado todo el tiempo. Rangel, un político curtido en muchas batallas al cabo de tantos años de lucha en defensa de los derechos humanos, lo insta a no renunciar. Pero Chávez insiste en que un enfrentamiento bañará de sangre al país. “Un comandante -dice, reflexivo- debe tener en cuenta dos cosas fundamentales: saber bien cuál es el objetivo y asegurarse de no llevar a sus hombres a una mortandad innecesaria”.

Pero sabe también que la historia la cuentan los triunfadores, no los derrotados. Una derrota en las condiciones de minusvalía en que se encuentra sería el fin temprano de una carrera política que despunta con brillo propio en América Latina.

La salida de la comisión desautorizada por los golpistas ha dejado en silencio el despacho presidencial y en los rostros se refleja la incertidumbre por el futuro incierto. De pronto suena el celular del general Rosendo haciendo dar un respingo a los demás. Rosendo mira la pantalla simulando aprensión y hace una seña diciendo, “Son ellos”.

Del otro lado la imperiosa voz del general Fuenmayor se deja escuchar. “General Rosendo, dígame al Presidente que lo estamos esperando en Televen. Aquí estamos monseñor Baltasar Porras, y los generales González González, Medina Gómez y yo”.

“Eso no está planteado, general -dice Rosendo-, se están cambiando las condiciones”.

“¡Transmítale al Presidente lo que le hemos dicho! Queremos su respuesta”, insiste, tajante, el oficial.

Rosendo lo hace, le transmite el llamado al Presidente y coloca en alto el celular para que Fuenmayor escuche la respuesta que no se hace esperar. “¡Esos oficiales no son de mi confianza, no son ninguna garantía para mí! ¡Cómo piensan que voy a aceptar eso!”

Fuenmayor cuelga y de nuevo el silencio se apodera de todos los rincones del despacho. Son segundos nada más porque el teléfono vuelve a repicar; esta vez, el de Hurtado Soucre. “Llama Fuenmayor”, les anuncia Hurtado a los presentes.

“General -dice Fuenmayor-, déme un fax de Miraflores para pasarle una propuesta al Presidente”.

Hurtado le da el número y todos se voltean hacia el fax, expectantes; al instante sale la propuesta. Chávez la coge, la lee y mira incrédulo a los presentes, pues el decreto que acaba de llegar implica que el Presidente no solo renuncia sino que destituye al vicepresidente y a los ministros. Chávez, antes de responder, decide hacerle una serie de correcciones -una contrapropuesta- adaptada a la Constitución.

En la Comandancia General del Ejército se realiza más tarde una reunión entre los oficiales implicados en el golpe. Altaneros, algunos echan lodo sobre la espalda presidencial; otros, más silenciosos, aguardan el curso de los acontecimientos porque saben que se juegan el país.

En ese momento entra en escena un personaje cuyas declaraciones en la Fiscalía General de la República van a ilustrar en buena medida lo que ha sucedido el día anterior. Se trata del contralmirante

Bernabé Carrero Cuberos. Cuando llega a la reunión, se da cuenta de que los generales Fuenmayor y Medina Gómez están hablando de la forma como van a ir a buscar al presidente Chávez a Miraflores.

“¿Y por qué van a buscar al Presidente, a ver?” -dice haber preguntado Carrero Cuberos.

“Porque el Presidente renunció” -le responden.

Siguen llegando los oficiales comprometidos en el golpe y todos se dirigen al despacho del comandante, donde Vásquez Velasco da declaraciones a una periodista. Llega Ramírez Pérez a quien estaban esperando y la reunión da comienzo en medio de un clima de tensión que se refleja en las miradas de los presentes. Saben que el paso que están dando puede ser el más importante de sus vidas. Ramírez Pérez, envalentonado, aclara de entrada que quien da las órdenes allí es él y por lo tanto debe ponerse un presidente civil en lugar de Chávez.

Carrero Cuberos no entiende por qué un general de División como Vásquez Velasco se somete a un contralmirante que es de mejor jerarquía y por eso lo aborda con estas palabras: “Mira, viejito, ¿qué está pasando aquí? ¿Cómo es posible que tú te pongas a las órdenes de un subalterno?”

“No te metas -es la respuesta de Vásquez Velasco- que tú no tienes nada que ver con esto”.

Luego, Carrero Cuberos agregaría en su declaración ante los investigadores: “Ramírez Pérez dijo lo siguiente...y eso para mí es grave; él dijo una cosa que nunca se me olvidará: ‘Hay dos condiciones que me impuso la sociedad civil: una, que el Presidente tiene que ir preso... y la segunda... No, la primera, el Presidente tiene que ser

un civil... esa fue la primera... el Presidente tiene que ser un civil y no va a haber Junta de Gobierno; y la segunda es que el presidente Chávez tiene que ir preso'. Alguien le pregunta -prosigue Carrero Cuberos-, '¿Y por qué un Presidente civil, y por qué esas condiciones?', y entonces él responde, 'Porque ellos eran los que iban a poner los muertos'. Entonces yo digo: No puede ser, o sea, ¿estos sabían que iba a haber muertos? 'Ellos eran los que iban a poner los muertos', dijo... No dijo: es que ellos pusieron los muertos, ¿me explico? Dijo: 'Ellos eran los que iban a poner los muertos'".

La presión se hace insoportable en el despacho presidencial debido al ultimátum de los golpistas. El Presidente, buscando una salida, les envía la contrapropuesta con una serie de condiciones para la renuncia: que a su salida del Gobierno, el traspaso de poderes se haga de acuerdo a la Constitución, es decir, que asuma el vicepresidente Diosdado Cabello; que se le permita dirigirse al país para explicar por qué ha renunciado, y que no se le impida la salida del territorio nacional con sus colaboradores.

Previamente, el general Lucas Rincón ha llamado por teléfono a Chávez a su despacho.

"Le hice un planteamiento al señor Presidente -dirá después- para calmar la tensión y evitar un derramamiento de sangre, el cual consistía en hablar de la renuncia que le estaban solicitando los oficiales que estaban alzados en ese momento... El señor Presidente me manifestó que estudiaría esa situación siempre y cuando estuviese apegada a la Constitución y se cumplieran ciertas garantías que él iba a exigir.

"Posteriormente lo volví a llamar y le dije: ¿Mire, Presidente, aquí la situación no es que siga igual, los ánimos están más caldeados..., aquí hubo algunos señores, oficiales generales, que casi me amena-

zaban, me manoteaban, cuándo vas a hablar. Yo voy a hablar cuando yo quiera hablar...

”Entonces se lo manifesté al señor Presidente: ‘Mire, Presidente, yo me voy a permitir hacer un anuncio acerca de la solicitud que le está haciendo el personal de oficiales generales, almirantes insurgentes, para evitar un enfrentamiento entre nosotros y un posible enfrentamiento entre la población y, por supuesto, insisto en evitar un derramamiento de sangre.

”El señor Presidente me volvió a repetir: ‘Siempre y cuando, Lucas, se cumplan la Constitución y ciertas garantías’. En ese momento los oficiales golpistas habían aceptado las condiciones del señor Presidente, cuestión que yo oí ahí mismo en todos los que estaban en la oficina, y que él mismo lo ratifica”.

Esta llamada la ha hecho el general Lucas Rincón a las 02:00 de la madrugada y de inmediato, acompañado por los demás oficiales del alto mando apegados a la Constitución, emite la declaración que más polémica produciría en el futuro porque en ella anunció la renuncia que nunca se produjo. El anuncio, que tenía el objetivo de evitar un enfrentamiento entre fuerzas parejas y bien armadas, con lo cual Chávez estaba de acuerdo, no hizo otra cosa que traer confusión a un país abatido por los acontecimientos recientes y, en consecuencia, ya suficientemente desmoralizado.

“Los miembros del Alto Mando Militar de la Fuerza Armada Nacional de la República Bolivariana de Venezuela -dijo Lucas- deplo- ran los lamentables acontecimientos sucedidos en la ciudad capital en el día de ayer. Ante tales hechos, se le solicitó al señor Presidente de la República la renuncia de su cargo, la cual aceptó.

”Los miembros del Alto Mando Militar, a partir de este momento, ponemos nuestros cargos a la orden, los cuales entregaremos a los oficiales que sean designados por las nuevas autoridades.

”Finalmente, quiero hacer un llamado al glorioso pueblo de Venezuela a mantener la calma y al ejercicio de un ejemplar civismo, rechazando toda incitación a la violencia y al desorden. Tengan fe en las Fuerzas Armadas. Muchísimas gracias”.

El país enfrentado a Chávez asume esa madrugada estas palabras como un triunfo, pero no sale a celebrar en las calles porque en todos los hogares hay luto por las muertes del día anterior. Sí lo hacen los venezolanos residentes en Miami, quienes, con la ex-Miss Universo Irene Sáez al frente, brindan con champaña por la estupenda noticia que les llevan las agencias internacionales de noticias; con ellos, los cubanos anticastristas, que se cuentan por decenas de miles en el estado de La Florida. Dada la relación de Chávez con Fidel Castro, sienten que al fin le han ganado una batalla a su más odiado enemigo.

El pueblo chavista recibe la noticia con el corazón lacerado y las lágrimas en los ojos entristecidos. Es un duro golpe. Les parece mentira que un proyecto que se les ha vendido como el futuro del país, porque resolvería en poco tiempo los problemas que adecos y copeyanos acumularon en cuarenta años, se venga abajo de repente como una hoja arrastrada por un huracán, y ahora vayan a quedar huérfanos, otra vez, en manos de aquellos dirigentes erróneos que habían sacado apenas tres años antes.

Pero lo ha dicho sin titubeos Lucas Rincón, general de tres soles desde que lo fuera el general en jefe Eleazar López Contreras, en 1936, y nadie duda entonces de la renuncia insólita del Presidente. Chávez, cobardemente, ha declinado. Tanta palabrería inútil ha

sido tirada por la borda tan pronto los primeros vientos han azotado el barco gubernamental que, entre tanta polémica estéril, navegaba sin rumbo fijo desde hacía un tiempo.

No saben que Lucas Rincón ha sido engañado. Primero, los oficiales comprometidos en el golpe le han dicho que las condiciones del Presidente han sido aceptadas, y después del anuncio de la renuncia, se han negado a hacerlo. En Miraflores, sabiendo que han caído en una trampa, Chávez asume el anuncio con tranquilidad pasmosa. Así lo explicaría al declarar ante los fiscales comisionados para la investigación del caso:

“Cuando vienen Rosendo y Hurtado de Fuerte Tiuna, ellos me dicen que sí, allá aceptan las condiciones y tienen un decreto... Vamos a llamar a una comisión mediadora. Entonces pido la llamada con el obispo Baltasar Porras y hablo con él. Le pido que se venga para acá (a Miraflores)... Me dijo, bueno, voy para allá... para evitar un derramamiento de sangre. Con ese cuadro situacional de que allá en Fuerte Tiuna habían aceptado esas condiciones, le dije a Rosendo, Llámame allá a Vásquez Velasco y dile que cómo voy a ir allá, (que) vengan acá y manden el formato que tienen en Fuerte Tiuna con la idea de que yo lo firmara. Y lo mandan por fax; yo lo leo en voz alta y yo había comenzado a agregarle cosas, a darle un toque personal, buscando la Constitución. Cuando estamos en esa situación es cuando Lucas, que está allá, me llama; entonces se genera este asunto de un llamado para dialogar, para hablar, para conversar. Lucas me llama por teléfono y me dice: Mire, Presidente, bueno, aquí me están presionando, aquí todos estos oficiales están alzados, aquí está el alto mando que se mantiene con usted, excepto el general Vásquez Velasco. Entonces él me pregunta, ¿A usted le llegó el decreto? Sí, aquí lo tengo, le dije. ¿Pero usted acepta entonces la renuncia? Me están presionando para que nosotros también renunciemos, el Alto Mando Militar. Yo le digo a Lucas, Bueno sí,

en el marco de las condiciones que han aceptado, en el marco de esas condiciones, yo acepto la renuncia (...) Luego, él sale y dijo lo que dijo, el Presidente ha aceptado al renuncia”.

El problema se agrava cuando los militares golpistas deciden no aceptar las condiciones de Chávez. Uno de ellos dice jocosamente: “¡Ni de vaina lo vamos a dejar hablar! ¿A ver si viene con otro ‘por ahora?’” Y entonces le dan un ultimátum al inquilino de Miraflores: “¡O se rinde o bombardeamos el palacio!”

José Vicente Rangel, siempre ecuánime, imperturbable, como lord inglés, se sale de sus casillas, visiblemente molesto por el ultimátum. “¡No debemos rendirnos! ¡Mandemos a la mierda a estos golpistas y resistamos como Allende, así tengamos que morir!” Se voltea hacia su hijo, el alcalde del municipio Sucre, José Vicente Rangel Ávalos, y le dice: “Vete tú, hijo, porque aquí vamos a morir”.

Pero este lo mira y hace un movimiento negativo con la cabeza. “Me quedo”, dice con decisión.

Rangel llama a su esposa Ana por teléfono y cuando ella atiende, le dice: “Aparentemente todo está pedido. Nosotros vamos a quedarnos aquí. Te doy la noticia de que te vas a quedar viuda y sin hijo”.

Del otro lado de la línea, ella, que lo ha acompañado durante cincuenta años en mil batallas, le responde: “Hagan lo que quieran; yo los apoyo totalmente”.

Pero Chávez sale al paso. “No, debemos preservar las vidas de estos jóvenes. –Señala al alcalde--. Ellos son los que continuarán este proceso. No podemos arriesgarnos a que haya más muertos”.

Y en ese momento, como si lo hubiera oído, llama Fidel Castro.

En los pasillos de Miraflores, mientras tanto, cunde la angustia. Los ministros y algunos dirigentes como Juan Barreto, Nicolás Maduro, Cilia Flores, Freddy Bernal y Darío Vivas, entre otros, han visto pasar las horas de suspenso sin tener noticias de lo que está ocurriendo entre bastidores; lo único que saben es lo que han visto en la televisión pero los chavistas no confían en los medios privados porque consideran que algunos periodistas han manipulado la información en los meses precedentes.

Sin embargo, la declaración del general Lucas Rincón... esa inverosímil declaración... les ha puesto los pelos de punta. Por eso, en un momento en que se dan cuenta de que el Presidente se ha quedado solo, se concentran ante la puerta dorada y hacen presión para ser recibidos. “Dígale al Presidente –le pidan a alguien- que no está solo; sus ministros y los dirigentes de su partido queremos hablar con él”.

Chávez los recibe, entonces. Se le ve preocupado, pero con entereza. Todos se dan cuenta de que se ha cambiado: ya no viste ropa civil sino el uniforme de campaña, y sobre la mesa de recibo adyacente al despacho, adonde los conduce, tiene una pistola; el fusil sobre el escritorio. Todo el ambiente recrea la angustiada situación por la que atraviesa el Gobierno en ese instante: acorralado, con todas las de perder, pues aun cuando Chávez decida ir al combate y gane la batalla, los resultados serán tan desastrosos que no podría ufanarse de la victoria. Solo pierde el que se siente responsable; el irresponsable nunca mide las consecuencias de sus acciones irreflexivas.

Chávez los pone en antecedentes. “La cosa está difícil”, les dice, y les participa que no tiene contacto con ninguna guarnición militar.

“Lo habían aislado y por eso no sabíamos lo que estaba aconteciendo en los cuarteles”, reconoce uno de los presentes en aquella reunión.

Pero en esos minutos de angustia, el Presidente logra hablar con el general Raúl Isaías Baduel, comandante de la 42° Brigada de Paracaidistas de Maracay. Un subteniente lo ha llamado y le ha dicho: “Mi general, aquí la situación anda mal. Nos parece que quieren atacar el palacio y llevarse al Presidente vivo o muerto. El Presidente está reunido en su despacho con unas personas. Le voy a pasar el teléfono y le diré que usted lo está llamando”.

El oficial entra al despacho y pone al Presidente en comunicación con Baduel. Ambos tienen una amistad de años y mutuamente se llaman cordialmente “Papa”.

“Oye, hermano -le dice Chávez, simulando tranquilidad-, gracias por tu posición y la de la brigada, porque eso les ha servido de factor de contención para que no vengan a atacar el palacio”.

“Nadie le dirá, Presidente, que Baduel lo traicionó. Nuestros principios nos dan fortaleza y templanza y en eso nos va la vida”, le dice el general, filosóficamente.

“Papa, lo único que le pido, hermano, más que ordenárselo, es que ni tú ni la brigada se conviertan en factor de derramamiento de sangre de inocentes”.

Se desean suerte y termina la conversación, sin mayores explicaciones. Todo está dicho. O eso parece...

Junto con Baduel en ese momento solo se han manifestado a favor del Presidente los generales Jorge García Carneiro, Julio García Montoya y Felipe Acosta Carlez y los almirantes Orlando Maniglia y Fernando Camejo Arenas. Todos ellos se declaran institucionales pero creen estar en desventaja. Solo después, cuando aparezcan los demás oficiales, se aprestarán a resistir.

El Presidente desmiente ante los ministros y los dirigentes de su partido que haya renunciado, pero los insta a analizar la situación para tomar la decisión más aconsejable, porque en ese momento se están jugando el destino del país. Las opciones que se ponen sobre la mesa son las siguientes:

*Renunciar. Negada de antemano. No hay condiciones para ello.

*Resistir dentro de palacio. Consecuencias: una mortandad. Dejar-se matar. Una tontería.

*Ir a Maracay. No hay condiciones suficientes para llegar hasta allá sin que se produzca un enfrentamiento en el camino; o, de pronto, un atentado.

*Entregarse y denunciar la violación de la Constitución por parte de los golpistas.

Los golpistas siguen llamando. Hurtado Soucre declarará que debió pedir en varias oportunidades plazos para estudiar la situación hasta que les llega lo que parece ser el ultimátum final.

“¡Tienen quince minutos! ¡Si no se rinden movilizaremos los batallones Ayala y Bolívar!”

Hablan de que los aviones también están listos para salir a bombardear y de que el jefe del grupo que acudirá al palacio es el general González González. La atmósfera se torna irrespirable. Rangel insiste en luchar. Vienen batallones del interior del país a hacer frente a los golpistas. Chávez lo ataja. Ya ha hablado con Fidel Castro y este le ha aconsejado, según se sabrá después, que no se inmolará como Allende.

“No, no –le dice Chávez a Rangel-; te agradezco la posición que mantienes junto a tu hijo, pero lo importante es preservar la vida de

estos jóvenes, de los dirigentes; no es tiempo de inmolarsse, eso es hermoso pero inútil, y ya ha corrido demasiada sangre. En eso está de acuerdo Fidel. Me entregaré”, añade, decidido.

Pasea a mirada por los rostros de los presentes y dice: “Retírense un momento, quisiera estar solo”.

Todos salen. Afuera los espera la viceministra Teresita Maniglia, una de las personas más leales al Presidente. Ya ella ha podido comprobar el cambio de posición del general Francisco Usón. Este ha ido temprano a Miraflores a decirle a Chávez que no puede seguir con él. Teresita, ignorando la posición del oficial, le ha pedido que no abandone al Presidente.

“Lo siento -le ha dicho Usón, escondiéndole la mirada-, debo volver a mi Fuerte Tiuna, de donde nunca debí salir”.

“¿Su Fuerte Tiuna?”, le pregunta ella, incrédula, antes de que el oficial apure la marcha.

De una u otra forma, también ella ha captado el tufillo de la traición en Rosendo. Porque lo nota nervioso, apurado, y porque no contestó, la tarde pasada, en plena crisis, los urgentes llamados del Presidente a través de la Red Tiburón.

Aunque Chávez no le ha dado importancia a eso, algunos de sus subalternos sí lo han hecho. “Chávez es así -confiesa uno de ellos-. Todavía mucho tiempo después decía que esos muchachos, Rosendo, Usón y Camacho Kairuz habían sido engañados, confundidos”.

Ahora, sobrecogidos en el pasillo, frente a la estatua del pez que escupe el agua, se abrazan unos a otros, con el alma en vilo, recordando que el Presidente tiene la pistola sobre la mesa.

“¿Y lo dejaron solo? -les pregunta Teresita-. ¿Es que no recuerdan a Allende?”

Las imágenes del cadáver del líder chileno en el Palacio de la Moneda, en las turbulentas horas del 11 de septiembre de 1973, pasan por la mente de todos como una premonición alevosa.

Dentro, Chávez se encuentra con sus fantasmas, se mira a sí mismo, se ausculta buscando respuestas, tratando de adivinar, como un oráculo, su propio destino. Luego mira detenidamente los cuadros del Libertador y de otros próceres de la Independencia que adornan el despacho, como si quisiera retenerlos en su memoria para siempre, o como si quisiera trasponer el tiempo para pedirles un consejo necesario en esos momentos de tensión. Después, abre la Biblia, lee un salmo, reza y se persigna... se sume en sus pensamientos largo rato, y, al final, va a la puerta y la abre.

“Estoy listo. Quiero que me acompañen a Fuerte Tiuna los generales Hurtado, Rosendo y Vietri Viteri (jefe de la Casa Militar)”.

El momento es emocionante en extremo. Los ministros se acercan a él, lo abrazan y le dan ánimos.

José Vicente Rangel y Aristóbulo Istúriz, los más veteranos del gabinete, insisten en la necesidad de resistir, pero la decisión está tomada pues Chávez es irreductible en su posición: no quiere un enfrentamiento entre militares, mucho menos entre el pueblo; no más sangre de la que ya ha corrido.

“No firmes la enuncia -le recuerda Rangel-. Este es un golpe de Estado”.

Chávez le entrega su pistola a un edecán. Pero el ministro Rodríguez Chacín se le atraviesa en el camino y la coge.

“Yo se la guardo, Presidente, no se preocupe”.

La madre del Presidente, Elena, y su pare, Hugo de Los Reyes, el gobernador de Barinas, lo abrazan. La madre, angustiada, dice, Otra vez preso, hijo, otra vez, Dios mío, no...

Lo abrazan los ministros Nelson Merentes, Rafael Vargas, Aristóbulo Istúriz, Jorge Giordani (este llorando como el padre ante el hijo en desgracia); luego las ministras María de Lourdes, María Cristina, Ana Elisa, que está inconsolable. Chávez la abraza, le acaricia el pelo y le dice algo al oído. Jesse Chacón el presidente de Conatel, también se ha hecho presente. Después, Chávez ve a Teresa Maniglia, quien lo ha acompañado desde el momento mismo del intento de golpe de 1992, y le dice:

“Perdóname los momentos en que me puse bravo contigo, los regañños, yo te quiero mucho”.

“Los amigos no se piden perdón –le dice ella con solemnidad-. Usted es el Presidente y juro por Dios que no reconoceré a nadie más como Presidente”.

De pronto, alguien comienza a cantar el Himno Nacional y los demás lo siguen. “Gloria al bravo pueblo/ que el yugo lanzó/la Ley respetando/la virtud y honor...”

Parados firmes, en respeto solemne, todos cantan como soldados tratando de insuflarle valor al general derrotado. Un castillo de sueños se está derrumbando en ese momento adverso. El dolor lacera los corazones traicionados. El futuro se asoma lleno de obstáculos. Pero no hay miedo en los rostros; más bien indignación.

Los generales hacen una seña y Chávez comienza a caminar. Los ministros y sus compañeros políticos se abren paso para dejarlo pa-

sar, los hombres con ojos acuosos, las mujeres con el llanto tendido, como cuando se ha muerto un ser querido.

La caravana avanza por el pasillo como funeral de pueblo triste. Los soldados se cuadran al paso del mandatario, sin ocultar sus lágrimas de jóvenes guerreros vencidos por la adversidad; los edecanes lo acompañan, solidarios; el jefe de la escolta personal, el mayor Suárez Chourio, enérgico de antes, tiene ahora un nudo en la garganta.

“¡Chávez por ahora, Chávez por ahora!”

El grito sale de las gargantas al unísono, como ensayado. Chávez se detiene y mira hacia el lugar de donde sale la consigna, en esa madrugada cargada de malos presagios, y ve que el grito ha partido de algunas personas que desde afuera del palacio le hacen señas, solidarizándose con él, algunas llorando, otras con ademanes enérgicos.

Chávez levanta el puño de la mano izquierda, como en los buenos tiempos, los tiempos de triunfo, de victoria en victoria, doblegando al enemigo que se creía indoblegable...

El general Jacinto Pérez Arca y se pone a su altura, le extiende un crucifijo y le dice: “Dios te bendiga”.

Chávez coge el crucifijo y se lo mete en un bolsillo. Llegan ante el auto, entran, el chofer lo enciende y, raudo, parte hacia Fuerte Tiuna a una cita con la historia, escoltado unos metros por un pueblo que no sabe a qué atenerse en esos indescifrables momentos en que Venezuela traspasa peligrosamente la frontera que conduce de la democracia a la dictadura.

(De la declaración rendida por el presidente Chávez ante los fiscales comisionados para el caso, el 4 de mayo de 2002)

...Luego, un poco más tarde, yo sí insistía, Mira Rosendo, Hurtado, ustedes que están en contacto con ellos allá, hablen con el general Velásquez y con todos esos generales, díganles... porque yo sentía que iban pasando los minutos y ya unas horas, y yo sentía que se acercaba el amanecer con el canto de los gallos y no terminaba la situación tensa, y había darle una salida... Yo les decía, Mira, díganles que se apuren, debemos solucionar esto. Vamos a buscar los mediadores para garantizar las condiciones y que de verdad se cumplan con un documento donde se comprometan, además de eso, con la Asamblea Nacional. Por esa vía política, al aceptar la renuncia, buscar al vicepresidente, porque querían que yo también lo destituyera... porque tampoco lo iban a aceptar a él, así que había que aceptar una salida política. A esas alturas, yo estaba dispuesto... yo estaba exigiendo que apuraran el cumplimiento de las condiciones... Entonces se prendió el conflicto de que unos aceptan, otros no aceptan; que yo tenía que irme a Fuerte Tiuna y allá conversábamos; y yo dije, No, así no voy, primero quiero saber qué decisión tienen: si aceptan o no las condiciones; si no las aceptan, yo no renuncio, por supuesto. Además, que no solo la acepten de palabra, que se firme un documento y que vengan aquí unos señores a firmarla, la Iglesia, unos embajadores, etc.

...Los generales que se habían manifestado contra el Gobierno, ellos pasaron, el general Damiani Bustillos, el general Camacho Kairuz, estos dos de la Guardia Nacional, y uno del Ejército llamado Narváez... eran tres que recuerdo... y ellos vinieron a decirme con mucho respeto, Usted es el Presidente de la República y nosotros queremos respetar su investidura y queremos facilitar esto, pero allá en Fuerte Tiuna hay un conflicto, unos que sí, otros que no. Incluso, ellos venían con la idea de que yo aceptara ir en un helicóptero que ellos querían buscar para llevarme a Maiquetía. Yo les digo, No, vale, de esa manera no; yo

quiero que ustedes se pongan de acuerdo, yo no puedo irme así como si nada, yo tengo una serie de condiciones. Les pido a ustedes que vayan a Fuerte Tiuna y traten de convencer a esos señores de que hagamos el trato de que estamos hablando, que cumplan esas condiciones. Ellos dicen, Vamos a Fuerte Tiuna, salieron y se fueron. No hubo forma de convencer a nadie, así que ellos vuelven a llamar y dicen que no hay condiciones, que si en diez minutos no salía de aquí para allá tenían una columna de tanques listos para bombardear el palacio, que iban a salir unos aviones. Creo que trataron de que despegaran unos aviones. Ante esta situación, volvimos aquí a discutir la situación y yo decido ir a Fuerte Tiuna a ver en qué para esto, pero ya con la decisión de evitar un enfrentamiento. Estuvimos evaluando movernos a Maracay, porque yo había conversado con el general Baduel y él me dijo: Yo no acepto que me pongan órdenes contra la Constitución y aquí me mantendré rebelde. Yo le digo, Ten cuidado, yo no te pido que aceptes mi decisión, lo que tú decidas yo lo acepto... Yo decido ir a Fuerte Tiuna y es así como salimos de aquí, creo, a las cuatro de la mañana...

PREGUNTA:

¿Quién lo acompaña en su traslado?

RESPUESTA:

Conmigo iban los conductores de aquí. Iba el general Rosendo en la parte delantera, iba el general Hurtado por mi derecha, iba yo en la parte izquierda. Yo iba uniformado, yo me uniformé en la tarde cuando vi que lo que venía era un golpe militar. Así que nos fuimos allá. Llegamos. Hubo maltratos, hubo unas miradas de odio, de dos, tres, pero me hicieron pasar a un salón grande; ahí estaban muchos generales, almirantes, y estaban los obispos, Baltasar Porras y Azuaje... Azuaje creo que es el secretario... Estaban allí en una mesita y en una silla, yo me siento, los saludó y ellos siguen conversando...

PREGUNTA:

¿Quiénes son ellos, si recuerda?

RESPUESTA:

Déjame recordar quiénes estaban allí. El general que tomó la palabra una vez que yo me siento es el general de Cavim, Fuenmayor León; él toma la palabra, entiendo que lo designaron, y hace una exposición y me dice, Bueno, señor Presidente, lo hemos llamado -fue muy respetuoso de verdad- para que usted, bueno, firme aquí la renuncia. Y me vuelven a poner entiendo que la misma hoja, yo ni la leí, y me dicen, Es lo más conveniente para el país, le agradecemos el gesto, qué se yo, todas esas cosas. Entonces yo le dije, Mira Fuenmayor -y les hablé a todos, recuerdo que les hablé a todos-, yo en esas condiciones no voy a renunciar a la Presidencia, así que ni siquiera me pongan esa hoja aquí... Y les repetí las condiciones, una, dos, tres y cuatro, y además, si me quieren oír... y empecé a darles como unas orientaciones: tengan mucho cuidado con lo que aquí va a pasar, el pueblo, hay un pueblo ahí, hay unos oficiales por ahí, tengan mucho cuidado, manejen bien esta situación. Yo estoy diciéndoles eso y recuerdo que me interrumpen de manera altanera de palabra, el general González González... Entonces él viene y me interrumpe y me dice, Aquí no hemos venido a discutir nada, aquí sabemos muy bien lo que vamos a hacer... Si el doctor Carmona estaba ahí, él seguramente tiene que haber oído mi respuesta, y eso lo oyó, estoy seguro que lo oyó clarito, el obispo Baltasar Porras y el obispo Azuaje, además de todos los que estaban allí. Ellos salen a un salón adyacente. Yo me quedo con los dos obispos, el general Vietri Vietri, jefe de la Casa Militar, quien también me acompañó. Me acompañó allí con un coronel de los golpistas. Nosotros nos quedamos solos en ese salón. Pasó un tiempo. Ellos se reunieron, discutieron y volvieron otra vez al salón. Volvieron a insistir, Presidente, usted tiene que firmar la renuncia, lo hemos llamado

aquí para que firme la renuncia. Entonces tomó la palabra un general de la Guardia Nacional, no recuerdo cómo se llama este hombre, uno de los generales de división de la Guardia Nacional. Él hace un razonamiento. Dice: Nosotros no podemos dejar que él se vaya del país, porque cómo le vamos a explicar al pueblo después por permitirnos que se fuera un asesino o quien produjo todas esas muertes, todas esas cosas. Yo, mientras, estaba como un río de tranquilo... Pero, bien, luego ellos entran, como les decía, y me presionan un poco más, me habla este general, ese de la guardia prácticamente ya me estaba enjuiciando, Tiene que ir preso por genocidio, por toda esa sangre. Si es así, háganlo, soy un Presidente prisionero, no se les olvide; tienen ustedes preso al Presidente de la República, no se les olvide. Yo no voy a firmar esa renuncia hagan lo que hagan. Y dijo uno, Bueno, eso no importa, que no firme nada. Luego, de allí yo ya me fui, me pidieron que me cambiara de ropa, que me quitara el uniforme. Me cambié allá mismo. Ya estaba amaneciendo y de allí, de la sede del comando, me llevaron a la Policía Militar, y ahí estuve en una habitación por un corto tiempo... y me prestan un televisor y ahí yo paso el día viendo TV; allí vi yo entrevistas, vi que me estaban diciendo asesino, el ex-Presidente, y entonces me di cuenta que estaban montando todo sobre una mentira, otra gran mentira, Tenían en las pantallas de todos los televisores escrito de manera permanente 'Renunció Chávez', y otro lema allá abajo, 'Volvió la democracia'. Entonces pasan a Isaías que estaba en la Fiscalía, entonces me paro como un rayo y es cuando dice aquello que casi me hace llorar, cuando entre otras cosas dijo, recuerdo, Yo quisiera ver la renuncia firmada del Presidente...

De la declaración de monseñor Baltasar Porras, en la Fiscalía General de la República, el 5 de mayo de 2002.

...Lo que me pedía era que fuera al Palacio de Miraflores, los tres obispos que estamos, los tres sacerdotes. Cómo nos dirigimos, con qué seguridad y cómo, no más con el carrito de uno de los padres que vive aquí. Eso motivó a pensar a quién contactábamos: al capellán, al obispo castrense Edmundo Sánchez Porras, para preguntarle, y ahí le dijimos cuál era el objetivo de la llamada que había recibido y a qué general recomendaba que nos dirigiéramos, si podía darnos el teléfono para facilitarnos el traslado a Miraflores, y entonces nos dieron el teléfono del general Vásquez Velasco, con quien no nos pudimos comunicar nosotros, pero él sí... A los pocos minutos se recibió una llamada del general González González, quien por órdenes del general Vásquez Velasco se ponía a nuestra disposición. Le dije que había recibido una llamada y quiero ver cómo ustedes me facilitan el poder llegar a Miraflores o poder cumplir con esta misión. Entonces fue cuando me dijo que me trasladara a Televen y de aquí salimos José Luis Azuaje, los sacerdotes el padre Aldo Fonti y el padre José Gregorio Quintero, y nos conseguimos con este general y los otros dos generales que estaban por comisión del general Vásquez Velasco, dirigiendo allí las operaciones que ellos tenían que hacer. Ellos se comunicaron con el general Rosendo y con el general Hurtado, quienes eran los interlocutores del Presidente; les hicieron saber que ya yo estaba con ellos y la petición para el resguardo de sus vidas ya estaba garantizada con mi presencia allí, y entretanto estaban en todas las cuestiones del acta de renuncia en las que nosotros hemos intervenido. Los obispos que estábamos simplemente oíamos lo que parlamentaban entre unos y otros y la condición que ponía, que era la de que firmaba si se trasladaba a Maiquetía para salir en un avión. Esto fue, pues, lo que conversaban entre ellos. Tengo entendido que habían mandado un acta solo con la renuncia, que la había devuelto el Presidente agregándole

algo que según nos manifestó él después lo consideraba pertinente y era que él destituía al vicepresidente y a los ministros del despacho, fueron palabras del propio Presidente, y después él firmaba la renuncia de acuerdo a unos artículos de la Constitución. Ellos siguieron hablando, pasaba el tiempo, y quedamos en que tenían que trasladarse a Fuerte Tiuna... y ahí era donde estaban: que si Fuerte Tiuna, que si era a Maiquetía, que si nos trasladábamos a Miraflores; entonces él pide que sea el traslado a Fuerte Tiuna y entonces nosotros fuimos en caravana a esperar la llegada del Presidente y lo demás es lo que ha salido en los medios...

***De la declaración del contralmirante Bernabé Carrero Cuberos,
el despacho del Fiscal General de la República,
el 25 de abril de 2002.***

A mí me da la impresión de que ahí había dos grupos que estaban haciendo lo mismo. Un grupo comandado por Ramírez Pérez y otro grupo comandado por Medina Gómez y Rommel Fuenmayor (que son dos generales de división del ejército), porque ellos no hablaban entre sí. Ramírez Pérez mandaba pero estos hacían otras cosas, y entre estos que hacían otras cosas como que estaban con González González, el calvo, general de brigada... De repente alguien dice que el Presidente dijo que lo busquen, que él se entrega es a Rosendo y al general Hurtado Soucre...

...El Presidente se va entregar si lo van a buscar Rosendo y el general Hurtado; sé que coordinaron con ellos dos, no sé dónde estaba yo porque yo no los había visto allí todavía...

...El asunto es que ahí estábamos Rosendo, Hurtado, Comisso, Ramírez Pérez, Vásquez Velasco, monseñor Baltasar Porras, está el amiguito de Baltasar Porras que siempre anda con él... Llegó el Presidente,

llega Vásquez Velasco y le dice al Presidente, Bueno Presidente aquí le traemos la renuncia para que usted firme... Buen, sí, creo que fue Vásquez Velasco que le estaba leyendo la renuncia y entonces el Presidente dice, Yo no renuncio si no me dan garantías y las garantías que quiero son para mi familia, mi entorno, para mí y que me dejen ir con mi familia para Cuba, y eso fue lo que yo dije. (Así) dijo él, que quería que estuviera aquí el monseñor para garantizar que se iba a cumplir eso. Este le contesta, No, usted no se puede ir, usted queda detenido aquí para ser juzgado aquí... Sin embargo se fueron a deliberar en un salón, se fueron Carmona Estanga, Vásquez Velasco... ah, bueno, ya había llegado Carmona Estanga.

PREGUNTA: Le iba a preguntar en qué momento llegó Carmona Estanga.

CONTESTÓ: Le voy a decir una cosa: en ese bululú yo vi gente extraña de civil armada. No conocía a ninguno, yo no sabía quiénes eran, tampoco pregunté, y de repente de un balcón sale Carmona Estanga con ellos que lo protegían. Carmona Estanga estaba... yo no sé si estaba antes de que ellos llegaran, el asunto es que apareció. Entonces, cuando estaban con el Presidente para que renuncie está Carmona Estanga. Bueno, se van a deliberar Carmona Estanga, Vásquez Velasco, Alfonso Martínez y Ramírez Pérez, esos cuatro... Como a los diez minutos regresan y Vásquez Velasco le lee algo al Presidente, Bueno Presidente hemos decidido dejarlo bajo custodia de las Fuerzas Armadas, ya que no quiere renunciar, porque no estamos dispuestos a dejarlo ir del país...

REPUBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

MINISTERIO DE LA DEFENSA

EJÉRCITO

TERCERA DIVISIÓN DE INFANTERÍA

35 REGIMIENTO DE POLICIA MILITAR

“LIBERTADOR JOSÉ DE SAN MARTÍN”

COMANDO

Caracas, 12 de abril de 2002

BOLETA DE INGRESO AL CENTRO DE RECLUSIÓN DEL 35 RPM-LJSM

POR INSTRUCCIONES DEL CIUDADANO GRAL/DIV (EJ.) EFRAÍN

VÁSQUEZ VELASCO COMANDANTE GENERAL DEL EJÉRCITO

JQUÍA

NOMBRE Y APELLIDO

TCNEL (EJ.)

HUGO RAFAEL CHÁVEZ FRÍAS

PLAZA.

EX PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA

BOLIVARIANA DE VENEZUELA

FECHA DE INGRESO

120600ABR02

CAUSA DE INGRESO:

FECHA DE EGRESO:

ENTREGADO POR.

CAP.(EJ.)GREGORIO ESCALONA BRICEÑO

QUIEN ENTREGA.

Fdo.

CAP.(EJ.) José Gregorio Escalona Briceño ST/2DA

C.I. 10.722.772

QUIEN RECIBE

Fdo.

(EJ.) Alexander José Galixia Ch.

GUARDIA DE ESTACIÓN

Fdo.

CAP.(EJ.) José Rodolfo Plaza Velásquez

JEFE DE ESTACIÓN DE POLICÍA MILITAR DEL 35 RPM-LJSM

Vto.. Bo.

CNEL.(EJ.) Anibal José Segovia Rojas

COMANDANTE DEL 35 RPM-LID “JOSÉ DE SAN MARTÍN”

(Copia de la orden de detención del Presidente Chávez, tomada del expediente)

Los que quedan en Miraflores esa madrugada tenebrosa, después de la partida del Presidente, se abrazan, despidiéndose, con un nudo en garganta. Cada uno coge por su lado, con prisa, porque se anuncia la toma inminente del palacio por parte de los golpistas que ahora tienen allanado el terreno.

Teresa Maniglia ha visto esa noche a varios individuos sentados en el piso y ha preguntado por ellos. Alguien le ha respondido: “Son los francotiradores que están detenidos”. Ella asegura haber buscado un camarógrafo para hacerles una toma como evidencia de la detención, pero, después, en medio de la crisis que se vivía en el palacio se olvidó del asunto; de hecho, todos se olvidaron.

Ahora, avanzada la madrugada, Teresa llama a su esposo, Oswaldo Pino, ‘el Chino’, un tipo que parece curtido por el tiempo, periodista como ella, y este le dice que la esperará por la puerta N° 3, frente al Liceo Fermín Toro.

Acompañada de unos amigos, Teresita sale a la calle pero no ve al esposo. Una de las mujeres que la acompaña ve una camioneta negra de vidrios ahumados, hermética, y se acerca a ella pidiendo ayuda, “Ayúdenos, por favor, ella es la viceministra y no tenemos cómo irnos”. Uno de los vidrios baja y queda a medio camino como una promesa interrumpida. Adentro es como una cueva de lobos, porque no se ve a nadie, aunque se escucha una voz de ultratumba:

“Vete, Teresita, que nosotros somos los que vamos a entrar”.

Teresita y sus amigos salen apresuradamente de aquel lugar y todavía hoy ella dice estar convencida de que aquellos sujetos eran parte del grupo que iba a asaltar el palacio en caso de que el Presidente no se hubiera entregado.

Un poco más allá está su esposo, esperándola al volante del auto. Todos suben y salen del centro de Caracas a toda velocidad. Ya lejos del peligro, ‘el Chino’, acongojado, murmura entre dientes una frase lapidaria:

“Coño, esto parece la segunda muerte de Alí Primera”

A pesar de que lo niegan, los militares golpistas han tenido un aliado formidable: el Gobierno de los Estados Unidos que esa mañana se apura a dar una declaración ambigua, como esperando el curso de los acontecimientos, en la voz de Phillip T. Reeker, portavoz del Departamento de Estado. “Aunque los detalles aún no están claros, las acciones no democráticas cometidas o propiciadas por la Administración de Chávez provocaron la crisis de ayer en Venezuela”, dice, en claro coqueteo con el gobierno de facto encabezado por Carmona Estanga.

Anoche, en medio de la confusión originada por los sucesos y protegidos en las sombras, dos helicópteros Black Hawck han aterrizado en el Aeropuerto Internacional de Maiquetía. Rodgers y McCammon, los dos militares que ha visto García Carneiro en el Fuerte Tiuna acompañando a Carmona, a los oficiales golpistas y a Simonovis, tienen varios meses en el país planificando el golpe con los generales venezolanos según se sabrá después.

Y a partir de mañana tres barcos de la marina estadounidense navegarán en aguas venezolanas cerca de la isla de La Orchila a donde será llevado el presidente Chávez. Su objetivo: monitorear la situación y dar informaciones a los golpistas, aunque después el Gobierno de Bush dirá que estaban ahí para sacar a los estadounidenses del territorio nacional en caso de ser necesario.

Un año más tarde la abogada estadounidense de madre venezolana Eva Golinger logrará la desclasificación de los documentos de

la CIA sobre el golpe y la Agencia, encabezada por George Tenet, quedará en evidencia, pues allí se demuestra que por lo menos tres días antes de los hechos sus agentes en Caracas estaban en conocimiento de que habría una gran marcha, se producirían algunas muertes y Chávez sería derrocado y detenido.

Dieciocho días después del golpe, el diario inglés The Guardian publica una entrevista con Wayne Madsen, ex agente de los servicios secretos de la Usarme, en la que este dice que la marina ayudó a los golpistas con información clasificada. Madsen dice que Rodgers estaba en Venezuela desde junio de 2001 y que McCammom, un oficial de inteligencia, jugó un papel decisivo en el desenlace del golpe.

Carmona, obnubilado por la oportunidad que el destino pone en sus manos, no esconde su alegría y en las reuniones con los oficiales se le ve eufórico no solo porque ha logrado sacar del poder a su más acérrimo enemigo sino porque los adulantes de oficio ya campean en sus predios como abejas en un panal de miel.

Carmona se ha mostrado tan seguro de que será Presidente que en un viaje a España la semana anterior al golpe, donde se ha reunido con el canciller José Piqué, se ha mandado a hacer la banda presidencial de cierre mágico que, orgulloso, con sonrisa triunfante, lucirá esa tarde del 12 de abril cuando le dará el zarpazo a las instituciones democráticas.

Uno de sus adláteres ordenará esa misma tarde descolgar el cuadro de Simón Bolívar del Salón Ayacucho del Palacio de Miraflores, alegando que Bolívar, como Alí Primera, son parte del combo chavista. El odio que muchos de los complotados sienten por Chávez, traspolado al Libertador, llega a límites tan irracionales que igualmente le quitarán a la República su condición de Bolivariana.

Sin que sus partidarios lo sepan, hoy Carmona miente con descaro al mostrarse sorprendido por haber sido escogido “para la transición que salvará la democracia”. Jorge Olavaria, periodista e historiador crítico de Chávez (que antes lo acompañó en el proceso), sabe que eso no es así porque mucho antes de que la furia se desatara contra inocentes ciudadanos, se le ha consultado sobre los decretos que esa tarde impactarán al país ya sacudido por los crímenes de ayer.

Lo dirá así, después, El País de Madrid: “Los promotores del golpe contra Hugo Chávez estaban tan seguros de su derrocamiento que el borrador del primer decreto del Gobierno quedó redactado un día antes de la matanza, y destacados juristas consultados por la arrogante derecha que se adueñó de la jornada rechazaron sin ser escuchados el borrador del texto que acabó atropellando la Constitución”.

Mentira sobre mentira, lodo sobre lodo, Venezuela amanece el 12 de abril partida en dos pedazos: los que ríen de alegría porque el Gobierno ha caído y los que se sacuden entre la desazón y la desesperanza. Las calles de Caracas, de por sí abarrotadas de gentes que siempre caminan de prisa como si se les escapara algo importante, están solas. La ciudad parece un desierto. El temor cala hondo ante lo desconocido.

Los periódicos anuncian la renuncia del Presidente a quien culpan de los crímenes, y el advenimiento de una nueva era, más democrática, más comprometida con el país, y hacen apología del nuevo Presidente, un empresario emprendedor, dicen, amigo del diálogo. Basta leer el editorial del diario El Universal: “Hoy el país nacional amaneció con otra cara. La renovada esperanza y la fe de un futuro mejor, es el mejor impulso para comenzar la reconstrucción”.

Los medios acusan a los círculos bolivarianos de todas las muertes, en especial a los pistoleros de Puente Llaguno, quienes de tanto que han aparecido en pantalla disparando se han hecho tristemente célebres. Se dice que la Policía Metropolitana es la que ha impedido que la masacre aumentara al hacer frente a los chavistas homicidas, descontrolados, ávidos de sangre, pero en los videos que se darán a conocer después, cuando bajen las aguas, se verá cómo los funcionarios de este cuerpo disparaban a todos lados, motivo por el cual varios de ellos serán detenidos por orden judicial al ser indiciados en los hechos por las pruebas de balística. Sin embargo, el juicio que se les hará estará preñado de incongruencias tales que ellos denunciarán la violación de sus derechos constitucionales.

Testimonios reveladores de quienes estaban en las cercanías de Miraflores indicarán que más allá de Puente Llaguno fueron cercados y heridos por policías que disparaban a mansalva a todo lo que se moviera. De no ser por los chavistas que estaban en el puente, dicen, la PM les habría abierto paso a los golpistas hacia el palacio. Porque el objetivo era precisamente ese: dispersar a la multitud concentrada frente a Miraflores para tomar la Prevención N° 1 desde El Calvario y tumbar al Gobierno en medio de una batalla sangrienta.

Una crónica de El Nacional informa que el asistente personal del general Manuel Rosendo, el capitán O'Brien, oyó cuando el ministro Rangel le pedía al alcalde Bernal que sacara a la calle a los círculos bolivarianos amados hasta los dientes. Para ese momento, Rosendo se ha pasado al bando de los sediciosos. Tiempo después se sabrá que lo hizo abrumado por el miedo que sintió ante el avance irreversible del golpe de Estado. Como era uno de los oficiales en quienes Chávez más confiaba, decidió sumarse a los rebeldes para anotarse a ganador sin darse cuenta de que en circunstancias como esas, aún ganando vas perdiendo.

Inconcebible e incomprensible también es la actitud del exministro Luís Miquilena, quien ese 12 de abril aparece en los medios impresos criticando con malsana intención al mismo Presidente que tanto elogió en el pasado. Miquilena, que, un año antes tan solo, había declarado sobre la sociedad civil enfrentada a Chávez, “¿Y eso con qué se come?”, aparece ahora al lado de esta, desdiciendo y deshaciendo lo que dijo e hizo durante el tiempo en que fue el hombre fuerte del Gobierno.

El mismo jefe el Comando de la Revolución, Guillermo García Ponce, compañero de luchas de Miquilena en el pasado, se avergonzará después por la actitud de este y en un enjundioso trabajo periodístico dirá que Miquilena engañó a todo el mundo haciéndose pasar por revolucionario cuando no lo era.

Miquilena, la noche del golpe, trató de convencer a dirigentes políticos y ministros leales a Chávez de que la causa estaba perdida y por eso debían abandonar al Presidente. Sobre Miquilena, Chávez les dirá tiempo después a los periodistas cubanos Luís Báez y Rosa Miriam Elizalde, “... La traición de Luis Miquilena nunca la perdonaré. Perdonar sería como justificar. Sería como decir, ‘Está bien, te perdono, vamos a trabajar juntos.’ No, los traidores están allá en el otro extremo. No están condenados por mí; ellos están marcados y condenados por la historia”.

Los dueños de medios ignoran que contrario a su prédica, entre gallos y medianoche, Carmona se ha puesto de acuerdo con la derecha más obtusa para desaparecer cualquier vestigio de igualdad, solidaridad y fraternidad en la Carta Magna y emprender una carcería de brujas que alarmará a propios y extraños.

En el estudio de Venevisión, sin que se le agüe el ojo, el periodista Napoleón Bravo, uno de los anclas más conocidos del país, abre

su programa matutino, '24 Horas', con un 'tubazo'. "Ustedes –dice, exultante- se preguntarán cómo fue la renuncia de Chávez. Les voy a leer la carta que firmó -y procede a leerla-: 'De conformidad a lo establecido en el artículo doscientos treinta y seis numeral tres de la Constitución, remuevo al ciudadano Diosdado Cabello y a todos los ministros que conforman el Gabinete Ejecutivo. Asimismo, con fundamento en el artículo doscientos treinta y tres de la Constitución de la República, presento ante el país mi renuncia irrevocable al cargo de Presidente de la República que hasta el día de hoy, doce de abril de dos mil doce, he detentado. Dado, firmado y sellado en la ciudad de Caracas a los doce días del mes de abril, ciento noventa y uno de la Independencia y ciento cuarenta y dos de la Federación. Hugo Rafael Chávez Frías”.

Napoleón no presenta, sin embargo, la firma del Presidente, pero mucha gente en el país da por descontado que es así, que Chávez renunció acosado por su propia conciencia ante los crímenes cometidos por su Gobierno, pues el mismo Lucas Rincón, general de la más amplia confianza del Presidente, lo ha anunciado esa madrugada.

Napoleón Bravo no lo sabe, pero este tipo de periodismo manipulador, engañoso, ajeno a la verdad, que se burla de la ética, será lo que desacreditará a algunos medios de comunicación de manera tal que el público les retirará su confianza en un futuro cercano. Porque aprenderán a leerlos, a verlos y a escucharlos entre líneas para sacar con las uñas lo poco que de verdad puedan contener.

A todas estas, en el sitio de reclusión donde se encuentra, el Presidente ve las noticias en un televisor, alarmado ante lo que dicen. En todos los programas, en la parte baja de la pantalla, hay un cintillo que anuncia a grandes letras: CHÁVEZ RENUNCIÓ, VOLVIÓ LA DEMOCRACIA. Y eso le hace ver que su vida

corre peligro. Todavía en su mente juegan las palabras que le escuchara a algunos oficiales esa madrugada, cuando decidían su destino: “Hay que matarlo, es un asesino”. Especialmente González González, el más empeñado de ajustarle cuentas.

Después se dirá que el general Vásquez Velasco debió imponer su autoridad ante los niveles de irracionalidad a los que había llegado este oficial. Si no hubiera sido así, es probable que el destino de Chávez hubiera sido muy desafortunado.

Ahora, atado de manos como se encuentra porque ni siquiera se le ha dejado ver a un abogado, Chávez nada puede hacer ante las informaciones que desglosan los medios de comunicación social como si fueran hechos ciertos y no el resultado de experimentos en laboratorios de guerra sucia.

No obstante, en su reclusorio de Fuerte Tiuna, una mano amiga le extiende un teléfono con el que puede llamar a sus hijos. Desde la noche anterior está preocupado por ellos y por eso los ha instado a salir de Caracas cuando la situación se ha tornado verdaderamente grave. Rosa Virginia, María Gabriela y Hugo se han ido a una casa en Río Chico y esa mañana, cuando reciben la llamada del papá en desgracia, Rosa Virginia se echa a llorar desconsolada.

“Tranquila, hija, que nada va a pasar”, le dice Chávez sin mucho convencimiento. “Pásame a tu hermana”. Rosa Virginia le pasa el teléfono a María Gabriela.

“Papá, otra vez preso –le dice ella, recordando los sucesos del 4 de febrero de 1992-. ¿Dónde estás?”

“En el Regimiento de policía Militar de Fuerte Tiuna. Están diciendo que renuncié pero eso no es cierto. Tienes que denunciarlo, hija, llama a Fidel que él sabrá qué hacer; él sabrá cómo hacer la denun-

cia internacionalmente. Dile que soy un Presidente preso, que no he renunciado”.

Hablan otro rato y Chávez cuelga.

Desde donde está, María Gabriela no puede comunicarse con La Habana. Así que cruza los dedos y llama a Miraflores con tan buena suerte que allí todavía están los soldados leales al Presidente, pues Carmona Estanca no ha cambiado a nadie todavía. Ellos, ante la insistencia de la joven, le hacen el puente con el propio Fidel Castro. María Gabriela se echa a llorar al escuchar la voz del presidente cubano.

“Fidel, ayúdanos”, le pide, convulsionada por el llanto.

“Tranquila, María”, le replica Fidel.

“Mi papá me pidió que te dijera que si muere hoy es porque será leal a sus convicciones hasta el último momento. Me pidió que te lo dijera expresamente”.

“Dame un número telefónico para llamarte yo”, le pide Fidel.

“Anda, pues, anótalo”.

“No, no, dímelo, que yo me lo aprendo”.

“Fidel, es un número muy largo”.

“No, no, dímelo”, insiste Fidel, pero cuando ella empieza a dictárselo, añade: “Espera, espera, sí es demasiado largo”, y busca cómo anotarlo.

Al poco rato, Fidel la llama y le dice que Randy Alonso, conductor en La Habana del programa ‘Mesa Redonda’, se comunicará con ella para entrevistarla. Así sucede. María Gabriela vierte en la en-

trevista su angustia por la suerte del padre detenido y se afianza en decir que este no ha renunciado como falsamente han informado algunos medios de comunicación venezolanos. La noticia causa revuelo. Sale disparada por todos los confines de Cuba y rebota en el satélite de Telemundo, que la recoge y a su vez la dispara como un misil por todo el planeta, menos en Venezuela donde todo lo que huela a chavismo está vetado en los medios.

A partir de ese momento, como ellos reconocen, Fidel Castro no abandonará a los hijos de Chávez a quienes llamará cada media hora hasta que el caso tenga un desenlace dos días después.

En la Cumbre del Grupo de Río que se celebra en Costa Rica, algunos Presidentes, preocupados por los sucesos en Venezuela, presionan para que se emita un pronunciamiento que al final es aprobado de la siguiente manera:

Los Presidentes de los países miembros del Mecanismo Permanente de Consulta y Concertación Política, Grupo de Río, ante los hechos ocurridos en Venezuela y ratificando su adhesión a los procedimientos democráticos y al Estado de Derecho, expresan lo siguiente:

Reafirman el derecho de los pueblos a la democracia y la obligación de los Gobiernos de promoverla y defenderla, y reconocen que la democracia representativa es indispensable como la paz y el desarrollo de la región dentro del marco de la Carta Democrática Interamericana.

Lamentan los hechos de violencia que han provocado la pérdida de vidas humanas y acompañan al pueblo de Venezuela en su deseo de reconstruir una democracia plena, con garantías ciudadanas y de respeto a las libertades fundamentales.

Condenan la irrupción del orden constitucional en Venezuela, generada por un proceso de politización creciente.

Instan a la normalización de la institucionalidad democrática en el marco de la Carta Interamericana y a dar los pasos necesarios para la realización de elecciones claras y transparentes en consonancia con los mecanismos previstos por la Constitución venezolana.

Asimismo, cada uno por su lado, algunos Presidentes que asisten a la cumbre ese mismo día emiten declaraciones condenando el golpe.

El presidente de Brasil, Fernando Enrique Cardozo: “Este continente es democrático y no acepta gobiernos de fuerza”.

Vicente Fox, de México: “Nos abstendremos de reconocer o no al nuevo Gobierno de Venezuela”.

Eduardo Duhalde, de Argentina: ““Nadie puede considerarlo legítimo” (al gobierno de Carmona)

Luís González Machi, Paraguay: “No hay duda de que hay que considerarlo ilegítimo”.

Hipólito Mejía, República Dominicana: “Chávez fue electo por el pueblo, por lo que su renuncia obligada debe preocupante”.

Sid Wilbert Musa, primer ministro de Belice (en nombre de los catorce estados del Caricom): “Lamentamos el uso de la fuerza y la violación del orden constitucional e institucional en Venezuela, además de la pérdida de vidas y la violencia que acompañaron los eventos de ese país hermano”.

El doce de abril en la madrugada se confirma que el presidente de la Junta de Gobierno es el empresario Pedro Carmona Estanga, quien ofrece una rueda de prensa acompañado de Vásquez Velasco y otros oficiales, entre quienes se encuentran los generales Enrique Medina Gómez y González González.

En Venevisión, después de leer la supuesta renuncia de Chávez, el periodista Napoleón Bravo entrevista a Leopoldo López, alcalde de Chacao; al contralmirante Carlos Molina Tamayo, quien ya ha sido designado jefe de la Casa Militar, y al presidente de la encuestadora CECA, Víctor Manuel García Hidalgo.

Napoleón Bravo, al referirse a los muertos del día anterior, pasa una vez más las candentes imágenes que golpean el lacerado corazón de los venezolanos, mientras dice despectivamente: “Chávez Frías, esto lo hiciste tú; esto quisiste ocultarlo, esta es tu orden, héroe de Sabaneta”.

“Por eso -dice García Hidalgo- es que tiene que estar preso”.

La conversación gira hacia las acciones realizadas por la oposición en la marcha y Carlos Molina Tamayo se regodea en su incesante megalomanía al decir:

“Así que yo lideré la marcha para hacer una táctica, para penetrar eso allí. Dos de ellos dijeron, ‘el almirante es la persona clave aquí’ e inmediatamente me hicieron como una guardia de cuerpo... me tenían rodeado. Almirante, vamos para allá, y yo decía, ‘Vamos adelante todos’. Pero yo quisiera manifestarles a esos muchachos, a esos señores, que ya el Presidente me designó en un cargo, yo voy como jefe de la Casa Militar del presidente Carmona”.

“Felicitaciones”, le dice Napoleón.

“Gracias, gracias, y bueno, acérquense por allá dentro de dos semanas cuando hayan bajado las aguas, que yo quisiera... ejem... agradecerles personalmente”.

A medida que transcurre el programa, tanto el periodista como los entrevistados se van envalentonando. Es entonces cuando Napoleón dice, refiriéndose a García Hidalgo: “¡Cuántas horas llevas sin

dormir! Porque soy testigo de que a la una y media de la madrugada de ayer... de antes de ayer... estabas en mi casa... De allí, ¿adónde te fuiste?”

“Acuérdate del pronunciamiento”, dice García Hidalgo, “el pronunciamiento del general González González a través de los medios de comunicación, y podemos decirlo, fue desde tu casa”.

Napoleón se da cuenta de la gravedad de la infidencia y trata de subsanarla pero se enreda. “No, tú estabas en mi casa..., perdón, yo soy muy ingenuo en eso. Yo no estoy metido en nada. Yo soy... yo soy periodista”.

García Hidalgo no capta el embarazo del periodista; al contrario, lo señala con el dedo y dice: “Tú me dijiste...perdón... tú me dijiste que comenzara a dar nombres y yo te los estoy dando: ¡Napoleón Bravo!” Y a continuación se lanza con una explicación del asunto: “Sí, hicimos un video desde la casa de Napoleón. El liderazgo del general Efraín Vásquez Velasco y el liderazgo del general González González se hacía sentir, ¿no?”

Luego habla de las operaciones. “Veíamos cómo se iba avanzando pero la Policía Militar en ese momento no estaba con nosotros... los blindados del Ayala, los tanques del Ayala (movidos por García Carneiro) habían salido ya y eso, cuando yo llamo a Carlos y le digo atraviesen todo lo que encuentren en la autopista para que los tanques no pasaran...”

“En la Armada -dice Molina Tamayo- no hubo ninguna resistencia; la Infantería de Marina también, yo convenzo a la Infantería de Marina”.

“Al principio -dice García Hidalgo- sé que no estaba la infantería...”

“Estábamos trabajando en eso -le aclara Molina Tamayo-. Convenimos al comandante de la infantería para que se manifieste a favor de la democracia, logramos convencerlo, tenemos control de la Infantería de Marina... El general Gómez Ruiz estaba encargado de tomar el control del aeropuerto. Lo hizo en forma excelente”.

García Hidalgo interviene: “El general Efraín Vásquez Velasco, el general Néstor González González y yo, que era el que mantenía una comunicación, que no soy general pero que estaba allí en ese momento representando a la sociedad civil, a través de comunicaciones con la gente que estaba dentro y fuera de Fuerte Tiuna. Me tocó jugar sencillamente ese papel”.

Napoleón pregunta: “¿Cuál era el plan? ¿El plan original, cuál era?”.

García Hidalgo: “El plan original era... esteee... previo apoyo masivo de la sociedad civil... llegar al punto máximo de apoyo a esa sociedad... en general pasar al empleo de la Fuerza Armada”.

En ese mismo programa es donde el contralmirante Molina Tamayo hace la confidencia, ya esbozada al comienzo de este libro, de que la rebeldía del general González González, el diez de abril, tuvo la intención de que el presidente Chávez permaneciera en el país porque eso convenía a los intereses de quienes estaban en el movimiento para derrocarlo.

La llegada de Carmona al Gobierno desata de inmediato una cacería de brujas en personeros del Gobierno de Chávez y en la embajada de Cuba, la cual es asediada ese mismo día en la mañana. El cubano Salvador Romaní, uno de los más conocidos dirigentes anticastristas del país, se lanza en pos del embajador Germán Sánchez Otero bajo el argumento de que el vicepresidente de la República, Diosdado Cabello, y los diputados Cilia Flores y Nicolás Maduro se encuentran refugiados en la sede diplomática.

Pero todo parece ser una excusa, pues la verdadera intención de Romaní es tratar de demostrarles a los cubanos de Miami que su lucha contra Castro no es inútil como casi todos suponen, ya que después de cuarenta años de denuncias contra el régimen cubano no ha obtenido ningún resultado. Al contrario, Romaní y muchos otros dirigentes cubanos en el exilio han medrado en esta supuesta lucha haciendo de ella su *modus vivendi*, gracias a las ayudas que obtienen de Estados Unidos y de otros Gobiernos en el mundo. Sus fracasos continuos les han hecho perder credibilidad al paso de los años, a lo que se suman las luchas internas por el control de las organizaciones de cubanos exiliados.

Es célebre el caso de uno de esos dirigentes que compró en Miami una casa con el dinero que estaba destinado “a derrocar al tirano”, por lo que un grupo de sus compañeros a quienes había dejado a pie en el reparto del botín, le dio muerte en los años setenta cuando se encontraba viendo televisión en el interior de la vivienda mal habida.

Algunos de esos supuestos dirigentes fueron recibidos como héroes por los Gobiernos de la IV República, que los contrataron para que dirigieran los cuerpos de seguridad del Estado con el fin de perseguir a dirigentes de izquierda molestos para esos regímenes. Muchos de estos fueron desaparecidos y asesinados por los policías cubanos. Uno de ellos era el “Mono” Morales Navarrete, quien llegó a niveles de degradación tan alarmantes que al final se peleó con sus mismos compañeros, con la CIA, con el FBI, con todo el mundo, en fin, al punto de que se le puso precio a su cabeza. Cuando se fue de Venezuela, fue asesinado en un restaurante de Miami y hasta ahora se ignora quién, entre todos sus enemigos, dio la orden de matarlo.

Otros fueron Orlando Bosch y Luís Posada Carriles, quienes se harían tristemente célebres en el país por haber sido los autores inte-

lectuales de la voladura del avión cubano, en 1976, un hecho en el cual murieron 73 personas, entre ellas numerosos atletas de la isla caribeña que habían competido en Venezuela días antes.

Muchos de los dirigentes anticastristas se han hecho famosos por sus engaños al pueblo exiliado, a quienes les vendían la idea de que el Gobierno cubano iba a caer de un momento a otro. En este sentido, es harto conocido el caso de un exjuez cubano que declaró haber entrado a Cuba donde supuestamente había burlado los controles de seguridad interna y ocasionado un incendio en el Ministerio de Industria, un acto de heroísmo que demostraba con creces que el Gobierno cubano era vulnerable en extremo. El exjuez entregó fotos para avalar sus declaraciones. En las mismas se veía el incendio del cual hablaba, y en una de ellas aparecía el héroe armado con un rifle en la selva cubana.

Pero un acucioso periodista del Miami Herald puso fin a la historia al demostrar que todo no era más que un invento. El periodista se fue a las jugueterías de Miami y demostró que el edificio y el rifle que portaba el hombre eran de juguete. La foto había sido tomada en una arboleda de las afueras de la ciudad. Por lo que a partir de este acto simulado, en Miami la ironía popular acuñó una frase imperdible: “Si los cubanos siguen haciéndole la guerra a Fidel Castro, van a dejar sin juguetes a los niños de Miami”.

Romaní es de esa misma generación de dirigentes fracasados en su lucha de mentirijillas contra Castro, pero este doce de abril ve la oportunidad de reivindicarse con escapularios robados y se lanza contra la embajada como un huracán indetenible. Acompañados de miembros de la clase media envalentonados por la detención del presidente Chávez, Romaní y el abogado Ricardo Koesling le cortan la luz y el agua a la legación diplomática.

En declaraciones por radio y televisión llaman a sus seguidores a hacerse presentes para castigar a las “ratas” y a los asesinos del Gobierno de Hugo Chávez y de esa manera, a medida que pasan las horas, cientos de enfurecidos antichavistas se hacen presentes en la embajada.

En las imágenes que transmite la televisión se les ve furiosos, exaltados, encima de los autos, con cabillas, palos y piedras, en los límites del raciocinio. Los carros de los empleados de la embajada son destrozados y se les usa como improvisadas tarimas para los enloquecidos oradores. Cualquiera que tenga algo malo que decir, cualquier impropio, cualquier grosería, cualquier mensaje altisonante, es acogido con aplausos por la muchedumbre desbocada.

En el sitio se encuentran los alcaldes de Chacao y Baruta, Leopoldo López y Henrique Capriles Radonsky, quienes también estarán más tarde en la urbanización La Floresta donde será detenido por instrucciones de la jueza Mónica Fernández el ministro del Interior y Justicia, Ramón Rodríguez Chacín. Irónicamente, la Policía Técnica Judicial lo detendrá por porte ilícito de arma de guerra al comprobar que, además de su arma de reglamento, tiene otra pistola. La pistola es de Chávez, pero Rodríguez Chacín, comprometido a cuidarla, guarda oportuno silencio. Después, cuando las aguas desbordadas vuelvan a su cauce, se la entregara a su dueño, sonriente, y le dirá: “Se la guardé, Presidente; le dije que estaba en buenas manos”.

De Rodríguez Chacín dicen los medios ese día que junto con el alcalde Bernal es el autor de los crímenes ocurridos el día anterior y una prueba de ello es el “arsenal” que se ha encontrado en su poder. Cuando Rodríguez Chacín es sacado del edificio donde se encontraba (en el apartamento de una amiga, según se dice), los curiosos se le van encima con intenciones de lincharlo, prendida como está en sus cerebros la información de que es el autor intelectual de la matanza.

A partir de aquí ocurren una serie de hechos que demuestran cómo la irracionalidad se posesionó en el breve tiempo del Gobierno de Carmona Estanga. Las acciones violentas no son exclusivas de las barriadas de pobres. Los hechos que presencian los venezolanos demuestran que, al contrario, mientras más preparados sean quienes las ejecutan, mayor es el índice de agresividad que demuestran en el intento de cobrar justicia por mano propia.

Eso también queda de manifiesto cuando es sacado de su casa de La Lagunita Country Club (descansaba en el sitio de mayor poder adquisitivo de Caracas) el llamado “poeta de la revolución” Tarek William Saab, quien es conducido detenido a la Disip a pesar de ser diputado a la Asamblea Nacional. En el Táchira, esa misma mañana, una poblada de dirigentes políticos se le echa encima al gobernador Ronald Blanco La Cruz, quien es detenido y golpeado por la turba.

Mientras, en el auditorium de Petróleos de Venezuela, en Caracas, se han reunido los empleados de la industria para felicitarse por el resultado de sus acciones pasadas contra el Gobierno que, al fin, ha cedido. Se ven felices, cual guerreros después de tomar una fortificación enemiga. Su vocero es Edgar Paredes, director de Refinación, Suministro y Comercio; a su lado, sonríen a las cámaras los otros dirigentes, entre ellos Juan Fernández, quien a partir de ese momento adquirirá cierto protagonismo mediático en busca de sus quince minutos de fama. Se convertirá en el líder del movimiento y los lanzará por el despeñadero de la huelga petrolera, ocho meses más tarde.

La frase que lanza a los cuatro vientos Edgar Paredes esa mañana es recibida con un regocijo impresionante que se manifiesta en aplausos prolongados: “¡Ni un solo barril de petróleo más para Cuba!” En ese momento, Venezuela le suministra 53 mil barriles diarios a la isla, y, al tiempo que Salvador Romaní arremete contra la embajada, los empleados petroleros obligan al buque Argo Nixus, con 240 mil

barriles de diesel automotor, a regresar a Venezuela y fondearse en Paraguaná, estado Falcón.

La policía en continuos allanamientos detiene a dos de los “pistoleros de Puente Llaguno”, Rafael Cabrices y Henry Danilo Atencio, quienes son presentados a los medios de comunicación como verdaderos monstruos a quienes acusan de haber asesinado a 18 personas en los sucesos de ayer. “Se busca a los otros criminales”, les dicen a los reporteros.

El sitio de la embajada de Cuba se prolonga en el tiempo, creando angustia entre los empleados y el embajador que, adentro, resisten el asedio de la masa enardecida que lanza improperios contra Fidel Castro y Hugo Chávez acusándolos de toda suerte de delitos. A medida que pasan las horas, la rabia de los anticastristas va in crescendo y llega el momento en que deciden saltar los muros de la dependencia diplomática, buscando, según dicen, hacer justicia. Algunos ya han traspasado los límites de la cordura y por eso es difícil controlarlos.

Utilizando objetos contundentes dan golpes al paredón con la intención de tumbarlo. También golpean la puerta continuamente. En la mañana de su nuevo gobierno, lanzan al viento, indetenibles, las consignas de guerra.

“Justicia, justicia, justicia”

“Así entró Cuba en la embajada de México”.

“¡Ni un paso atrás, ni un paso taras!”

“Ni una gota de petróleo más para el tirano!”

¡Fuera los cubanos de Venezuela!”

Y la policía, que debe intervenir, no lo hace, dejando a los exaltados a su libre albedrío. Así van pasando las horas, tensas, cargadas de

odio, presagiando un triste final. Pero cuando parece que la cordura va a desaparecer por completo, de la masa descontrolada se asoma el rostro de la civilización: un grupo quiere mediar, en lugar de seguir causando daño.

Un funcionario de la embajada se deja ver por encima del muro. Algunos manifestantes sueltan toda clase de improperios pero el hombre parece entrenado para no caer en provocaciones y se mantiene impertérrito, hasta que se calman. Entonces les permite la entrada a aquellos que han propiciado el diálogo.

Ayudados por una escalera ascienden por el muro que no pudieron derribar y de esa manera entran a la embajada algunos representantes de las asociaciones civiles y funcionarios de la alcaldía de Baruta. Poco después hace acto de presencia el alcalde Capriles Radonsky, quien regresa del acto de detención de Rodríguez Chacín, y el comisario Henry Vivas, jefe de la PM. El embajador les explica que dentro de la legación no se encuentra ningún representante del Gobierno de Chávez, pero de todas maneras les recuerda que el Gobierno cubano es libre de conceder asilo a quien lo requiera, si considera que llena los requisitos establecidos en las convenciones internacionales. El asilo, les dice, es un principio inviolable.

A pesar de las explicaciones, los manifestantes insisten en recorrer la embajada para asegurarse de que no hay ningún representante del “Gobierno anterior” pero el embajador se niega recurriendo al derecho internacional que estipula que las embajadas son parte de la soberanía de los países. No será sino a las nueve de la noche cuando la tensión bajará al presentarse monseñor Baltasar Porras a solidarizarse con los diplomáticos cubanos. Una hora más tarde acudirá también el recién nombrado ministro del Interior, Rafael Damiani Bustillos. Al día siguiente son restituidos los servicios de agua potable y electricidad.

En medio de este panorama de persecuciones, detenciones y violencia, a las 06:00 de la tarde, toma posesión del cargo Pedro Carmona Estanga, mostrando una sonrisa ensayada tras la cual se esconde el feo rostro de la dictadura. Pues, para sorpresa de tirios y troyanos, nadie lo juramenta. Carmona Estanga se autojuramenta como hiciera en el siglo XIX Napoleón Bonaparte al declararse emperador por la gracia de Dios. Una jauría concentrada en el Salón Ayacucho del Palacio de Miraflores lo aplaude a rabiar cuando levanta la mano derecha jurándose a sí mismo respetar la Constitución que está violando por la gracia de un grupo de generales que en la noche pasada han traicionado al país.

En los hogares, al verlo, muchos de sus partidarios fruncen en ceño, alarmados, porque presienten que un lobo de fauces más grandes que el que acaba de salir está asomándose en ese momento. Esa presunción parece confirmarse cuando el abogado Daniel Romero, ungido con el cargo de Procurador General de la República, lee el “Acta de Constitución del Gobierno de Transición”, como eufemísticamente la llaman, en la cual quedan abolidos los poderes públicos.

El acta tiene once artículos donde, entre otras cosas, se dispone la eliminación de la palabra Bolivariana en el nombre de Venezuela, que ahora volverá a llamarse República de Venezuela a secas; la suspensión de sus cargos a los diputados principales y suplentes de la Asamblea Nacional, la reforma general de la Constitución de 1999, la convocatoria a elecciones generales en un lapso que no excederá de 365 días, la destitución del presidente y demás magistrados del Tribunal Supremo de Justicia, del Fiscal General de la República, del Contralor General de la República, del Defensor del Pueblo y de los miembros del Consejo Nacional Electoral, y la suspensión de los 48 decretos de ley dictados de acuerdo a la Ley Habilitante del 17 de noviembre del 2000.

Lo peor no es eso, lo peor es que importantes voceros del país, que están en la obligación de oponerse a este desaguisado, firman la mencionada acta aun cuando se están vulnerando los principios fundamentales del sistema democrático.

Estampan su rúbrica el cardenal José Ignacio Velasco, por la Iglesia.

Luís Enrique Ball Zuloaga, *por los empresarios.*

José Curiel, *por los partidos políticos.*

Rocío Guijarro, *por las Organizaciones No Gubernamentales.*

Miguel Ángel Martínez, *por los medios de comunicación social.*

Manuel Rosales, *por los gobiernos regionales.*

Carlos Fernández, *por Fedecámaras.*

Julio Brazón, *por Consecomercio.*

Ignacio Salvatierra, *por los banqueros.*

Alfredo Ramos, aunque está en el acta de la CTV, parece haber reflexionado al darse cuenta de lo que está sucediendo y no firma. Misteriosamente desaparece del Salón Ayacucho. Lo llaman inútilmente por el micrófono pues no hace acto de presencia.

Los ministros del nuevo Gobierno, sentados cerca del escritorio donde Carmona Estanga saluda con la mano en alto, se ven felices. ¡Y cómo no! ¡Han entrado a Miraflores por la puerta grande! Viéndolos, algunos habrán pensado en la célebre frase del expresidente Luís Herrera Campíns, “Prefiero un metro cuadrado de Miraflores a una hacienda en Barinas”. No es para menos, Miraflores es el centro del poder en un país presidencialista en extremo, por lo que hay regocijo en la masa concentrada en el Salón

Ayacucho pues no solo han logrado sacar al enemigo acérrimo sino que han accedido al poder cuando menos lo pensaban. Qué fácil, ¿no?

Chávez, el guerrero que se decía invencible, se ha entregado sin disparar un tiro y ahora lo tienen en sus manos. Lo juzgarán, lo condenarán, le sacarán los ojos, y, después, como en el Coliseo romano, lo lanzarán a los leones para que lo desaparezcan para siempre de la faz de la tierra. De él no quedará sino el triste recuerdo de un asesino impenitente castigado por la justicia terrenal y la justicia divina.

Romero, exacerbado de emoción hasta el paroxismo, nombra a los flamantes nuevos ministros.

Ahí están Héctor Ramírez Pérez, *ministro de la Defensa*.

Rafael Arreaza, *ministro de Salud y Desarrollo Social*.

Rafael Damiani Bustillos, *ministro del Interior y Justicia*.

José Rodríguez Iturbe, *ministro de Relaciones Exteriores*.

Leopoldo Martínez, *ministro de Finanzas*.

Raúl de Armas, *ministro de Agricultura y Cría*.

César Carvallo, *ministro del Trabajo*.

León Arismendi, *ministro de Planificación*.

Jesús E. García, *ministro de la Secretaría de la Presidencia*.

Guaicaipuro Lameda, *presidente de Pdvs*.

Carlos Molina Tamayo, *jefe de la Casa Militar*.

Daniel Romero, *Procurador General de la República*.

Pero hay otra cosa que notan los venezolanos y que no les gusta nada: el cuadro de Bolívar que como celoso guardián velaba porque los Presidentes no se apartaran de la Ley, ha desaparecido como por arte de magia. Después de sabrá que lo ha bajado Víctor Manuel García Hidalgo, erigido en viceministro de gestión comunicacional. La irritabilidad de los “carmonistas” los lleva a tratar de borrar del mapa a todo aquello que huelga a libertad, incluido el mismísimo Libertador.

Por supuesto, a cada anuncio del abogado Romero, los presentes aplauden como si estuvieran en el Teatro Teresa Carreño en un concierto de Luciano Pavarotti, José Carreras y Plácido Domingo. Se les nota alegres, complacidos, orgásmicos, como si se hubieran quitado un gran peso de encima, sin imaginar siquiera que ese mismo acto que ahora celebran será el combustible que disparará a las calles a la otra parte del pueblo, la que ha aprobado la Constitución pisoteada por la montonera desbocada.

En el Regimiento de Policía Militar donde ha sido recluido, Chávez no puede descansar pese a la larga y agotadora jornada que ha concluido con su detención. Piensa en su futuro incierto y cada vez se convence más de que se está preparando su desaparición física. Todo el ambiente está enrarecido y los hechos se han sucedido de una manera tan rápida y absurda que su mente se prepara para hacerle frente a lo peor.

De pronto, en el televisor, que permanece encendido, escucha como un aldabonazo la voz de alguien conocido. Se incorpora y ve al fiscal general Isaías Rodríguez emitiendo una declaración a la cual le pone suma atención.

“En primer lugar -dice el Fiscal-, tenemos la información por parte de los fiscales militares que lo entrevistaron de que el Presidente no

ha renunciado. Si efectivamente el Presidente no ha renunciado, y no se nos ha mostrado en ningún momento al Ministerio Público la constancia escrita de esa renuncia, el presidente Chávez sigue siendo el Presidente de la República de Venezuela”.

Las palabras del Fiscal, en ese momento de desesperanza, representan un hálito de vida de la constitucionalidad, un resquicio por donde puede entrar el razonamiento que les devuelva la sindéresis a quienes han tomado el camino equivocado. Chávez no puede evitar que sus ojos se cubran del nubarrón que precede a las lágrimas, pero cuando trata de seguir el discurso del Fiscal, la transmisión se interrumpe.

La rueda de prensa no ha sido transmitida en su totalidad, debido a que las televisoras persisten en negarse a darle cabida a todo aquello que vaya a favor del Presidente detenido, aunque con ello le den alas a la violación de la Constitución. El fin justifica los medios. Si han acudido a la rueda de prensa es porque han creído que el Fiscal va a avalar al nuevo Gobierno; al comprobar que no es así, suspenden la transmisión en vivo y en directo y vuelven a su programación regular.

Pero sin saber que ha sido sacado del aire, el Fiscal sigue emitiendo juicios de valor sobre la situación. Sus palabras, grabadas pero nunca transmitidas, fueron las siguientes:

Pero en el supuesto caso de que el Presidente haya renunciado es ante la Asamblea Nacional y solamente cuando la Asamblea Nacional acepta esa renuncia es cuando se puede tener como válida la renuncia del Presidente. Por lo tanto, aún en el supuesto caso de que el Presidente haya renunciado, efectivamente sigue siendo el Presidente de la República porque no se ha realizado el acto de la Asamblea Nacional donde se revalide esa supuesta renuncia.

Quiero señalar algunas cosas más: el Presidente de la República en estos momentos está privado de libertad, está incomunicado. Ni siquiera al Ministerio Público se le ha permitido ver al Presidente de la República. Tenemos informaciones de referencia a través de algunos fiscales del Ministerio Público... es decir, estamos en una situación donde hay una violación total y absoluta de la Convención Interamericana de Derechos Humanos.

Pero, además, en esta situación hay un hecho significativo: si está privado de libertad; ¿qué delito cometió?, ¿el delito de renunciar? ¿Es que esa renuncia es un delito en el supuesto caso de que esa sea la situación? Y si renunció, y ese es un delito, ¿por qué se le mantiene incomunicado y por qué no se le ha permitido al Ministerio Público entrevistarle de alguna manera a través de la directora de Derechos Fundamentales y de los fiscales que acompañan a esa directora?

La situación es realmente grave desde el punto de vista constitucional, es decir, hay un estado de facto. Realmente la situación es de facto, no hay un estado constitucional.

Lo sucedido con la declaración del fiscal Rodríguez demuestra que la posición de los dueños de medios ha contagiado como una epidemia a los reporteros quienes, en lugar de hacer valer el Código de Ética del Periodista, optan por plegarse sumisamente a la línea patronal. En este sentido, sus reportajes se ponen del lado del Gobierno entrante, especialmente a la hora de transmitir los continuos allanamientos que los cuerpos policiales realizan ese día en los ministerios, la Asamblea Nacional y otros organismos públicos.

En consecuencia, para esos reporteros las armas de los escoltas de los ministros son las armas asesinas del día anterior; cualquier documento es sospechoso y los funcionarios que están de guardia no son más que cómplices de los asesinos, o del asesino mayor que en

este caso es el “expresidente Chávez”. En el Ministerio de Educación, dicen, estaban guardadas algunas de las armas, y el ejecutor de los crímenes, el alcalde Bernal, anda huyendo y se le busca como si fuera el Enemigo Público N° 1.

En medio de la confusión, Marisabel de Chávez se comunica con CNN para denunciar que el Presidente no ha renunciado, noticia que también se niegan a pasar los medios venezolanos; de esta manera, a través de CNN solo se entera el 5% de la población que en este momento tiene televisión por cable, la mayoría de ellos contrarios a Chávez, así que esa noticia se pierde en el vacío de la irracionalidad que se ha posesionado del país.

Las televisoras y emisoras venezolanas no quieren saber nada de eso. Sus dueños tapan el sol con un dedo aplicando sordina al chavismo, pero les da resultado porque, al menos por el momento, logran crear profundas sombras de duda en el territorio nacional. Quien maneja la información, tiene el poder. No es una simple frase, es la más absoluta verdad, y en la oscuridad de esas horas, Venezuela es el más vivo ejemplo de este aserto.

Los únicos medios de comunicación con que cuentan los chavistas, entonces, son los medios alternativos, que serán duramente golpeados, y las grandes cadenas internacionales como CNN, la Cadena Caracol, RCN de Colombia y Telemundo, entre otras. Y es así como el resto del mundo comienza a enterarse primero que los venezolanos de lo que está sucediendo en tierra propia.

En medio del caos, José Albornoz y María Cristina Iglesias van a la Oficina de Prensa de la Asamblea Nacional con la idea de ofrecer declaraciones para desmentir la renuncia de Chávez, pero los reporteros los miran por encima del hombro y salen dejándolos solos, evadiendo de esa manera el cumplimiento del deber de todo

periodista, que es la búsqueda de la verdad, la cual solo puede darse si se concede el derecho a réplica establecido en la Constitución Nacional y se da igual espacio a cada una de las partes en conflicto.

Albornoz se percata de que la Constitución ese día es letra muerta. La violan los funcionarios que “investigan” al Gobierno de Chávez, los periodistas que cubren esa “investigación” y el propio Gobierno entrante, que como todo Gobierno autocrático no esconde el propio odio que siente por su normativa. Están en tierra de nadie a la buena de Dios, pero de pronto surge la excepción que confirma la regla, en la persona de la periodista de El Universal Taynem Díaz quien accede a conversar con ellos.

Al poco tiempo, sin embargo, llega uno de los diputados del partido Solidaridad, escisión del chavismo, quien los increpa fuertemente. “Ustedes -les dice- nada tienen que buscar aquí. El Gobierno de Chávez cayó y ustedes no tienen derecho a hablar”.

Albornoz recuerda que entonces se produce un contrasentido, porque hace su entrada en escena el diputado de Copei, César Pérez Vivas, quien increpa al diputado de Solidaridad, diciéndole: “Eso no es cierto, ellos tienen todo el derecho de hablar porque este es un sistema democrático”.

“Era algo surrealista -dice Albornoz-: un diputado que decía haber sido revolucionario negándonos el derecho y otro, que se supone de derecha, abogando por nosotros”. Lo cual quiere decir que en ese instante, entre reglas y excepciones, la Constitución navega en un limbo jurídico.

Poco después llega a la Asamblea Nacional el diputado Ismael García, secretario general del partido Podemos, afecto al chavismo, con una caja de herramientas donde lleva una cadena y varios candados. García le dice a Albornoz que su idea es encadenarse a las rejas

del Palacio Legislativo. “Seré -le dice con solemnidad- el primer muerto de esta dictadura”. Pero Albornoz y un periodista amigo que acierta a pasar por allí lo hacen desistir de semejante aventura.

La persecución contra los chavistas es tenaz por parte de la Policía Metropolitana, la Policía Técnica Judicial, la Disip y la Guardia Nacional.

En la residencia de Jorge Giordani, ministro de Planificación, se reciben amenazas de muerte, los dirigentes parroquiales del MVR son perseguidos por la Disip y el diputado Juan Barreto debe ‘enconcharse’ ante la persecución de que es víctima, pues se dice que hay órdenes de matarlo.

Los organismos defensores de los derechos humanos reciben cuentas de ajusticiamientos en los sectores populares, las emisoras comunitarias son cerradas por el gobierno de Carmona y ya se habla de su eliminación.

En Barcelona, estado Anzoátegui, una poblada de adecos y copeyanos han tomado la alcaldía, que estaba en manos del MVR; en Puerto La Cruz han causado destrozos en la sede municipal; en el Zulia, el gobernado Manuel Rosales ordena detener a los miembros de los círculos bolivarianos.

En el centro de Caracas varios funcionarios de la Policía Metropolitana han agredido a ciudadanos que protestaban por el golpe; son pocos, se les arremete con peinillas y son disueltos; lo mismo sucede en La Candelaria. El Gobierno de Carmona desde el primer momento se manifiesta intolerante, agresivo, censor, represivo, oscurantista. La insania se ha destapado con fuerza y los cuerpos de seguridad del Estado se han tornado inclementes, como en los peores tiempos de la dictadura.

El golpe de Estado, como es lógico suponerlo, se siente en todo el país, pero hay algunos sitios donde tiene mayor repercusión, como el estado Guárico, gobernado por el pepetista Eduardo Manuitt. Manuitt es un gobernador exitoso que en ese momento le ha ganado dos elecciones seguidas a Acción Democrática, el partido que mantenía la hegemonía en la región desde tiempos inmemoriales.

Naturalmente, el golpe es aprovechado por los dirigentes de ese partido que junto con líderes de otras organizaciones de derecha apoyados por los alcaldes de los municipios Roscio (San Juan de los Morros) y José Tadeo Monagas (Altigracia de Orituco), Virgilio Guinta y José Luís García, respectivamente, se reúnen en la Plaza Bolívar, frente a la gobernación, con intenciones de tomar esta dependencia.

Manuitt acude entonces ante la autoridad militar de la guarnición, pero el general a cargo de las tropas se niega a ayudarlo, aduciendo que es respetuoso de la institucionalidad y para él esa institucionalidad está representada en este momento en Carmona Estanga. Sin embargo, el coronel Betancourt Nieves, segundo a bordo, le ofrece ayuda y juntos se atrincheran en la gobernación, apoyados por guardias nacionales y policías del estado.

El asedio se prolongará por tiempo indefinido porque nadie se atreve a dar el primer paso; los golpistas se mantienen a la expectativa frente a la plaza, con gente armada, y los defensores de la constitucionalidad dentro de la gobernación, esperándolos.

Pero mientras en la capital del estado el tiempo parece haberse congelado, la finca “Las Guabinas”, propiedad de Manuitt, es allanada en Chaguaramas por fiscales del Ministerio Público que, plegados al golpe, buscan al alcalde de Caracas, Freddy Bernal. El allanamiento lo realizan los alcaldes Carlos Isea y Teresa Pérez Delgado, a

instancias de la fiscal superior del estado, Myrlenys Guevara Baute, y del subcomisario de la Disip Edgar Fernández Ojeda.

Los resultados del allanamiento son tan desastrosos para los trabajadores de la finca como negativos para el Gobierno. Un empleado, parecido al ministro Aristóbulo Istúriz, es golpeado y vejado por las ‘autoridades’. El humilde trabajador, que acaba de comer, por poco se ahoga en sus alimentos cuando le dan con el cañón de un fusil en el estomago. Furiosos los perseguidores salen con las manos tan vacías como sucias. Ignoran que Bernal está en los barrios de Caracas instando a la gente a salir a la calle para rescatar la institucionalidad.

En su casa de la avenida Panteón, el ministro Istúriz hace caso omiso del planteamiento de sus amigos quienes lo instan a esconderse por temor a que lo allanen, pues tienen noticias de que lo andan buscando como ya ha ocurrido con Rodríguez Chacín. Pasada la sorpresa inicial, Istúriz cree llegado el momento de reaccionar y así, poco a poco, su casa se va llenando de dirigentes del PPT ávidos de lucha. Indignados por lo que ha ocurrido en las horas precedentes, quieren salir a la calle a denunciar al gobierno de facto de Carmona Estanga.

“¡No me voy a enconchar, si quieren venir a detenerme que vengan!” les dice ‘el negro’, como se le conoce en su partido, el PPT. También, las ministras Iglesias, Urbaneja y Osorio hacen acto de presencia junto con miembros de la Dirección Nacional del partido, como Alborno, Carlos Azpúrua, Rafael Uzcátegui, Rodolfo Sanz, Gustavo Hernández, Lelis Páez, Alfredo Laya, etc.

Entre todos estudian las posibilidades que tienen, que no son muchas. Una de ellas, irse a Maracay, donde el general Baduel se ha atrincherado, irreductible, y la gentes se ha concentrado frente a

la brigada, apoyándolo. Después de muchos intentos, logran comunicarse con Baduel, y este les dice: “Si logran llegar aquí puedo prestarles seguridad pero no puedo comprometerme a hacerlo en el trayecto porque no es un territorio que tengamos dominado”.

Cien kilómetros separan a Maracay de Caracas. Una distancia que en ese momento se antoja larga y peligrosa, porque es terreno de golpistas donde no hay garantías de nada.

En ese análisis están cuando se produce la autojuramentación de Carmona Estanga, un factor con el que no contaban, pero que correrá a favor de ellos, como comprobaran en las próximas horas, pues dentro de sus casas los habitantes de los sectores más desposeídos del país, que son la mayoría, se asombran al ver la cómo el empresario está derrumbando las bases de la revolución bolivariana que tanto ha predicado Chávez.

Para algo está sirviendo en ese instante el pregonar de la Constitución, permanentemente, desde el primer día en que fue aprobada por el 71% de los votantes, en programas como ‘Aló Presidente’, en cadenas de radio y televisión, y en barrios, urbanizaciones, cuarteles, escuelas, liceos y universidades.

Al mismo tiempo que los sectores de mayores recursos se burlaban del empeño de Chávez de que la gente leyera la carta magna, en las barriadas y urbanizaciones, independientemente del lado en que estuvieran, los ciudadanos se tomaban muy en serio la prédica presidencial.

Por eso, al abolir los poderes públicos, Carmona Estanga ha enfrentado a la amada Constitución de los chavistas y la respetada Constitución de los antichavistas. Porque la Constitución es una sola para todos, cosa que no ha entendido el hombre que la ha irrespetado flagrantemente delante de un país atónito y con eso no logra otra

cosa que catapultar hacia la calle a la masa humana que se ha medido la normativa constitucional en el alma y que sale decidida a defenderla con su vida, si es preciso.

Después de los esporádicos movimientos reprimidos por la policía, el doce de abril en la tarde comienza a moverse todo el aparataje del chavismo, despertando del letargo inicial de las horas precedentes, en respuesta a la agresión de que es objeto.

Poco a poco, por sus propios pasos, sin que los hayan llamado ni se hayan comunicado entre ellos, van haciendo acto de presencia en el Palacio de Miraflores, echando el miedo a la espalda, como decía Alí Primera, avanzando a paso de vencedores, cobijados por la misma nocturnidad en la cual los sediciosos se sienten seguros.

Dentro del Fuerte Tiuna los ánimos se han ido caldeando por el acta de Carmona. Oficiales plegados en principio al golpe, ahora piden cuentas a sus superiores porque les han llegado informes de que Chávez no ha renunciado como se les ha dicho.

Hay revuelta en la montonera; por eso Chávez pasa a ser un prisionero incómodo. Dónde llevarlo es el dilema. En el fuerte es una papa caliente porque tiene su peso específico en la soldadesca y en la oficialidad joven, que lo ven como su genuino representante; no ese carcamán que han visto esa misma tarde en televisión devolviéndolos a la Edad de Piedra.

Entonces, los oficiales carmonistas plantean meterlo en la cárcel de Ramo Verde, en Los Teques, pero no llegan a un acuerdo, así que Vásquez Velasco se “sacude” el problema y se lo entrega a la Armada, cuyos oficiales suben a Chávez a un helicóptero y lo sacan con premura, escondido en las sombras de la noche, lejos de Caracas, donde ya comienza a escucharse el rugir de la gente pidiendo su regreso al gobierno.

El helicóptero levanta el vuelo con la rapidez que da el miedo. Es apenas un punto en la inmensidad que en un santiamén se pierde en el cielo oscuro y silencioso como un cementerio. Chávez ignora a dónde lo llevan. Un solo pensamiento ronda su cabeza confusa: la posibilidad de ser asesinado porque es el único que puede desmentir su renuncia, la renuncia que ya han dado a conocer algunos medios aunque nunca se haya producido. Le preocupa, además, la suerte de sus hijos Rosa Virginia, María Gabriela, Hugo Rafael y Rosinés; de su esposa Marisabel y de sus padres. Que será de ellos en manos enemigas.

Caracas, allá abajo, parece un imposible en ese momento. Chávez aferra el crucifijo que le ha regalado el general Pérez Arcay y reza en silencio. Piensa que este será su último vuelo y se pregunta quién seguirá sus pasos. ¿Habrá servido para algo esa lucha de tantos años, ese peregrinar por aldeas, pueblos y ciudades, con la rebeldía a flor de labios?

El helicóptero vuela sobre el mar Caribe, una inmensa mancha oscura que debajo de él se extiende como una amenaza. Sabe que los militares del Cono Sur, de Argentina y de Chile, de la Argentina de Massera y Videla y del Chile de Pinochet, lanzaban a dirigentes de la izquierda desde helicópteros y aviones al mar, los lanzaban vivos, que es una de las peores torturas a que se puede someter a un ser humano. Los hacían bailar hasta quedar exhaustos, los drogaban y los subían a las aeronaves desde donde los tiraban a las gélidas aguas sin misericordia alguna y allí eran pasto de tiburones o se hundían sin regreso. Miles de desaparecidos es la contabilidad ominosa de aquellas satrapías inclementes.

En Venezuela, en los tiempos de las guerrillas, se cuentan esas mismas historias de gente lanzada desde helicópteros. Se sabe por lo menos de un caso, el de Víctor Soto Rojas. ¿Son ahora los militares

así, con ese instinto asesino de lombrosianos incurables? Chávez no lo cree, o no quiere creerlo. Él proviene de sus filas y sabe que son hombres de honor en su mayoría, que no permitirían un hecho de esa naturaleza.

Algo en su interior le dice que en la oficialidad joven las simpatías que despierta impedirán una acción brutal de los más radicales. Se lo han dicho con sus gestos, con sus miradas afectuosas, con el respeto que le han demostrado aún en estas condiciones de inestabilidad gubernamental. Chávez piensa en el país, en lo que ha hecho y en lo que ha dejado de hacer, pero en el revoltillo de pensamientos no aparece por ninguna parte la posibilidad de su pronto regreso al Gobierno. Si no lo asesinan, volverá... luchará por volver... pero no será todavía.

El helicóptero aterriza sacándolo de sus pensamientos y entonces se da cuenta de que lo han llevado a una base militar, pero no sabe a cuál. Recién cuando descienden se percata de que está en la Base Naval de Turiamo, en el estado Aragua. El oficial que lo acompaña lo trata con respeto y lo insta a avanzar hacia una edificación donde se lee: UNIDAD DE OPERACIONES ESPECIALES DE LA ARMADA.

Chávez levanta la mirada hacia el cielo estrellado. Su vida en ese momento es un signo de interrogación.

En el Fuerte Tiuna, los generales y almirantes golpistas siguen recogiendo impresiones de los decretos de Carmona Estanga de esa tarde y lo que ven no les gusta.

Esa noche, Vásquez Velasco tiene sobre su escritorio la orden de detención de Chávez, la cual lo compromete más que a nadie en el caso, a pesar de que ahora el Presidente es un preso de la Armada, y desde su despacho en la Comandancia General del Ejército escucha

los reclamos que afuera hacen algunos oficiales que no entienden lo que está pasando.

Se da cuenta entonces de que las cosas pueden pasar de castaño a oscuro, y ya en las afueras del fuerte se escucha el clamor de la gente pidiendo una explicación. Han llegado con velas, a cuentagotas, para hacer una vigilia, cuidando de que nada le pase a su líder al que hacen dentro de esas instalaciones.

Pero el general no le presta atención a la protesta porque no cree que Chávez tenga respaldo en ese momento, pues piensa que toda su cantaleta no ha sido más que pura bulla, la alharaca de un tipo hablador que engolosinó a la gente con su verborrea empalagosa, pero cuando se vio perdido decidió entregarse sin pelear deshonorando su uniforme.

Aun cuando Chávez parece derrotado, estos decretos de Carmona sí mueven a la preocupación de Vásquez Velasco... Y Ramírez Pérez... Ramírez Pérez, engolosinado por el poder, no se da cuenta de lo que pasa. Es un flamante ministro de la Defensa incapaz de razonar acerca de lo que debe hacer en estas circunstancias; un bueno para nada.

Los oficiales le recriminan a él, a Vásquez Velasco, porque pocos entienden que no sea el mandamás, el todopoderoso del nuevo Gobierno, como lo establece su jerarquía. Un general de división que se ponga a los pies de un contralmirante es poco menos que un tonto, un bolsa que no merece el respeto de nadie, mucho menos un futuro promisorio. ¡Qué vaina! ¡El otro es ministro pero el peso del problema recae sobre él!

Vásquez Velasco no sabe que dentro del mismo fuerte, García Carneiro ha recibido la noticia de que Chávez ha sido llevado al cuartel de Ramo Verde, en Los Teques, y ha preparado un contingente mi-

litar que con dos gandolas tendrá la misión de derribar las paredes de la prisión para rescatarlo como Charles Bronson en La Fuga del Siglo.

Pero cuando se aprestan a salir les dicen que esa información es falsa, pues no se sabe a ciencia cierta a dónde han llevado al presidente. Entonces no le queda más remedio que suspender por ahora la operación hasta tener confirmado el sitio de reclusión.

Contrario a lo que piensa Vásquez Velasco, en las afueras del fuerte esa noche hay más de dos mil personas protestando. Los vecinos se han ido sumando a la pacífica concentración en demanda de una explicación por los decretos de esa tarde y por la suerte de Chávez. A ellos se les han unido dirigentes del MVR y del PPT. Pero la gente ha salido sola, compelida por las circunstancias, y ese será uno de los puntos que ambos partidos discutirán en el futuro: por qué no funcionó la política movimental para sacar la gente a la calle. Si la gente no hubiera salido sola a protestar, ¿Carmona se hubiese asentado en el poder?

Afortunadamente en las barriadas populares existe el convencimiento de que durante cuarenta años estos tipos que hoy se quieren volver a posesionar de la Presidencia han sido los causantes del derrumbe del país, y eso nadie parece dispuesto a permitirlo. Así han ido reflexionando y así han ido saliendo a la calle, avanzada la tarde. Hay mujeres, hombres jóvenes, ancianos y niños, llegados en su mayoría de los sectores humildes de Coche y El Valle, que son el área de influencia del Fuerte Tiuna.

Y cuando ha caído la noche, a alguien se le ha ocurrido hacer una vigilia y todos se han provisto de velas. Dos mil velas prendidas frente a la alcabala N° 3 es un espectáculo imperdible para la vista humana, un suceso que difícilmente pasará desapercibido. La con-

concentración impresiona a los conductores que pasan por la autopista. Algunos gritan vivas al Presidente derrocado y otros improperios contra los manifestantes, pero de cualquier manera estos se hacen notar, hasta que alguien le avisa a la Policía Metropolitana.

Los policías hacen acto de presencia con sus equipos antimotines y su rabia desbordada y la emprenden contra la gente desarmada y pacífica en la noche sin dolientes. Lanzan bombas lacrimógenas y hacen disparos, disolviendo la concentración. Algunas personas resultan heridas y otras asfixiadas. Hay muchos golpeados y la desesperación se nota en los rostros infantiles que no aciertan a comprender que está pasando, por qué los tratan de esa manera.

Se dispersan, entonces, pero la agresión de hoy será el combustible para la protesta de mañana cuando saldrán todos a la calle con bríos renovados y resueltos a dejar sus vidas en el pavimento en un intento inédito y formidable por lograr que el pasado no tenga regreso.

TERCER DÍA

EL CONTRAGOLPE

El viento bate con fuerza sobre los cuerpos de los hombres que trotan en la arena de la playa. Las gaviotas revolotean juguetonas en el cielo abierto y azul. El sol ha despuntado en el horizonte haciendo sudar a mares a los infatigables corredores. Las olas mañaneras, haciendo caso omiso del viento, lamen la orilla con desgano. Hay paz en el lugar, una paz que se siente en el ambiente distendido, diferente por completo a la situación que se vive a más de cien kilómetros de allí, en la capital del país.

El corazón del hombre que encabeza el ejercicio late con esperanzas porque este ambiente de paz ha hecho que los fantasmas de la noche anterior se esfumaran, desapareciendo de su radio de acción, al menos por el momento. El día resplandeciente es esperanzador, diferente a la noche cubierta de sombras deprimentes. Chávez lo ha comprobado, y esos muchachos, esos jóvenes de la Armada que ahora trotan a su lado, se lo han confirmado, le han insuflado energías revitalizadoras en su ánimo indicándole que no todo parece perdido. Tranquilo Presidente, que en el momento menos pensado lo ayudaremos, no se preocupe, el general Baduel está en armas en Maracay.

Le han “prestado” una franela y una gorra en el momento en que han emprendido la carrera de ejercicios, o más bien, en su caso para sacudirse los temores, las dudas, el miedo, en fin, que le asolaba el alma la noche anterior cuando pensaba en sus hijos, su esposa y sus padres; la noche en que, según confesaría después, lloró amargamente por ellos y por el impredecible futuro del país. El miedo es un compañero indeseable pero necesario,

porque del miedo es de donde salen los valientes, como de la mentira surge la verdad.

Al llegar anoche a la Unidad de Operaciones Especiales se le han acercado algunos militares, esos mismos jóvenes que ahora trotan con él, y uno de ellos le ha ofrecido una silla. Chávez se ha sentado en medio del patio a contemplar las estrellas, con el alma encogida, y en ese momento se le ha salido una frase que en el aire se dispersa y llega a los oídos de los militares que lo observan no sin cierta aprensión: “Caramba, ojalá que Dios ilumine a esa gente allá afuera para que no pase nada”. Y otro militar, un maestro, le pone atención a la frase y se le acerca para decirle: “No creo que usted tenga tanto odio en su corazón como dicen, Presidente, porque de ser así no hubiera pronunciado esa frase”.

El maestro le ofrece su habitación en lugar del sitio que le están acondicionando, que se encuentra destartalado y será imposible mejorarlo en tan poco tiempo. Chávez, de colcha y cobija, coge una escoba y comienza a barrer. “Tranquilos -les dice cuando ellos lo miran con una interrogante reflejada en el semblante-. Yo también soy un soldado”.

Después dirá que una de las cosas que aprendió en esas horas de cautiverio es la necesidad de estar siempre entre soldados para conocer sus angustias, sus anhelos y sus esperanzas. Por ahora, el sueño recuperado le ha devuelto las energías y en este momento, trotando en esa soleada mañana de abril, se convence de que “algo” va a suceder en las próximas horas.

De que “algo” ocurra se encargarán los barrios de pobres, esa gente humilde que se ha arremolinado frente a Fuerte Tiuna y Miraflores desde anoche y que volverán hoy con más fuerza para quedarse. Y junto a ellos, el coronel Jesús Morao Gardona, comandante del Re-

gimiento de Guardia de Honor, quien dará el primer paso, seguido por el resto de la oficialidad apegada a la Constitución.

También lo harán los civiles, en especial el ministro Aristóbulo Is-túriz y las ministras María Cristina Iglesias, María de Lourdes Ur-baneja y Ana Elisa Osorio; y los dirigentes políticos José Albornoz, Rodolfo Sanz, Alfredo Laya, Lelis Páez, Orlando castillo, Gustavo Hernández, Juan Hernández, Rafael Uzcátegui, Francisco Ame-liach, Juan Barreto, Darío Vivas, Lina Ron, Freddy Bernal, William Lara, Vladimir Villegas, Nicolás Maduro, Cilia Flores, Jesse Cha-cón, y muchos otros que se suman a la protesta.

Pero todavía mucha agua correrá por debajo del puente, se aviva-ran situaciones tensas, se producirán nuevos hechos de sangre, ase-sinatos que se pierden en la confusión de esas horas interminables.

Algunos desadaptados, aprovechando la situación, salen a saquear en varias partes de la ciudad, como Antímano, Caricuao, Catia y San Martín, y la policía los persigue, arremetiendo fuertemente contra ellos, y en el maremágnum que se forma, tal cual sucedió en 'El Caracazo' del 27 de febrero de 1989, mueren algunos saqueado-res, pero también muchos inocentes que nada tienen que ver con los hechos porque la policía ataca con saña, desahogando el odio con furia criminal. La policía, en esos momentos, es tan peligrosa como el hampa que dice combatir.

La lista oficial contabilizará 41 muertes adicionales a las del 11, en esas horas aciagas en que Caracas se ha convertido en tierra de na-die. Pues la policía la ha emprendido contra todo aquel que ose gritar en demanda del regreso de Chávez. Por eso, el 80% de esos muertos son chavistas. Pero chavistas o no chavistas son seres hu-manos, venezolanos con padres, madres, hermanos, esposas e hi-jos, y duelen por igual.

La respuesta no se hace esperar. La gente sale de las barriadas, baja de los cerros y prende cauchos en calles y avenidas, forma barricadas y se pone en pie de lucha para hacer frente a la agresión inusitada del nuevo Gobierno de viejos políticos, un gobierno “de difuntos y flores” como en la canción de Silvio Rodríguez. Las llamas y el humo cubren varias manzanas en segundos. Carmona, a poco de estrenarse, enfrentará así su primera prueba de fuego, y se irá consumiendo en sus propios errores.

A todas estas, nadie en la población sabe dónde está el Presidente, qué ha sido de él. Unos conjeturan que se encuentra preso en Fuerte Tiuna; otros, que se le quiere asesinar, y otros, que lo han llevado al interior del país con intenciones de desaparecerlo.

Diez años antes, después del intento de golpe del 4 de febrero de 1992 que Chávez encabezó contra el gobierno de Carlos Andrés Pérez, había existido la misma duda sobre la integridad física del comandante, y en ese entonces la misma gente que ahora está frente a Miraflores lo había protegido. Chávez estaba preso en el Cuartel San Carlos con los demás comandantes que lo acompañaron en su fracasada aventura cuando se corrió la voz de que se había suicidado. Por las mentes de los venezolanos de más edad pasó entonces la imagen de Fabricio Ojeda –el periodista líder de la Junta de Gobierno que derrocó al dictador Marcos Pérez Jiménez-, quien, preso en ese mismo cuartel a principios de los años sesenta, fue ‘suicidado’ por sus captores, en un caso que nunca fue esclarecido del todo.

De inmediato, en el caso de Chávez, los ciudadanos se movilizaron por iniciativa propia a pedir que les dejaran ver al militar y el periodismo se movilizó para cubrir las incidencias del hecho. Teresa Maniglia era en ese momento Jefa de Información de Radio Rumbos, la principal emisora del país, y la unidad móvil de la estación al

mando del autor de este libro pudo llevar a los oyentes el momento mismo en que para calmar a la multitud enardecida, los cancerberos del régimen mostraban a un Chávez en buen estado de salud.

Ahora, la duda es la misma y la multitud también es la misma.

En el oeste de la ciudad, en una humilde funeraria de Los Magallanes de Catia, velan a Jorge Tortoza, el fotógrafo que fue a la marcha del 11 de abril a cubrir su propia muerte, y algunos de sus colegas se han acercado a manifestarle su solidaridad a los familiares compungidos. Uno de ellos, Omar Meléndez, recuerda lo sucedido como si fuera hoy. “Habían enviado una corona del Bloque de Armas y la gente la hizo añicos. Algunos colegas tuvieron que tapar los logotipos de los medios donde trabajaban por temor a la furia de la gente. Estábamos allí, solidarizándonos, pero la gente del sector estaba en contra de los medios. Recuerdo que allí se encontraban el comandante de los bomberos, Rodolfo Briceño, y periodistas como Sandra Guerrero, Efrén Pérez Hernández y Jesús Lacourt y había mucha emoción, mucha tristeza por lo ocurrido”.

A la 1:00 de la tarde, cuando el féretro es sacado para ser llevado a su última morada en el cementerio de El Junquito, los compañeros de Tortoza ven una marejada humana bajando de los barrios empobrecidos alentados por la esperanza de la revolución, ahora menguada. De Gramovén, de la Silsa, de El Amparo y de los propios Magallanes de Catia surgen gentes con franelas y boinas rojas y azules, como hormigas, a paso lento, con rostros adustos, como soldados avanzando hacia una fortaleza enemiga. “Daba miedo aquello –dice Meléndez--. Llevaban algo en las manos que en ese momento no supe qué era pero que supuestamente eran palos y piedras, con los que enfrentaron a los golpistas”. Desde dentro de Miraflores el recién estrenado jefe la Casa Militar, el contralmirante

Carlos Molina Tamayo, observa con cierto nerviosismo cómo la gente se ha ido concentrando en las afueras y eso no le gusta nada.

Carmona Estanga, en su primer día como Presidente, se reúne con ciertas personalidades que lo felicitan, le dan consejos y le piden cargos, entre ellos los embajadores de Estados Unidos y España, que han ido a ver cómo anda el golpe de Estado con el que han colaborado según se sabrá después. Cuando los diplomáticos se marchan, Carmona recibe una llamada del Fuerte Tiuna en la cual lo reclaman para que “corrija” ciertos aspectos de sus decretos que han producido “malos entendidos” entre la población.

Carmona, acompañado de su séquito, sale hacia el fuerte para no regresar más a Miraflores. Lleva una carta bajo la manga porque nadie sabe que ya ha destituido al general Vásquez Velasco como comandante general del Ejército y ha nombrado al general Hugo Peña como sustituto. Peña, a su vez, ignora que durará en el cargo menos tiempo que Carmona en la presidencia. Los dioses vuelven locos a quienes quieren perder. Esa es una verdad de Perogrullo.

En ese preciso instante en que Carmona se dirige al fuerte, en sus instalaciones el general García Carneiro recibe una llamada telefónica. Cuando contesta una voz conocida le dice: “Mi general, es el coronel Jesús Morao Gardona, comandante del Regimiento de Guardia de Honor. No reconocemos al Gobierno de facto, mi general, y llamo para ponerme a sus órdenes, ¡ordene usted!”

García Carneiro escucha con atención y luego dice, con voz de mando: “¡Proceda a tomar las instalaciones del palacio y retenga a las personas que allí se encuentran!. Ah, y... coronel..., eso sí, garantíceles sus derechos constitucionales”.

“¡A la orden, mi general!” dice solemnemente el coronel.

Y así es como la primera oleada de respuestas a los golpistas cae sobre la playa de Miraflores a esa hora, las once de la mañana del 13 de abril. Morao Gardona no espera un segundo para acatar la orden del general. Pero encuentra un obstáculo. Por encima de Miraflores sobrevuela un helicóptero que hace disparos contra ellos. Morao Gardona vuelve a llamar a García Carneiro.

“¡Nos están disparando desde un helicóptero!” le dice.

“¡Pues, tumbelo, carajo!” le ordena el general.

“¿Cómo, mi general?”

“Como ha oído, coronel: ¡tumbelo!”

Morao Gardona cuelga. Sale y les ordena a sus hombres: “¡Disparenle al helicóptero! ¡Túmbenlo, carajo!”

Los soldados obedecen. Se escuchan ráfagas de ametralladora. Los del helicóptero, sorprendidos por la rápida respuesta, dudan y luego existen, por lo que se elevan y se pierden en la mañana soleada.

Entretanto, algunos avispados comunicadores sociales amigos de Carmona han alertado a los dirigentes políticos de que algo raro está ocurriendo. Y cómo no, si se escuchan disparos y hay movimiento de tropas en el palacio.

Como Carmona ha salido hacia Fuerte Tiuna, los demás aprietan el paso, y en el momento en que abandonan apresuradamente Miraflores, las cámaras de televisión captan sus rostros desencajados, sus expresiones de susto y sus gestos de duda. Corren porque parecen presentir que una enorme ola, un tsunami, se les viene encima y deben salir cuando antes de aquel mar revuelto cuya playa ha sido tomada por el enemigo.

No lo logran todos, sin embargo: algunos incautos son apresados por las fuerzas del Regimiento Guardia de Honor, entre ellos el nuevo procurador Daniel Romero, quien al contrario del día anterior cuando se veía exultante, disfrutando del momento en que abolían los poderes públicos, se muestra nervioso y descompuesto, sin entender cómo ha sido posible que aquel paraíso se haya desmoronado a sus pies cuando apenas empezaba a disfrutarlo.

Los detenidos son llevados de inmediato al regimiento para alejarlos lo más posible de la masa enardecida que a las puertas del palacio ya ha comenzado a mover con fuerza las rejas y a subirse en las paredes y en los automóviles en demanda del pronto regreso del depuesto Presidente, mientras, adentro, los soldados les hacen señas de que son solidarios con ellos, porque de ellos dependen los pasos que se darán en las próximas horas en esta inédita historia de amor y muerte.

En Turiamo, a primera hora de la tarde, Chávez es avisado de que será llevado a otro sitio de reclusión en un helicóptero que llegará dentro de pocos momentos.

El maestro de la Armada Luis Herrera Ramírez ya le ha dicho al cabo Juan Rodríguez de la Guardia Nacional que el Presidente está detenido en la base. Herrera Ramírez debía estar franco junto con otros compañeros de la base, pero en virtud de que es el encargado de los servicios generales y faltan alimentos en las dependencias, decide quedarse para arreglar el problema. No sabe que tendrá un encuentro con la historia pero lo busca sin proponérselo.

El cabo Rodríguez está encargado de cuidar las casas del Instituto de Previsión Social de las Fuerzas Armadas (Ipsfa) en Turismo y ha ido a visitar a sus amigos de la marina para pasar el tiempo, ese sábado de aburrimientos. Ignora que ese será el día más emocionante

de su vida, pues, al enterarse de que el Presidente está allí, insiste en verlo porque tiene una duda atenazándole la garganta.

Esperan entonces el momento en que tienen que llevarle la comida al prisionero y junto con el mesonero, un andino de apellido Montiel, acuden al dormitorio de Chávez. Chávez, al ver a Montiel, lo toma por el brazo y le dice: “Hijo, tú sí te pareces a mi hijo Huguito; tienes sus facciones, eres como él”.

El cabo Rodríguez se le acerca y lo saluda militarmente, cuadrándose con respeto y admiración. “Perdone señor Presidente, pero en la calle se dice que usted renunció y yo quiero saber si eso es verdad”.

Chávez lo mira con simpatía. “No, no es cierto, no he renunciado”.

“Ah, bueno, pero eso no lo sabe la gente, mi comandante, y eso tiene usted que decirlo. ¿Por qué no escribe una nota y yo me encargo de sacarla de aquí”.

Herrera Ramírez pasea la mirada por la habitación, en momentos en que el inconfundible sonido de un helicóptero se escucha en la lejanía, alentado por el viento. Su mirada se posa en una gaveta. “En esa gaveta, señor Presidente, en esa gaveta puede meter la nota”.

Pero después piensa que es un escondite muy obvio y que los carceleros del Presidente pueden registrarlo todo antes de llevárselo. Su inquieta mirada recorre una vez más la habitación hasta posarse ahora en una papelerera. “En esa papelerera, señor, meta la nota en esa papelerera y nosotros nos encargaremos de sacarla”.

El ruido del helicóptero se hace más intenso, más cercano, por lo que deciden salir, dejando a Chávez solo con sus pensamientos. En principio, Chávez no tiene muchas esperanzas de que la idea vaya a tener un final feliz, pero sabe que la peor gestión es la que no se

hace, así que toma un bolígrafo y un papel en el que ha intentado escribir algunos poemas para matar el tiempo escribe la nota. Apenas tiene tiempo de meterla, boca abajo, debajo del plato cuando la puerta se abre y aparece un oficial de la Armada con otros uniformados. Se trata del contralmirante Scettro Romero. “Debemos llevarlo a La Orchila donde algunos ministros le tienen una oferta”, le dice a Chávez.

Chávez se disgusta. “No pienso ir a ninguna parte. Me han llevado de un lado a otro y ni siquiera es posible que me dejen comer tranquilo. No me han dejado tener contacto con un abogado. Estoy incomunicado, pero les pido que, por favor, me dejen comer tranquilo”.

Los militares acceden y salen de la habitación. El momento es aprovechado por Chávez que saca la nota de sus defensores improvisados. Luego la cubre con la basura acumulada en su interior. Cuando termina de comer, entran otra vez los militares; uno de ellos lleva una cámara de video aficionado con la que graba el siguiente diálogo:

CHÁVEZ: Los muchachos me han atendido de maravilla desde que llegué. Son unos tremendos soldados, seres humanos que me han dado incluso su conversación. Acabo de trotar un rato y estaba...

ROMERO (Interrumpiendo): Sí, bueno, me contenta mucho.

CHÁVEZ: Yo le estaba comentando al capitán que salió, Souza, que hasta ahora no he tenido ningún abogado. Me encomendé a Dios y dije: “Ojalá que un rayo de buen juicio le llegue a quienes están tomando decisiones”. Me voy. Dejé mi fusil y mi pistola. No he preguntado. No he hablado ni con mi mamá ni con mi esposa; estoy incomunicado. Pedí un abogado, me dijeron que no. Solo aquí me

vieron toda la noche... Bueno, llegó el momento de que me digan adónde voy; si no, yo no salgo de aquí.

ROMERO: Sí, mire, yo estoy comisionado, primero, para brindarle la custodia, en todo lo posible la seguridad, y las intenciones son llevarlo a La Orchila para su posible posterior traslado al exterior del país, precisamente... Esas son las órdenes que me dieron.

El cambio de planes de los golpistas tiene el objetivo de alejar a Chávez de las masas que piden su regreso. La metida de pata de Carmona Estanga al abolir los poderes los ha hecho reflexionar en cuanto a la petición que les hiciera el Presidente de salir del país como una de las condiciones para renunciar.

Es que desde la mañana el Fuerte Tiuna ha sido un hervidero. Un hervidero por dentro y por fuera. Adentro, la oficialidad, y afuera la gente. Los oficiales neutrales piden ver la renuncia de Chávez, pero es imposible complacerlos porque la tal renuncia nunca ha existido. Tampoco les pueden decir esto. Por eso Carmona ha sido llamado de urgencia. Los generales Vásquez Velasco, González González, Pereira Olivares y los contralmirantes Ramírez Pérez y Comisso Urdaneta, entre otros, analizan la situación surgida a raíz del acto de Miraflores y se dan cuenta del error que ese acto ha supuesto, algo con lo que no contaban.

Medina Gómez no está en la reunión porque ya se ha enterado de que el cargo que tanto ansiaba, el de comandante del Ejército, le ha sido dado al general Peña. Molesto, ha pasado buscando a Isaac Pardo Recao, misterioso personaje comprometido en el golpe, y ambos se han largado a los Estados Unidos, que viene a ser, a partir de ese momento, el mejor lugar para que los golpistas en fuga vean los toros desde la barrera, lejos de la acción de la justicia.

Ramírez Pérez, nervioso, ya no quiere seguir siendo ministro de la Defensa. Durante todas esas horas, la gente, afuera, se ha hecho sentir como nunca. Con tubos, palos y piedras, tocan las barandas del puente que comunica al fuerte con El Valle y el escándalo es más grande que el de Tito Puente con sus timbales en un concierto del Radio City Music Hall de Nueva York. “No me imaginaba -les dice Ramírez Pérez a sus compañeros de aventura- que las cosas iban a llegar hasta aquí; puede haber más muertos y no quiero esa responsabilidad”.

Vásquez Velasco pasea su mirada dudosa por los rostros de sus dudosos compañeros. Ya sabe que Carmona lo ha relevado del mando, pero no puede echarse para atrás en el momento crucial que viven. ¡Qué vaina! ¡Otra vez el muerto le tocará a él!

Para colmo, los otros oficiales, los ni-ni, no lo dejan respirar y convocan una reunión de urgencia en el Batallón Ayala, donde Vásquez Velasco se da cuenta de que los ánimos están caldeados, sobre todo por la actuación de García Carneiro, quien no los deja quietos, azuzándolos en su contra. Si pudiera detenerlo, lo haría, pero es mejor no echarle más leña al fuego. El fuego ya va cobrando suficiente terreno como para avivarlo más.

Algunos oficiales reclaman que se haya atentado contra la institucionalidad, pero los oficiales comprometidos con el golpe apelan al mismo discurso de algunos periodistas y le echan la culpa al comodín: los círculos bolivarianos que en los meses precedentes han dado muestras de una torpeza increíble al incurrir en hechos reprobados por la comunidad. Se han convertido, dicen, en grupos armados que se han colocado por encima de los cuerpos policiales e incluso de las mismas fuerzas armadas, avalados por la irresponsabilidad presidencial.

El general García Carneiro, quien se encuentra en la reunión acompañado por el general Wilfredo Silva, pide la palabra para decir que la asamblea no ha sido convocada para criticar a los círculos bolivarianos; no a estas alturas cuando se debe discutir la forma de devolverle la constitucionalidad al país.

A medida que hablan, los ánimos se van calentando como sol de verano. Hay dos posiciones: los institucionales y los que respaldan a Carmona, pero ambos grupos están unidos por un cordón umbilical: la necesidad de corregir los decretos que han dado al traste con los lineamientos democráticos.

Vásquez Velasco abandona la reunión con el general Antonio José Navarro Chacón, a quien le está ofreciendo el Ministerio de la Defensa, aunque no tiene idea de cómo demonios va a hacer para informarle a la gente este cambio tan brusco sin que se piense que todos ellos no son más que un hatajo de locos. En eso, García Carneiro se levanta e insta a los otros oficiales a hacerlo regresar a la asamblea, al igual que 192 años antes hiciera Francisco Salias con Vicente Emparan, precisamente durante el mes de abril. “Oficiales tenientes, capitanes, mayores, comandantes, vamos a buscar al general Vásquez y que venga a hacer frente a la situación, a terminar lo que empezamos”.

Así lo acuerdan. Salen y le piden al general que asuma su responsabilidad, obligándolo a devolverse. “Vamos a concluir la reunión –le dice García Carneiro-. El país debe regresar a la normalidad y esos decretos deben ser anulados. Usted debe anunciarlo, general, porque usted fue quien cometió el error”.

Así presionado, Vásquez Velasco accede a modificar los decretos y es en ese momento cuando se le ha ocurrido la idea de sacar a Chávez del país. Por eso lo llevarán a La Orchila donde habrá un

avión esperando para cumplir la misión. Los planes sociales del gobierno de Chávez continuarán pero Carmona seguirá siendo Presidente. Corregidos los errores, están confiados en que nada más pasará.

García Carneiro, sin embargo, toma el papel con los anuncios que deberán hacerse y le quita el anuncio de que Carmona continuará en la Presidencia. Hecho esto, se lo devuelve. “Ahora -le dice- usted debe hacer estos anuncios a todo el país”.

Hacen pasar a los periodistas, que entran en tropel, pero cuando van a transmitir se encuentran con que ninguno tiene señal para salir en vivo y los oficiales no quieren que el anuncio sea diferido porque lo pueden manipular. Entonces, una periodista de Globovisión logra un enlace con CNN y Vásquez Velasco sale al aire, pero como García Carneiro le ha borrado el anuncio de que Carmona sigue siendo Presidente, no lo dice, nervioso y molesto como se encuentra. El anuncio que hace el general es el siguiente:

...Se apoya al Gobierno transitorio si se cumplen las siguientes normas:

- 1.- Establecimiento de una transición con respecto a la Constitución, las leyes de la república y los derechos humanos.
- 2.- Revisión y modificación del decreto del 12 de abril de 2002.
- 3.- Restitución de la Asamblea Nacional.
- 4.- Concertación con las fuerzas vivas de la nación para restituir un Gobierno transitorio garantizado por la pluralidad y representatividad.
- 5.- Exhortación a la paz y la tranquilidad y que toda acción de Gobierno se efectúe con el máximo respeto a los derechos humanos.

6.- Ratifico como comandante general del Ejército en todos sus cargos a los integrantes del Alto Mando Militar del Ejército y sus comandos naturales. La gente que está conmigo seguirá conmigo y solo yo puedo transferirla.

7.- Se ratifica el apoyo a las autoridades e instituciones, así como el apego incondicional del componente a la constitucionalidad, hacia los valores y bases fundamentales de la organización, como son la obediencia, la disciplina y la subordinación.

8.- Respecto a las autoridades legalmente electas por el pueblo venezolano, locales, regionales, como son los alcaldes y gobernadores (se ratifica) que en este momento son los representantes en cada estado y en cada municipio del país de una votación popular que hubo aquí en Venezuela.

9.- Continuidad de los beneficios sociales al pueblo venezolano cuyos programas estaban en ejecución. No podemos abandonar al pueblo (...) Debemos seguir con atención los mismos programas que se venían suscitando en el país.

10.- Exigimos la construcción de una sociedad sin exclusiones donde toda demanda e inconformidad se manifieste de forma pacífica, sin armas, con el pleno ejercicio de la libertad dentro del Estado de Derecho que corresponde a una sociedad democrática. Queremos mantener la democracia, amamos la democracia y queremos seguir en democracia.

11.- Garantizamos el trato y el respeto al teniente coronel Hugo Chávez Frías y solicitamos la petición (sic) de su salida del país en forma inmediata.

12.- Las Fuerzas Armadas Nacionales garantizamos la seguridad de todo el pueblo venezolano. Asimismo, exigimos que se restituyan to-

dos los poderes públicos generalmente constituidos en este país, como son el Tribunal Supremo de Justicia, el Ministerio Público..., todos los que están en vigencia.

Como les digo, esto no fe un golpe de Estado. Nosotros respetamos la Constitución, queremos y respetamos un Gobierno transitorio que respete el derecho a todo lo que hemos tenido. El problema que se suscitó en Venezuela fue un problema de pérdidas humanas donde el Gobierno central perdió el control y autoridad en un momento determinado.

El pronunciamiento tiene varias lecturas; a saber, ratifica al general Vázquez Velasco como el hombre fuerte del golpe; los golpistas recogen banderas en cuanto a los programas de Chávez, por considerar que conculcarlos lanzará a las masas contra ellos, pero subestiman a Chávez al pedir su extrañamiento del país. Al tomar esa decisión demuestran que no tienen idea del liderazgo del Presidente en los sectores más desposeídos de la población. Creen que con las medidas adoptadas la gente aceptará a Carmona Estanga o a cualquier otro como “Presidente de transición”, que es el sofisma con el que cobijan su verdadera intención de perpetuarse en el poder. Ignoran que los ciudadanos en la calle solo están pidiendo una cosa: el pronto regreso del Presidente constitucional.

Después de este pronunciamiento, los oficiales deciden hacer una segunda declaración, en la cual anunciarán el nombre del nuevo ministro de la Defensa, el general Navarro Chacón, y mantendrán como Presidente a Carmona Estanga. Pero, cuando es evidente que sus acciones están bajando, Carmona llamará a José Vicente Rangel para proponerle que el Presidente de la transición sea el presidente del Tribunal Supremo de Justicia, Iván Rincón.

“Es inútil, general -le dice Rangel con decisión-, Rincón no aceptará. Lo que usted tiene que hacer es restituir al presidente Chávez en el cargo”.

La subestimación del liderazgo chavista les costará caro porque significará su perdición en las próximas horas. Pues el ánimo de la gente, afuera, se prepara para la lucha con más ahínco cuando empiezan a llegar informaciones contradictorias en torno a la salud de Chávez. En unas se dice que está enfermo, y en otras que ha muerto.

Ajeno a lo que sucede en Caracas y en otras regiones del país, Chávez sube al helicóptero de la Armada que lo llevará a La Orchila. De Allí intentarán sacarlo del país pero antes los complotados van a hacer un último intento por lograr la tan anhelada renuncia presidencial. Para ello contarán con la anuencia del cardenal Ignacio Velasco.

Cuando el helicóptero parte, el maestro Herrera Ramírez y el cabo Juan Rodríguez le ordenan a Montiel que vaya a recoger la papelería. Montiel lo hace y juntos los tres la llevan al baño donde vierten el contenido y descubren la nota del Presidente. La nota de puño y letra de Chávez, con su inconfundible firma, dice:

Turiamo, 13 de abril de 2002

Al pueblo venezolano

(y a quien pueda interesar)

Yo Hugo Chávez Frías, Presidente de la República

Bolivariana de Venezuela, declaro:

No he renunciado al poder legítimo que el pueblo me dio.

¡¡Para siempre!!

Hugo Chávez Frías

Cumplida la primera fase de la misión, les toca a ellos ingeniárselas para sacar la nota de la base, pero esto se les presenta cuesta arriba porque hay órdenes estrictas de no dejar salir a nadie, pues están acuartelados.

“¡Las bombonas! -dice Herrera Ramírez-. Vamos a decir que necesitamos llenarlas porque no hay gas”.

La idea, por genial, pasa desapercibida para los oficiales de la base, que no quieren arriesgarse a quedar sin alimentación. Así que no ponen ninguna objeción cuando el cabo Rodríguez, en el colmo de la amabilidad, se ofrece para cumplir la orden.

Suben entonces las bombonas a la parte trasera de un camión y Rodríguez abandona la base a toda velocidad, seguido de las miradas de aprobación de los oficiales que no dudan en reconocer a un buen soldado cuando lo ven.

El general García Carneiro, movido por los gritos cada vez más insistentes de la gente que se encuentra en la alcabala N° 3 de Fuerte Tiuna en demanda de noticias sobre el paradero de Chávez, se les acerca en un jeep militar, acompañado de sus asesores.

La gente, que la noche anterior ha sido agredida por la Policía Metropolitana, ha regresado a la luz del día con nuevos bríos. Al verlo, lo aplauden en medio de una gritería en la cual piden el regreso del Presidente y, por vida de Dios, hasta que eso ocurra no se moverán de allí. García Carneiro sube a un tanque Dragón 300 y utilizando un megáfono, dice:

“¡Pueblo de Caracas, lo que se ha producido en el país es un golpe de Estado! El Ejército venezolano, forjador de libertades, está abocado a restituir el orden constitucional. Ya se están dando los pasos en ese sentido, ya se han anulado los decretos de Carmona, pero los oficiales golpistas se niegan a deponerlo para restituir al presidente Hugo Chávez Frías. Por eso les pedimos paciencia. ¡No reconoceremos al gobierno del señor Carmona Estanga porque es un Gobierno de facto!”

La muchedumbre aplaude a rabiar, coreando el nombre del Presidente.

“¡Chávez, Chávez, Chávez!”

Los dirigentes del PPT y los ministros reunidos en la casa de Aristóbulo Istúriz reciben una llamada del Regimiento Guardia de Honor de la Presidencia de la República. Es el general Morao Gardona en persona, quien los insta a acudir inmediatamente a Miraflores porque el palacio ha sido recuperado por los soldados leales al Presidente.

No lo piensan dos veces. En varios automóviles se dirigen a palacio y, sin salir de ellos, se mezclan en la multitud. En uno de los carros van al ministro Istúriz y las ministras Iglesias, Urbaneja y Osorio, que no se han despegado del “negro”. Cuando la gente se percata de la presencia de sus líderes, rodean el vehículo y lo mueven dándole golpes de alegría, tan eufóricos, que ellos temen por sus vidas.

Al final logran salir. Entonces suben a la camioneta de Alfredo Laya y saludan a la multitud, que los aplaude, conmovida, porque son los primeros dirigentes del chavismo que han llegado a Miraflores. Desde arriba, la marea humana se despliega en la avenida Urdaneta y las calles adyacentes como un abanico de boinas azules y rojas, muchos de ellos con los ojos mojados de lágrimas de indignación, mientras hacen gestos enérgicos en defensa de sus derechos constitucionales conculcados unas horas antes por los golpistas.

“¡¡Queremos a Chávez, queremos a Chávez, queremos a Chávez!!, se escucha al unísono en las miles de voces.

Apenas, entre la multitud, los dirigentes pueden dar declaraciones a periodistas extranjeros que están cubriendo los sucesos, contrario a lo que sucede con las televisoras venezolanas que durante todo el día no han hecho más que transmitir películas y dibujos animados de Tom y Jerry para censurar al pueblo. Resulta insólita esa decisión. En medio de un golpe de Estado en el cual el mundo centra su atención, los medios del país han decidido ocultar una verdad que está a ojos vista.

Después de hablar con los corresponsales, los dirigentes dan cuenta de la imposibilidad de entrar por la puerta principal a Miraflores, porque el acceso ha sido cerrado para evitar que la multitud penetre al palacio, ya que la presión a veces se hace insoportable y algunos militares temen que haya un descontrol en la masa, en cuyo caso cualquier cosa podría ocurrir.

Morao Gardona les ha dicho a los dirigentes pepetistas que deben entrar por el Palacio Blanco, situado al frente de miraflores, y así lo hacen. Por allí aparece también el ministro de la Defensa, José Vicente Rangel, de quien algunos medios habían dicho que se había ido huyendo al exterior. Pero Rangel no solo ha estado organizando

a la gente sino que ha sido uno de los primeros en llegar al palacio para darle fuerza a la reconquista de ese territorio, que es fundamental para demostrar que el Gobierno está en funciones aunque se desconozca el paradero del Presidente.

Llegan también Juan Barreto y William Lara. El cineasta Carlos Azpúrua hace tomas con una cámara profesional. Como director de cine sabe que tiene entre manos una gran historia que algún día será una gran película, una de esas historias con las cuales uno se topa una sola vez en su vida; la historia de la cual los pueblos se sienten orgullosos, la historia que les enseña el orgullo a otros pueblos.

Detrás de ellos van algunos periodistas. Al verlos, los soldados apostados en la entrada que comunica a los dos palacios les abren las puertas. Pero los instan a agacharse cuando salgan a descubierto, advirtiéndoles sobre la posibilidad de que haya francotiradores.

Istúriz y Albornoz entran juntos y al instante se percatan de la presencia de la gente que acompañaba a Carmona durante su estadía en el palacio, quienes permanecen detenidos en el Regimiento de Guardia de Honor. Cabizbajo, Daniel Romero es una caricatura del hombre envalentonado que leía los decretos el día anterior.

Aun cuando Miraflores ha sido recuperado, los dirigentes chavistas ignoran lo que sucede en otras partes del país, por lo que van preparados para hacerle frente a cualquier contingencia. “Negro -le dice Albornoz a Aristóbulo cuando atraviesan el túnel-, aquí ganamos o salimos en bolsas negras”.

Detrás de ellos, Ismael García asiente con rostro adusto.

Poco después de que el Regimiento de Guardia de Honor tomara el palacio de Miraflores, uno de los teléfonos del despacho presidencial comienza a sonar instantemente. Un teniente lo levanta.

“¡Páseme al presidente Carmona!”, le dice, imperativa, una voz har- to conocida por los venezolanos.

“¿Quién habla?”, pregunta, a pesar de todo, el teniente.

“¡Es el presidente Pérez, pásame al presidente Carmona!”, ruge la voz.

“¿Presidente Pérez? ¿Presidente Carmona?”, dice, burla burlando, el teniente.

“Mire, hay informaciones aquí en Miami de que existe un contra- golpe allí. ¿Puede decirme qué está pasando?”

“Bueno, que hemos retomado el palacio”.

Se oye entonces un lamento y Carlos Andrés Pérez dice:

“¡Ah, carajo! Fue lo primero que le dije a Carmona: que cambiara la Casa Militar y no me hizo caso”, y cuelga, molesto.

Hay un momento, a partir de las primeras horas de la tarde del día 13 de abril, en que el país está sumido en el limbo. Nadie da res- puestas concretas acerca de lo que está pasando porque ninguno de los dos bandos tiene asegurado el Gobierno.

Si bien es cierto que los chavistas logran entrar a Miraflores, no es menos cierto que Fuerte Tiuna todavía permanece en manos de los golpistas quienes también tienen a Chávez en su poder. Ante la situación, no hay quien pueda cantar victoria y en consecuencia nadie se atreve a dar órdenes. No hay un Presidente constitucional y el Presidente de facto, más nervioso que prisionero iraquí, incre-

pado por buena parte del país y un sector militar que pide explicaciones se ha ‘enconchado’ en el fuerte a la espera del desarrollo de los acontecimientos.

Ante este panorama, los militares indecisos, aquellos que no han tomado parte en el golpe pero que tampoco están con el presidente Chávez, esperan a ver cuál de los dos bandos se queda con el poder para ‘cuadrarse’, como popularmente se les dice a las guabinas que bailan al son que toque la orquesta gubernamental.

Carmona Estanga dirá tiempo después ante los investigadores: “Al día siguiente rectificué y pedí entonces a la Asamblea Nacional que sesionara y asumiera el papel fundamental que le corresponde para evitar situaciones que pudieran generar antagonismos, discrepancias, problemas al interior de la sociedad bolivariana... Adopté una línea muy ligada al desmonte de la fractura y la convivencia de la relegitimación de poderes que hoy todavía está en el debate político de la nación, pero tuve el valor de reconocer y de recapacitar sobre la conveniencia de que la Asamblea actuara...”

Por supuesto, Carmona se cuida de decir que fue la decidida actuación de los venezolanos comprometidos con el proceso y de los militares institucionalistas lo que lo obligó a cambiar de actitud en ese momento.

La nulidad de los decretos son un bálsamo en la población preocupada por la posibilidad de una dictadura, pero el hecho de que Carmona siga siendo Presidente ya no le gusta a nadie: ni a sus partidarios y mucho menos a los chavistas, que ya no se irán a sus casas hasta que el Presidente constitucional regrese a su cargo.

En todas partes ya se conoce la retoma de Miraflores por los aliados del mandatario.

El coronel Morao Gardona:

Aproximadamente a las once horas de la mañana se dio inicio a la toma contundente de las instalaciones presidenciales. Una vez consolidada la toma del palacio se procedió a concentrar a todo el personal civil comprometido con el Gobierno de facto, siendo trasladados al Salón Ayacucho y posteriormente a los sótanos del Regimiento de Guardia de Honor, a través de los túneles, con la finalidad de proteger y resguardar su integridad física.

...Empecé a hacer contacto, vía telefónica, con las guarniciones de Maracay, el general de división Benito Verde Graterol y el general de brigada Raúl Isaías Baduel; con la guarnición del Distrito Capital y estado Miranda, general Jorge Luis Carneiro, y otras, las cuales de manera progresiva fueron apoyándonos con una respuesta positiva...

De igual forma se plegaron a la causa de restitución del hilo constitucional algunos de los representantes de los poderes legalmente constituidos y miembros de la sociedad del país, entre los cuales puedo mencionar al ciudadano ministro de la Defensa, ministro de Educación, Cultura y Deportes, ministra del Trabajo, ministra de la Salud, diputado William Lara, alcalde Freddy Bernal y alcalde José Vicente Rangel Ávalos, entre otros...

Paulatinamente vimos con asombro cómo comenzaron concentraciones procedentes de todas partes de la ciudad, pidiendo el regreso del señor Presidente de la República al Palacio de Miraflores.

Algunas personalidades de partidos políticos vinculados al Gobierno de facto y el propio Presidente transitorio, Pedro Carmona Estanga, logran huir de palacio, dirigiéndose este último a Fuerte Tiuna.

En La Placera de Maracay, Baduel ha convocado a la reserva a incorporarse en defensa de la democracia y una multitud se ha pre-

sentado ante la 42° Brigada de Paracaidistas. Como no tiene suficiente logística para tanta gente, acude a la ayuda de los gobiernos regionales comprometidos con el proceso revolucionario, en especial el de Guárico.

Eduardo Manuitt, atrincherado en la gobernación para impedir la oposición se haga de ella, logra, sin embargo, prestarle al apoyo necesario. El apoyo es logístico, más que todo, y consiste en provisiones de alimentos y agua para las miles de personas que han acudido al llamado de Baduel.

La brigada está rodeada por una multitud de maracayeros que piden informaciones en torno a lo que está sucediendo, pero es poco lo que en estas circunstancias Baduel les puede decir. Sí ha sabido, y lo ha comunicado a la masa expectante, que el coronel Morao Gardona ha tomado el Palacio de Miraflores y la gente aplaude con alegría, presintiendo que el final del golpe está cerca.

Avanzada la tarde, llega la noticia tan esperada por todos los chavistas. La traen un tímido cabo de la Guardia Nacional y una mujer de humildes rasgos. Cuando los hacen pasar ante el general Baduel, el cabo se cuadra ante él con respeto y le entrega un papelito cuidadosamente doblado.

Después de salir de la base de Turiamo, el cabo Rodríguez no se ha detenido hasta llegar a su casa de Maracay. Sabe de la importancia de la misión que tiene entre manos y cuando le muestra la nota del Presidente a su esposa, ambos resuelven ir directamente a la Brigada de Paracaidistas. Pero antes le sacan copias. El original lo tiene enmarcado en su residencia como tributo a su tenacidad sin límites. Es el souvenir que le salvó la vida a Chávez.

Baduel lee la nota y enseguida reconoce la firma del Presidente. Entonces sus ojos brillan de alegría. Las cosas van saliendo mejor de

lo que ha supuesto. Le agradece el gesto al cabo y sale al balcón de la brigada a anunciar la nueva. Muestra la nota a la multitud y, con un megáfono, lee su contenido. La gente grita, alegre, pues ahora saben que Chávez no ha renunciado como se ha venido diciendo. La nota es un analgésico para ellos después de los pesares y las angustias recientes.

Baduel vuelve al interior de la brigada y se comunica de inmediato con el Palacio de Miraflores, alertando sobre la nota. El ministro Rangel lo insta a pasarla por fax. Así lo hace el general. En Miraflores, la nota es la llama que enciende las pasiones. Todos la leen con alegría. Algunos aplauden.

Le sacan copias. Decenas...cientos de copias...

Salen a las puertas de palacio.

Aristóbulo Istúriz levanta la mano con un fajo de copias. “¡Aquí está la prueba de que el presidente Chávez no ha renunciado!”. Y las arroja a la multitud. Las hojas de papel describen un círculo sobre las cabezas y caen sobre la gente como una bandada inmensa de palomas anunciando la paz.

Los manifestantes se lanzan en pos de ellas, se empujan unos a otros, cada uno con la idea de tener el trofeo de lo que ya se avizora como uno de los sucesos más resaltantes de la historia contemporánea en América Latina. Cogen las páginas, las leen, las levantan, cantan, bailan, lloran, el alma les ha vuelto al cuerpo.

“¡Chávez no renunció, Chávez no renunció!”

“¡¡VIVA CHÁVEZ!!”

“¡¡Queremos a Chávez!!”

“¡¡CHÁVEZ, CHÁVEZ, CHÁVEZ!!”

En el colmo del paroxismo.

Pero no todo está dicho todavía. Chávez está siendo trasladado a La Orchila con intenciones de sacarlo del país en el avión con siglas estadounidenses que ha aterrizado en esa isla en la mañana con la aquiescencia de los golpistas y que pertenece al empresario paraguayo Víctor Gil, dueño del Total Bank, según se reportará después.

La Orchila fue lugar de bacanales en la época de Pérez Jiménez y de reuniones importantes cuando Carlos Andrés Pérez jugaba a ser izquierdista, en su primer gobierno (1974-1979).

La Orchila cuenta con un puesto de la Armada venezolana, pero, además, hay una ranchería de pescadores afortunados de vivir en una de las bellezas naturales más impresionantes del Caribe. Su agua es verde como la primavera y caliente como el país al que le sirve. En sus playas, sus manglares y sus árboles está, como huella indeleble, la firma de Dios. Es una isla hecha para el amor como todas las cosas de sublime belleza y paradisíaco encanto.

Se dice que Pérez Jiménez, en sus correrías de semental inexhausto, perseguía en moto por sus orillas a féminas de fácil piel, a quienes, después de alcanzar, echaba sobre la blanca arena que lame el mar y ellas lo dejaban hacer por aquello de que el poder abre puertas y piernas por igual.

Dos décadas más tarde, Carlos Andrés Pérez realizaba allí sus entrevistas furtivas con Fidel Castro y Omar Torrijos, el general panameño antecesor de Chávez en la defensa de los pueblos oprimidos y en la denuncia del imperialismo norteamericano. Después de denunciar que el canal de Panamá en manos estadounidenses era un puñal clavado en el corazón de América Latina, a finales de los años 70, Torrijos, con el apoyo de Pérez, logró firmar con el enton-

ces presidente Jimmy Carter el tratado que le devolvería a su país el canal en 1999, como efectivamente sucedió.

En aquellos tiempos Pérez coqueteaba con la izquierda latinoamericana para quitarse el sambenito de troglodita con que lo habían bautizado los guerrilleros de los años sesenta, e incluso ayudó a los sandinistas en su lucha contra la dictadura de Anastasio Somoza Debayle, tercero de la dinastía sangrienta de Nicaragua. Precisamente, en La Orchila se celebró la reunión entre Pérez y Somoza donde Pérez le exigió que renunciara para darle paso al sandinismo. Somoza se negó pero, de todas maneras, al final fue derrotado.

Con el tiempo, Torrijos no viviría para ver convertido en realidad su sueño más anhelado, el retorno del canal a manos panameñas, pues moriría en un extraño accidente de aviación, el cual, para muchos izquierdistas latinoamericanos, tenía impreso el sello inocultable de la CIA, y Pérez se puteó de la mano de sus amantes y de sus compañeros de partido. Su segunda gestión de Gobierno fue un desastre, por lo que la gente salió a la calle en 'El Caracazo', el 27 de febrero de 1989, siendo reprimida ferozmente por las fuerzas armadas, y al final fue destituido, enjuiciado y encarcelado.

Fidel entonces se quedó solo en su prédica revolucionaria hasta que en 1999 llegó Chávez a hacerle compañía. Ahora, este trece de abril, otra vez el legendario guerrillero está a punto de perder otro aliado en manos de su archienemigo, los Estados Unidos, que ha pretendido arrasar con todo vestigio de izquierdismo en la región. Porque la idea que tienen los golpistas en ese momento es sacar a Chávez hacia Puerto Rico, estado asociado de la Unión, el estado 51 como lo llaman, y una vez allí no hay que ser un oráculo para imaginar lo que ocurrirá con el presidente venezolano.

Chávez, en el helicóptero que lo lleva a la isla, se debate en sentimientos encontrados. Por un lado, los jóvenes de la base de Turiamo le han insuflado esperanzas, pero por el otro piensa que el golpe de Estado, en tanto que orquestado con la anuencia de los Estados Unidos, se afianzará y acabará con las conquistas que su gobierno ha hecho desde el punto de vista político. Y entonces se hace la promesa de que si se le da la oportunidad de volver, cambiará algunas cosas para estar más compenetrado con la gente, pero, sobre todo, con esos soldados que en todos los rincones de Venezuela han estado pendientes del proceso revolucionario.

El helicóptero aterriza en La Orchila y Chávez vuelve a la realidad: está preso y a punto de ser desterrado.

Esa arde hay movilizaciones de oficiales importantes en tierra firme, especialmente en La Placera y en el Fuerte Tiuna. Los militares leales al Presidente Chávez se reúnen, trazan estrategias y recomponen fuerzas. Las próximas horas son decisivas y ellos lo saben. Dos generales han estado en permanente contacto en esas horas vitales para la democracia: García Carneiro y Julio García Montoya. Cada cierto tiempo se comunican monitoreando la situación. Hasta que llega la información de que el Presidente ha sido llevado a La Orchila y será sacado del país en las próximas horas.

Entonces empieza la carrera contra el tiempo. Después de dirigirse a la multitud concentrada en las afueras del fuerte, el general García Carneiro viene con más bríos porque se ha dado la integración cívico-militar necesaria para actuar. La gente está pidiendo el regreso del Presidente constitucional y él va a hacer lo que debe para que eso se haga realidad. Y si tiene que llegar al extremo de abrir las puertas del fuerte para que el pueblo pase y enfrente a los golpistas, lo hará. No dudará un instante en eso. El pueblo tiene derecho a pelear por su futuro.

Primero ensaya un golpe de audacia. Nombra como sus voceros a los generales Martínez Mendoza y Chaparro Espinza para conversar con los golpistas y anunciarles que las unidades del fuerte están bajo control de los soldados leales al Presidente. “Yo -dice- los mandé a ellos a negociar; les dije: Vayan a negociar, díganles que, por favor, desistan y que obliguen al señor Carmona a renunciar, porque en el Fuerte Tiuna los comandantes están conmigo, y el pueblo, las trescientas mil personas que están aquí, están pidiendo que se presente el presidente Chávez”.

Pero la gestión es infructuosa. Los generales y almirantes comprometidos en la ruptura del hilo constitucional se mantienen en su posición: el Presidente es Carmona Estanga, son ellos quienes tienen el control de la situación.

En medio de sus propias contradicciones, los rebeldes ignoran lo que está sucediendo en Miraflores. Se lo dicen los periodistas. Ya entrada la noche, un corresponsal de la Cadena Caracol de Colombia, que está en el despacho presidencial con los chavistas, le dice por teléfono a uno de los generales golpistas, que está en Fuerte Tiuna, que los ministros de Chávez y los dirigentes de sus partidos han retomado el palacio. El general, que parece estar en otra galaxia, no le cree.

“Mire, nomás -le dice el periodista-, yo estoy en el despacho presidencial. Conmigo está el ministro Aristóbulo Istúriz. ¿Quiere que le describa el despacho presidencial? Pues, hay un cuadro del Libertador Simón Bolívar... -Y le describe pormenorizadamente lo que está viendo-. Y el ministro está sentado en la silla presidencial. No sé si me cree, oras.”

De CNN entrevistan a Carmona Estanga y el periodista le dice lo mismo: que Miraflores ha sido retomado por los chavistas. Car-

mona dice que ha rectificado, que los decretos han sido anulados y que se somete a la constitucionalidad en su condición de Presidente comprometido con la democracia. Pero no sabe que poco a poco se ha ido quedando solo. Al destituir a Vásquez Velasco, este también se ha molestado, pero, después de autoconfirmarse como comandante, se da cuenta de que, metido en el problema hasta la cabeza, es poco lo que puede hacer. Devolverse sería admitir que todo ha sido un error. Así que no le queda más remedio que seguir adelante por el camino de los desaciertos, en medio de las protestas de la oficialidad chavista. Lo acompañan en su loca aventura, Manuel Rosendo, Comisso Urdaneta, Pereira Olivares, Ovidio Poggioli y Ramírez Pérez, quien, como ciertas reinas de la televisión, solo ha sido ministro por un día. A esas alturas, el golpe es un moribundo a quien los médicos le dan desesperados masajes en el corazón buscando devolverlo a la vida.

En la calle solo están los chavistas. La llamada sociedad civil involucrada en la gigantesca marcha de hace dos días permanece en sus casas sin atinar a creer que aquella partida de locos haya echado por tierra la única posibilidad cierta de sacar del poder a su acérrimo adversario, y todo por sus errores, por su insólita idea de abolir los poderes públicos y perseguir a los chavistas como si estuviéramos en una dictadura.

En el quinto piso donde están los golpistas repica el celular del contralmirante Ramírez Pérez y cuando este lo contesta escucha una voz de enérgico acento que le dice: “Almirante, es el general García Montoya. ¡Lo llamo para exigirle la entrega inmediata del señor Presidente de la República!”

Ramírez Pérez, atontado por los nervios, pega un respingo y, sin decir palabra, le pasa el teléfono al general Manuel Rosendo, quien se identifica. Escucha entonces la petición: “Es el general García

Montoya. ¡Llamo para pedir el inmediato regreso del Presidente...!”

Rosendo, que no es precisamente un émulo de Alejandro Magno, siente que el teléfono le quema las manos y se lo entrega al general Vásquez Velasco, sin decir nada; este, con la duda reflejada en el semblante, se lo lleva al oído. Ante la exigencia del general García Montoya le da una respuesta ambigua.

García Montoya insiste: “¡Le exijo, general, que respete la integridad física del Presidente! Entréguelo, no cometa el error de sacarlo del país. Si eso sucede, ¡usted correrá con las consecuencias!”

García Montoya cuelga el teléfono, pensando: En ese grupo nadie tiene bolas.

Cuando los coroneles Martínez Mendoza y Chaparro Espinoza le comunican al general García Carneiro que los rebeldes no aceptan entregarse, el oficial les ordena a los generales Vietri Viteri y Arrieta Virla y a los coroneles Montilla Pantoja y Granadillo Perozo que se reúnan con los profesionales del Batallón Caracas, que se han mantenido leales a la constitucionalidad, y coordinen la toma del quinto piso de la Comandancia General del Ejército.

“¡Detengan a los oficiales les dice- y manténgalos bajo custodia en la Inspectoría General, garantizándoles todos sus derechos!”

Así lo hacen. A las ocho de la noche, los soldados del Batallón Caracas y los oficiales toman el quinto piso y entran a la comandancia donde rinden a los golpistas sin disparar un tiro. No es necesario: la retoma de Miraflores por los chavistas y la llamada de García Montoya los ha desmoralizado de tal manera que ni fuerzas tienen para oponerse. Todo el tinglado se ha caído. La aventura golpista ha tenido el final que cualquier persona cuerda hubiese previsto

desde el primer momento. Venezuela no es un país cuyos ciudadanos, independientemente de su forma de pensar, estén dispuestos a someterse a los designios de una dictadura por muy disfrazada de democrática que parezca.

En eso ha tenido mucho que ver Chávez. Chávez le ha metido la Constitución en el corazón a todos los ciudadanos: a los chavistas que salieron a repeler la agresión de que eran objeto y a los opositores que no salieron a defender a un Gobierno que estaba conculcando los derechos establecidos en la carta magna. Y ahora se están viendo los resultados de esa prédica, debido a los errores de los sediciosos.

Entre los detenidos se encuentran el general Hugo Peña, los contralmirantes Molina Tamayo, Ramírez Pérez y Comisso Urdaneta, los generales Ruiz Guzmán, Pereira Olivares, Chacón Quintana, Fuenmayor León, Alfonso Martínez, Manuel Rosendo, Navarro Chacón y el coronel Pérez Villalobos, quienes en tres días apenas han escrito una triste historia en un país preñado de luchas por la libertad. Pues no solo han atentado contra la institucionalidad sino que han permitido la injerencia de oficiales estadounidenses en asuntos que solo conciernen a los venezolanos.

Cuando los generales que encabezan el operativo preguntan por Carmona Estanga, les dicen que se encuentra descansando en la habitación del comandante general, la cual está cerrada por dentro. Uno de los oficiales del batallón logra entrar por otra puerta y detiene al empresario, quien se entrega, nervioso, sin oponer resistencia.

“Usted está detenido”, le dice el oficial.

“¿Por qué motivo?”, pregunta Carmona.

“Porque usted violó la Constitución de la República”.

García Carneiro se ha trasladado a donde la multitud espera noticias, fiel a su idea de abrir el fuerte para cercar a los golpistas en caso de que estos se resistieran a las fuerzas leales al Presidente. En eso recibe una llamada del general Viteri Viteri.

“Mi general -le dice-, misión cumplida, tenemos a Carmona listo para renunciar”.

García Carneiro, emocionado, coge el megáfono y les da la información a los ciudadanos. “¡Pueblo de Caracas, los golpistas han sido detenidos, el señor Carmona ha renunciado!”

La alegría es inmensa, los chavistas se felicitan, abrazándose como en fiesta de Año Nuevo. No es para menos. En 48 horas han echado por tierra todo un movimiento golpista preparado con meses de antelación. El pueblo sabio y paciente, el hombre viejo y el sueño joven han dejado de ser pendejos y la esperanza ahora se ha hecho verdad. Allí Primera lo vuelve a recordar esa noche en sus canciones de siempre cuando el pueblo, loco de contento con su cargamento, se apura a montar la fiesta por el retorno a la democracia que creía perdida en manos enemigas.

Informado de la detención de los golpistas por García Carneiro, el ministro de la Defensa, José Vicente Rangel, se presenta en Fuerte Tiuna. Cuando va llegando con su hijo, el alcalde Rangel Ávalos, observa cómo el general Guaicaipuro Lameda va saliendo apresurado. “Las ratas -comenta, reflexivo- abandonando el barco”.

El ministro es recibido por el general José Gregorio Montilla Pantoja, quien le comunica que dentro de la oficina está Carmona Estanga. Rangel entra y se enfrenta al empresario. “¡Carajo! -lo increpa, furioso-. ¡Usted es el culpable de toda esta vaina que ha pasado!”

Pero Carmona parece estar en otro mundo. Caído como ha sido su castillo de rey por un día, se muestra confundido y no acierta a responder.

Después, el ministro se enfrenta a los otros golpistas que, rendidos, sumisos y nerviosos, esconden sus miradas como si con eso pudieran evadir la realidad que se les viene encima, aplastándolos. Rangel les grita. Manuel Rosendo, el más nervioso, no encuentra dónde poner las manos, que le tiemblan, y en ese momento el general Lucas Rincón, molesto por la conducta de quien se supone es un general del ejército, le grita:

“¡Carajo, tómate un café a ver si te calmas!”

Aún falta, sin embargo, salvar el escollo principal. Informados como están de que los golpistas pretenden sacar al Presidente del país, el grupo de oficiales que se encuentra en La Placera debe tomar medidas de última hora. Ya García Carneiro ha llamado al general García Montoya. “Mi general, hemos tomado Fuerte Tiuna. Los golpistas están detenidos. Carmona renunció”, le dice.

La noticia riega la alegría entre los militares institucionalistas y, transmitida al pueblo en la calle, propaga la esperanza del pronto regreso del Presidente al poder.

De inmediato se pone en práctica la “Operación Restitución de la Dignidad Nacional”, acuerdo logrado por un grupo de oficiales reunidos en Maracay que entre todos tienen 20 mil hombres en armas. Ellos son:

El general de división (Ej.) Julio José García Montoya, *director de la secretaría del Consejo Nacional de Seguridad y Defensa, comandante de la operación.*

El general de división (Ej.) Nelson Benito Verde Graterol, *comandante de la IV División Blindada y Guarnición de Maracay-Aragua.*

El general de división (Av.) Luís Acevedo Quintero, *inspector general de la Aviación.*

El general de brigada (Ej.) Raúl Isaías Baduel, *comandante de la 42^o Brigada de Infantería Paracaidista.*

El general de brigada (Ej.) Alí Uzcátegui Duque, director de la Escuela Básica de la Fuerza Armada Nacional.

El contralmirante (ARBV) Orlando Maniglia Ferreira, comandante de la Escudería de la Armada.

Y el general de brigada (AV.) Pedro Torres Finol, comandante de operaciones aéreas de la aviación.

El documento por ellos aprobado es el siguiente:

Nosotros, los soldados ciudadanos de las FAN, evocando el título VIII “De la protección a la Constitución”, artículo 333, cuyas ejecutorias se enmarcan en el estricto apego a la Carta Fundamental y las leyes de la República Bolivariana de Venezuela, CATEGÓRICAMENTE DESCONOCEMOS a la junta de facto que usurpó el poder legal y legítimamente constituido en Venezuela.

...Informamos a la opinión pública nacional y a la comunidad internacional que somos respetuosos del texto y de los principios consagrados en todos los convenios y tratados internacionales suscritos por la Nación y atendemos especialmente al título VII “De la Seguridad de la Nación y leyes vigentes...

...Actuamos en cumplimiento de nuestro deber, de nuestra honra y conciencia como ciudadanos militares. Así, pues, como militares venezolanos, nosotros juramos defender la Constitución y las leyes,

y en atención a esa palabra empeñada nunca respaldaremos un gobierno dictatorial, de facto, puesto ilegal e ilegítimamente en función de unos intereses parciales violando la voluntad popular. No somos fieles a personas sino a principios y es por esto que asumimos esta posición...

...En virtud de resguardar el orden, la integridad y la paz física y moral que tanto deseamos todos, tanto venezolanos como la comunidad internacional, exigimos:

...1.- Que cese inmediatamente la matanza que efectúan especialmente las policías Metropolitana, Chacao y demás grupos que están siendo cruel e ilegítimamente utilizados...

...2.- Que la verdadera sociedad civil conserve toda la calma, la buena conducta cívica y se tranquilice, pues presuntamente tendremos una salida honrosa para todos...

...3.- Que tengamos acceso a los medios masivos de información, ya que en estos momentos estos no están cumpliendo su función de máximos defensores del derecho a la información veraz, y así salvar vidas de compatriotas que están siendo asesinados en las calles. Cumplan, pues, con el máximo interés de cualquier ser humano decente, ya que por su complacencia muere gente inocente y eso pesará sobre sus conciencias...

...4.- Que se recupere el hilo constitucional que ofrece suficientes mecanismos para resolver esta situación...

...5.- Que se convoque el referéndum consultivo previsto en la Constitución de la República Bolivariana de Venezuela para medir la verdadera voluntad venezolana...

...6.- Que cesen el terrorismo, los actos vandálicos y las humillaciones contra compatriotas a quienes actualmente se les están violando sus derechos en una siniestra lista negra...

...8.- Que renuncie el actual dictador que está provocando un baño de sangre en nuestro país y se restituya al ciudadano DIOSDADO CABELLO y al resto de los poderes...

Asimismo, según consta en el expediente del caso, el Consejo de Guerra Permanente de Maracay adoptó una decisión para rescatar al Presidente, del siguiente tenor:

...Este juzgado militar, vista y observada la pauta descrita en los artículos 333 y 334 de la Constitución de la República Bolivariana de Venezuela, frente a la necesidad de restablecer el Orden Constitucional, al existir en el país una situación de desestabilización debido al intento de supresión del soporte institucional y de la Constitución..., y en atención a la desaparición física del Presidente Constitucional de la República, Teniente Coronel (Ej.) HUGO RAFAEL CHÁVEZ FRÍAS, en cuyo caso están en juego los más altos intereses del Estado y su seguridad y defensa como bien jurídico obligatoriamente titulado por la Institución castrense... y a la par el peligro real de la seguridad e integridad del ciudadano Presidente de la República, y a petición del ciudadano Fiscal Militar Superior ante el Consejo de Guerra Permanente de Maracay, Teniente Coronel (GN) FERNANDO KARIM CAPACE ESQUIFI..., quien procede dando tramitación a las coordinaciones realizadas por el General de División (Ej.) NELSON BENITO VERDE GRATEROL, Comandante de la Cuarta División Blindada y Guarnición, siendo las 22 horas del día 13 de abril del presente año, acuerda trasladarse y constituirse en la sede de la 42 Brigada de Infantería de Paracaidistas, ubicada en el sector La Placera, Maracay, estado Aragua, comandada por el General de Brigada (Ej.) RAÚL ISAÍAS BADUEL, encontrándose presente el DR. RAFAEL TOSTA

RÍOS, quien solicita estar presente en el momento de constituirse el Tribunal Militar en el lugar donde ha sido acordado y a los fines y efectos de restituir la persona del señor Presidente de la República a la sede del Gobierno Nacional en Caracas, y así restituirlo en el cargo del cual es legítimo titular, para restaurar el orden jurídico y constitucional resquebrajado debido a la ausencia del ciudadano Presidente de la República Bolivariana de Venezuela, elegido constitucionalmente, en hechos acaecidos desde el día jueves 11 de abril y apreciado por este juzgado que pretende materializarse a través del acto írrito y nulo del 12 de abril de 2002 con intención de disolver los poderes constituidos y la base legal de la Constitución de la República... procede a observar tal requerimiento...

A continuación el Consejo de Guerra procede a mencionar a los oficiales presentes...

...quienes le expresan al Tribunal que: por cuanto tienen conocimiento de que el ciudadano Presidente se encuentra recluido en contra de su voluntad en la Base Naval de La Orchila solicitan que este Tribunal se traslade y se constituya en la mencionada Base Naval y acompañe a la Comisión Militar para rescatar, de ser cierto, al ciudadano Presidente de la República y proceda a trasladarlo al Palacio de Miraflores en la ciudad de Caracas; pues, de acuerdo a documento firmado de puño y letra, el señor Presidente indica lo siguiente:

Turiamo, 13 de abril de 2002

AL PUEBLO VENEZOLANO Y A QUIEN PUEDA INTERESAR.
NO HE RENUNCIADO AL PODER LEGÍTIMO QUE EL PUEBLO
ME DIO. "PARA SIEMPRE"

HUGO CHAVEZ FRÍAS

En Miraflores, la detención de los golpistas es recibida con aplausos por cientos de personas dentro del palacio presidencial y en los pasillos. Ya han hecho acto de presencia los dirigentes de todos los partidos políticos que apoyan el proceso revolucionario. Todos ellos son recibidos con aplausos por la masa enfebrecida que poco a poco se ha transformado en multitud, y se espera de un momento a otro al vicepresidente Diosdado Cabello para ser juramentado por el presidente de la Asamblea Nacional, William Lara.

Pero es necesario un medio de comunicación para informarle a todo el país lo que está sucediendo pues los medios privados mantienen la censura. Esta actitud de los dueños de las televisoras será objeto en el futuro de análisis en organismos nacionales e internacionales, pues nadie ha podido entender aún hoy cómo fue posible que mientras el país estaba en la calle demandando el regreso del Presidente constitucional y los golpistas eran detenidos, esos medios mantuvieran un silencio que rayaba en el cinismo.

Si bien es cierto que, como alegaron, sus periodistas corrían el riesgo de ser agredidos, también lo es que todas las agencias y cadenas internacionales de radio y televisión estuvieron informando ininterrumpidamente durante las últimas 48 horas lo que ocurría y de allí podían perfectamente sacar las noticias. Si no lo hicieron fue porque no les interesaba y porque, desde el primer momento, apoyaron la huelga de la oposición sin rubor alguno.

Para poner al aire el canal del Estado, Venezolana de Televisión, se comisiona a un grupo formado por los periodistas Vladimir Villegas, Juan Barreto y Jesús Romero Anselmo. A ellos se les unen, entre otros, Rodolfo Sanz, Ernesto Villegas y Guillermo García Ponce, este último también periodista de vieja escuela que, a sus más de 80 años, siente la emoción de sus tiempos juveniles como sempiterno dirigente de izquierda. De su pluma salieron libros documentados

y valiosos donde se cuenta la historia de los terribles años sesenta cuando la izquierda fue brutalmente atacada por la derecha inclemente. Uno de esos libros fue La fuga del Cuartel San Carlos, que narra la historia del sensacional escape que él mismo protagonizó con Teodoro Petkoff y Pompeyo Márquez, el 5 de febrero de 1967. Por supuesto, en los meses siguientes, García Ponce se abocará a publicar otro libro sobre la gesta democrática del pueblo venezolano que hoy, 13 de abril, parece llegar a un final feliz.

Desde la comisión Nacional de Telecomunicaciones, Conatel, Jesse Chacón, su presidente, ha tratado de poner en marcha el canal y Romero Anselmi ha dado tímidos pasos en ese mismo sentido, pero no aparecen los técnicos de la estación y la comisión designada debe recurrir a un técnico de Catia TV, la televisora comunitaria del oeste de Caracas, que demuestra ser tan bueno como el mejor, y el canal es puesto al aire, pero la imagen es tan lavada que los periodistas, al hablar desde el estudio, parecen sacados de El acorazado Potemkin, la vieja película de Eisenstein.

Entonces el aparataje del chavismo se pone en movimiento en otra de sus áreas, los motorizados, comandados por Los Tupamaros del 23 de Enero, quienes comienzan el asedio a los canales de televisión privados, especialmente a RCTV, que, como está en el centro de Caracas, les queda a tiro de cañón. Pero la protesta se degenera cuando algunos exaltados lanzan piedras y otros objetos contundentes contra las instalaciones del canal.

Dentro, el personal –técnicos, directivos y periodistas- se asustan ante las características que está tomando el asedio, desproporcionado por lo demás, pues temen que se pase al asalto y se les haga daño, dada la rabia que manifiestan muchos de los exaltados. El periodista Eduardo Sapene, vicepresidente de Información y Opinión de la televisora, coloca valientemente una cámara que enfoca a los

manifestantes cuando lanzan las piedras y pintan consignas en la fachada. Sapene transmite lo que esta viendo, con voz pausada que denota cierto nerviosismo pero también indignación.

Los periodistas, que nada tienen que ver con las decisiones de los dueños del medio, se esconden en el sótano y desde allí se comunican con sus familiares. Los familiares intentan llamar a las autoridades, pero en ese momento no hay autoridad alguna que responda porque el país está en un limbo jurídico, sin Presidente, y sin rumbo específico. Y como no hay quien gobierne, nadie se atreve a tomar decisiones con respecto a lo que está pasando en el canal.

El momento, entonces, es de tensión extrema. Los demás canales de TV se pegan de RCTV y transmiten el asedio a pantalla partida mientras los periodistas de guardia en cada una de las estaciones transmiten sobre las imágenes perturbadoras que están viendo. Es una solidaridad entre colegas como nunca antes se ha visto en el país.

A los ojos de los televidentes, los chavistas pasan a ser de esa manera una turba enfurecida capaz de cualquier cosa; no una manifestación en demanda de sus derechos a estar bien informados. Los motorizados chavistas se van entonces a cada uno de esos canales. Entonces, cada canal comienza a transmitir el asedio propio y el de los demás canales, con la pantalla partida en cuatro. Con sus máquinas ronroneando y echando humo, los motorizados le dan a la escena un ambiente de Pandilla Salvaje o de Ángeles del infierno, que en nada contribuye a la buena imagen del Gobierno y profundiza el temor entre los televidentes de que pueda ocurrir otra masacre como la del 11 de abril.

Pero en los demás canales no es tan fácil el asedio porque estos están protegidos por grandes muros. En vista de la gravedad de la si-

tuación, a RCTV se presenta una comisión de la Guardia Nacional, pero para sorpresa de los televidentes los efectivos hablan con los chavistas y se van, así, sin más, dejándolo todo como estaba. Poco después aparece una comisión de la Policía Metropolitana que se coloca en posición de resguardo de las instalaciones del canal. El ánimo de los manifestantes tiende a exaltarse más porque culpan a los funcionarios de este cuerpo policial de buena parte de las muertes del 11.

Cuando el asunto va a pasar de castaño a oscuro, hace acto de presencia el alcalde Freddy Bernal, quien calma a sus partidarios. Eduardo Sapene sale y ambos entablan un diálogo acerca de lo que está sucediendo y es entonces cuando Bernal le explica el objetivo de la manifestación: que RCTV se pliegue a VTV para transmitir lo que está sucediendo en Miraflores. Sapene lo consulta con los directivos de RCTV y estos acceden para salvar al personal atrapado dentro de las instalaciones.

Hasta ese momento, los venezolanos solo han estado informados por los canales internacionales, a través del cable, pero en ese momento esto representa solo el 5% de la parrilla televisiva del país y RCTV es el canal que está en primer lugar en el rating. Por lo que a partir de ese instante la situación da un giro de 180 grados y todo el país se entera de la retoma de Miraflores, de la detención de los golpistas y de la renuncia de Carmona Estanga.

Los hechos van sucediéndose a partir de ese momento a través de las pantallas de los televisores: la llegada del fiscal Isaías Rodríguez, a quien la multitud levanta en brazos, la llegada del vicepresidente Diosdado Cabello, su juramentación como Presidente encargado por parte del presidente de la Asamblea, William Lara; los abrazos, los aplausos y el pueblo en la calle, inmenso como la sabana, con el

corazón tan grande como el país, restituyendo la legalidad infringida por los golpistas.

A Cabello no le ha sido fácil llegar hasta allí. En los dos días precedentes ha debido sortear una serie de escollos, esconderse en múltiples lugares, con la muerte pisándole los talones, porque se ha convertido en un objetivo de los alzados que lo han buscado donde quiera que se ha escondido; y al final, en un helicóptero que sus amigos, entre ellos Chávez, llaman “El Avispón Verde”, ha salido del problema. El mayor Suárez Chourio y el director de la Disip, Carlos Aguilera, han sido los únicos que han sabido de sus desventuras por tierras montañosas, sitios inexplorados y mundos inéditos donde se ha escondido en el estado Vargas y en Los Teques, hasta ese regreso triunfal a Miraflores para guardarle el Gobierno al Presidente legítimo.

La euforia resuena en el Miraflores entristecido de dos días antes, cuando las manecillas del reloj cruzan el umbral del 13 hacia el 14 de abril, pero Chávez, cuyo regreso la multitud pide a gritos, sigue sin aparecer.

CUARTO DÍA

EL REGRESO

En Maracay, los generales García Montoya y Baduel coordinan con el contralmirante Fernando Camejo Arias, comandante logístico de la Armada, el envío de cinco lanchas patrulleras y la fragata misilística Almirante García desde la base de Puerto Cabello al apostadero naval de La Orchila con intenciones de rescatar al Presidente.

En las afueras, al igual que sucede en Miraflores y en Fuerte Tiuna, el pueblo sigue a la expectativa, pero ya han comenzado a redoblar los campanarios y a escucharse las canciones de Alí Primera y las no tan revolucionarias, pero sí más guapachosas, de Oscar de León y Gilberto Santa Rosa, junto con Rubén Blades, porque, vamos, el venezolano es guerrero como el mejor de los guerreros pero a la hora de celebrar los triunfos nadie le quita lo bailado.

Y esto es un triunfo. Lo único que falta es que aparezca Chávez mismo para que la fiesta sea completa y de eso están encargados los que saben, los generales y almirantes institucionalistas. Entonces, lo que queda es buscar a la mujer, a los hijos y la caña y celebrar al compás de la consigna que en ese momento vuela por el espacio aéreo venezolano hasta los más lejanos confines, como un pájaro liberado, “Volvió, volvió, volvió”.

Ya hay tarimas en todas partes, cientos de vehículos están estacionados en los alrededores de la brigada de paracaidistas. Los taxistas han redoblado el trabajo para llevar a la gente gratuitamente, pues todos quieren ser protagonistas de este momento histórico. Se dice que cuando lo rescaten Chávez llegará a Maracay, primero que

todo, y nadie quiere perder la oportunidad de verlo. Pues, sin darse cuenta, los golpistas lo han transformado en héroe de multitudes.

Las lanchas y las fragatas parten a las OO horas y estiman llegar a La Orchila a las 03:00 horas de este 14 de abril, pero los oficiales no cuentan con el apoyo aéreo necesario para evitar que, como se teme, el Presidente sea extrañado del país.

La Base Aérea Libertador está en manos de los golpistas, pero estos ignoran que en Caracas los jefes del movimiento han sido rendidos. El general de división Luís Acevedo Quintero y el general de brigada Pedro Torres Finol son comisionados para convencer a los insurrectos. Casi a la medianoche logran su cometido y a los generales García Montoya y Baduel se les ofrecen tres helicópteros Superpumas para salir en busca del mandatario.

Conciente de que en estas circunstancias los segundos son vitales, el general García Montoya se comunica con el embajador estadounidense, Charles Shapiro.

“Lo llamo –le dice, imperativo- para pedirle que intervenga y evite que el Presidente Chávez sea trasladado al exterior. Sabemos que hay una aeronave civil de siglas norteamericana Noviembre ciento sesenta y cinco Sierra Carlos (N165SC) que tiene la misión de llevárselo”.

“Déjeme averiguar y lo llamo”, le dice, Shapiro, sorprendido –creen los militares venezolanos- porque no imaginaba que ellos pudieran tener esa información.

Al poco rato, Shapiro devuelve la llamada. “Esa aeronave es de un ciudadano venezolano pero no estoy en capacidad de establecer su identidad. I’m sorry, general”.

Nada más. El resto del cuento se sabrá más tarde.

Ignorante de lo que está sucediendo, en la casa presidencial de La Orchila, donde está recluido, Chávez recibe la inesperada visita del cardenal Ignacio Velasco, a quien acompañan dos oficiales ligados a los golpistas, el general de brigada José Esteban Godoy Peña y el coronel Julio Rodríguez Salas.

Los oficiales insisten en que el Presidente debe renunciar como condición para salir del país, y añaden que el cardenal será el garante de que se respeten sus derechos.

Cerca de la casa presidencial ya ha aterrizado el misterioso avión, en el cual los sediciosos piensan sacar a Chávez del país rumbo a Puerto Rico.

Chávez, ignorando cuál es la verdadera intención de los golpistas, le pide la bendición a monseñor Velasco, pero cuando lee el decreto que ponen ante él se molesta, porque allí no solo renuncia sino que destituye al vicepresidente Diosdado Cabello, y, además, el documento tiene fecha 11 de abril.

“¿Cómo piensan ustedes que yo voy a firmar un decreto con fecha atrasada? –pregunta--. ¡No, yo no firmo eso! Primero, no voy a renunciar; segundo, este decreto tiene fecha atrasada; tercero, no estoy informado para nada de lo que está ocurriendo allá, y cuarto, hay una serie de condiciones que yo pondría y ustedes saben cuáles son, ya las hablamos hace dos noches, para considerar la posibilidad de un abandono del cargo bajo presión. ¡Porque estoy bajo presión, sin duda!”

Seguidamente se levanta, le hace una seña al cardenal y le dice: “Monseñor, vamos a caminar por la orilla del mar”. Salen. El viento glacial que sopla con fuerza en la isla les da en los rostros curtidos por la preocupación. En la oscuridad de la noche parecen siluetas, personajes de una película de John Carpenter, uno de sotana y el

otro mirando a las estrellas tratando de descubrir cómo hacer un exorcismo para sacarle los demonios a tanto bicho de mala entraña metido a golpista.

Para el Presidente secuestrado la llegada del cardenal es la oportunidad de buscar, a través de la conversación, alguna pista que le indique cómo andan las cosas en Caracas.

“Yo tuve –dirá Chávez más tarde– una buena conversación con monseñor. . . Le pedí que habláramos a solas y nos sentamos a la orilla del mar; allí le dije: ‘Monseñor, vamos a orar a la orilla de este mar’. Y le pedí perdón y le dije que era necesario que todos los sectores del país pusiéramos más empeño, toda la buena voluntad que podamos para poder convivir en paz aceptando las reglas del juego, aceptando las normas de la convivencia ciudadana. Esto que ha pasado es un llamado para todos; necesario es que reflexionemos todos”.

A medida que transcurre la conversación Chávez se percata de que su regreso al poder es inminente. Él lo explicará así: “Estando en La Orchila, mirando al mar, poco a poco la situación fue cambiando. Hasta que él se dio cuenta de que estaba hablando con el Presidente. Y entonces yo le dije: ‘Como la cosa pareciera que está de nuevo en su sitio, yo le hago este comentario con mucho cariño, respeto y afecto, monseñor cardenal Velasco: vamos a agarrarnos de las manos, vamos a orar a la orilla del mar y miremos las estrellas y pidámosle a Dios’. Porque él llegó allá dándome la bendición, el abrazo y el afecto y conversamos muchas cosas”.

En Maracay, el general de división Alí Uzcátegui Duque y el almirante Fernando Camejo Arenas parten hacia La Orchila en tres helicópteros de la Armada, encabezando la misión de rescate, con quince hombres del Comando de Operaciones Especiales de la Casa Militar, el abogado Tosta Ríos, un juez militar y un médico.

Los oficiales leales al Presidente ya han logrado convencer al contralmirante Scetto Romero de que es inútil cualquier resistencia porque sus compañeros han sido detenidos en Caracas. Romero se niega en principio, pero al recordársele que su esposa es sobrina del ministro de la Defensa y que corre el riesgo de convertirse en traidor, accede a entregar al Presidente.

Cuando llevan cierto tiempo de vuelo, el general Uzcátegui recibe información manipulada en el sentido de que Chávez no se encuentra en La Orchila como ellos creen. Se comunica con Baduel y le da la información. “Seguiremos hacia la isla -le dice-, cumpliremos nuestro objetivo”.

Baduel lo alienta. “Sigue, no te preocupes, no habrá resistencia”.

En ese momento los militares institucionalistas están dando el paso definitivo para devolverle la normalidad constitucional al país.

En el Fuerte Tiuna es la una de la madrugada y la fiesta sigue su curso. García Carneiro, entre el pueblo, los mantiene informados de todo lo que está aconteciendo, especialmente sobre las guarniciones que se han ido adhiriendo a la causa del Presidente, en defensa de la institucionalidad. Miles de personas concentradas en el lugar esperan la noticia del regreso de Chávez. Han salido a la calle a hacer la guerra para garantizar la paz, y no se irán de allí hasta cumplir el cometido.

La gente quiere saber qué está pasando en Miraflores, por lo que un joven va a su casa y trae un televisor, el cual conecta a la batería de su vehículo; es así como, arremolinados en torno al aparato, se van enterando de las buenas noticias transmitidas ya en cadena por todas las televisoras doblegadas por la fuerza de la verdad. Chávez regresará al Gobierno en cualquier momento. Un grupo de oficiales

y soldados entrenados se dirige en estos momentos a La Orchila a rescatarlo. Como en las películas de Steven Segal, ni más ni menos.

La alegría es contagiosa. Todos ríen y aplauden. Como queda dicho, al venezolano no hay que apretarlo mucho para que monte una rumba. Y ahora hay motivos, cómo no. Así, la rumba hace mover los cuerpos febriles, turgentes, cimbreantes de las féminas sinuosas, en la fiesta que se monta esta noche porque la democracia escamoteada durante 48 horas ha sido reconquistada por el pueblo y los militares institucionalistas.

De pronto alguien propone ir a Miraflores y le piden autobuses a García Carneiro.

“¿Están locos?”, les dice este, entre asombrado y divertido. “¿De dónde saco yo autobuses para trasladar a cincuenta mil personas a esta hora?”

Entonces a uno de ellos se le ocurre una idea, “Vámonos a pie. ¡Caminemos, compatriotas!”

“Vamos, vamos caminando”, dice otro, y otro y otro..., y cuando vienen a ver, todos se encuentran en marcha hacia el palacio.

García Carneiro sube el carro del chico que tiene el televisor y este, orgulloso, arranca “con el general que ha puesto preso a los golpistas”. Cuando se adelanta, el general voltea y, como dirá después, se le hace un nudo en la garganta ante lo que sus ojos presencian. La marcha es impresionante; todos van cogidos de las manos, cantando, gritando consignas, dándole vivas a Chávez, contagiados de un profundo fervor patriótico. Gritando por Venezuela. García Carneiro piensa que con un pueblo como este jamás se perderá una guerra. Recuerda entonces que eso lo dijo Morillo en la Guerra de Independencia, “Ya quisiera tener en mi ejército guerreros como

estos”. Porque el venezolano es un pueblo al que le gusta labrarse su propio destino.

(De la entrevista realizada por la periodista Nitú Pérez Osuna al cardenal Ignacio Velasco, en Globovisión, el 18 de noviembre de 2002)

--Ahora –dice el cardenal--, en cuanto a que yo he tenido ocasión de hablar con el presidente Chávez, sí he tenido ocasión, y sobre todo en esos momentos difíciles a mi se me preguntó si por favor no podía ir con un sacerdote en plan puramente humanitario y que fuera para salvaguardar la vida, los derechos de este señor.

--Todo eso lo sabemos, monseñor, pero ¿qué le decía?, ¿usted le creyó? Porque de verdad uno se impacta.

--Yo lo que quiero decirte es que yo dije, bueno, pues, que vaya un sacerdote, voy yo. Entonces, yo me fui para allá; entonces cuando llegamos él quiso hablar conmigo y hubo una pequeña conversación que duró como veinte minutos. Cuando yo llegué, lo noté que estaba como cabizbajo. Después de esa primera conversación estaba un poquito más animado, echaba broma.

--¿Pero de verdad estaba arrepentido, quería una segunda oportunidad?

--Ya voy a llegar a eso. Entonces algunos militares le preguntaban por la renuncia; él dijo que la había querido poner antes pero no se la aceptaron...

--¿Dónde puso él la renuncia y no se la aceptaron?

--No, no, que él la ofreció y no se la aceptaron. Él ofreció la renuncia con la condición de salir para afuera, pero no lo dejaban salir para afuera... fuera del país...

--¿Usted tiene el manuscrito, por casualidad, esa carta de Chávez?

--No, no, no lo tengo. La carta de Chávez no fue una carta de renuncia; esa era una carta de abandono del poder, él mismo la escribió de su puño y letra y después esa carta salió publicada en los periódicos.

--¿Pero usted no la tiene?

--No, no la tengo.

--¿No sabe quién la tiene?

--No sé quién la tiene porque la agarraron los militares y...

--Mire que decir mentiras es pecado.

--Yo no digo mentiras, no la tengo, por Dios que no la tengo... Bueno, después que nos llegaron noticias de que habían cambiado las cosas, porque yo pasé toda la noche en la isla de La Orchila, entonces yo quise hablar con él, le mandé a decir que quería hablar con él porque habían cambiado un poco las cosas en Venezuela. Entonces él con mucho gusto y fue ahí cuando nos sentamos a hablar de tú a tú, sinceramente. Me decía, "Dios me ha dado una segunda oportunidad, yo quiero aprovechar esta segunda oportunidad que me da Dios, yo realmente no quiero cometer algunas cosas que hice antes". Y yo aprovechaba y le decía algunas cosas que no recuerdo ahorita. Le decía tal cosa y tal cosa, y él me decía, "No quiero hacerlo, no quiero atacar a la Iglesia", y cosas así. Bueno, yo creo que sinceramente puede ser, y realmente a principios cuando llegó hubiera podido llegar como un triunfante de una batalla en la cual lo habían depuesto y él volvió a resurgir y no llegó así, llegó un poquito más...

--¿Usted no ha hablado luego con él de eso?

--Luego de eso él me ha llamado varias veces por teléfono cuando yo estuve un poquito enfermo; entonces él me llamó varias veces y me preguntó por mi salud y yo debo decir que le agradezco mucho, y me preguntaba y yo le decía, bueno, más o menos, cómo estaba. Se preocupaba y me llamaba pero ya tengo tiempo que no hablo con él.

Teresa Maniglia, en un estupendo trabajo que tituló *Un relato único*, una historia que es la suya, intenta aclarar lo ocurrido con la carta que supuestamente redactó Chávez.

“La carta de Chávez” a la que se refiere el cardenal Velasco es la nueva versión del decreto que el coronel Julio Rodríguez Salas le ha entregado al Presidente en La Orchila para que la firme.

El Presidente...se niega a firmarla y comienza a hacerle correcciones de su puño y letra.

Cuando eso está sucediendo, las cosas en Caracas están cambiando.

¿Qué dice ese documento que redacta Hugo Chávez y que nunca firmó, y aún así fue publicada en los periódicos?

El extracto que agregamos lo tomamos del diario Panorama, que publicó una serie de reportajes redactados por los periodistas Luís Cañón y Alexander Montilla, titulada “La historia del golpe y la retoma del poder”.

Yo, Hugo Chávez Frías, CI: 4258228, ante los sucesos acaecidos en el país en los últimos días, y consciente de que he sido depuesto de la Presidencia de la República Bolivariana de Venezuela, declaro que abandono el cargo para el que fui elegido democráticamente por el pueblo venezolano y el que he ejercido desde el 2 de febrero de 1999. Igualmente declaro que he removido de su cargo, ante la evidencia de

los acontecimientos, al Vicepresidente Ejecutivo, Ing. Diosdado Cabello Rondón. En La Orchila, a los 13 días del mes de abril de 2002.

En La Orchila, el largo silencio de la noche es cortado apenas por el ulular del viento glacial que hace rugir el mar con intensidad, pero las dos figuras no parecen sentir el frío de esa madrugada, inmersas como están en la conversación acerca de santos y demonios, uno haciendo el mea culpa y el otro oyendo como corresponde a un sacerdote en confesión.

Los ojos de Chávez coquetean con las lágrimas que pugnan por salir, agradecido como está de la reacción del pueblo en defensa de su gobierno. Sabe que eso establece un compromiso que va más allá de cualquier contrato, documento o promesa. Piensa que algo así es inédito en el país. El pueblo ha hecho historia, la historia se ha escrito con sangre, pero ahora se abren grandes horizontes de esperanza.

“Invoquemos a Dios -le pide el cardenal- para que seamos capaces de aceptar nuestras diferencias, dialogar y cooperar”.

Chávez recordaría siempre esa noche con nostalgia. “Y decíamos: ¿Cuál es nuestro objetivo? Cumplir el mandato de Dios. ¿Cuál es el mandato de Dios? Luchar por la paz, por el bienestar de los seres humanos. Tenemos la misma meta, bueno, cualquier diferencia sería táctica, sería coyuntural. No permitamos que esas diferencias sean las que se impongan, no; marchemos con las diferencias en el bolsillo, en el saco, a la espalda o la vanguardia, vamos con las diferencias, pero vamos al objetivo común con buena fe”.

De pronto, en el cielo estrellado se reflejan tres puntos negros que, a medida que se acercan, se van transformando en ángeles salvadores. El exorcismo está por cumplirse. El sonido, que es arrastrado por el viento, se hace audible desde lejos a los oídos entrenados

del teniente coronel; sabe que vienen a rescatarlo y eso se confirma ante sus ojos brillosos cuando los ángeles toman la forma de helicópteros. Chávez mira al cardenal y una sonrisa de triunfo se asoma en sus labios. No se vanagloria de ello, sin embargo, porque el momento sublime que ha disfrutado al lado del sacerdote le llena de gozo el corazón abotargado por la presión a que ha sido sometido durante esos días en los cuales conoció como nunca el fondo del alma humana.

Cuando los tres helicópteros se aprestan a aterrizar, la avioneta que ha traído al cardenal y a los dos oficiales comprometidos en el golpe, carretea por la pista y levanta vuelo hacia el infinito y más allá. El piloto, asustado, ha huido cobardemente dejando al cardenal con un palmo de narices.

Chávez se ríe y en un arranque de buen humor que le era extraño tan solo unas horas antes, le dice al cardenal, “Adiós cará, monseñor, ahora tendré que rescatarlo yo a usted”.

De los helicópteros bajan los comandos armados que toman posición de combate. Saben que no habrá resistencia, pero han pasado demasiadas cosas esos días como para andar confiados por los caminos del Señor. Cree en Dios pero lleva tu arma cargada.

Bajan Camejo Arias y Uzcátegui Duque, quienes se percatan de que en la isla hay un avión misterioso, tal como se les había informado. Se acercan al aparato y se dan cuenta de que en su interior no hay nadie, pero no tienen suficiente personal para dejar una custodia permanente a fin de averiguar quién es el propietario y cuál su destino; después de sabrá que el plan de vuelo era para Puerto Rico y de allí quién sabe a dónde.

Cumplido este procedimiento, los oficiales se acercan al Presidente y al cardenal Velasco. Uzcátegui Duque pide la bendición al sacer-

dote, y Velasco lo bendice. Luego ambos oficiales se cuadraron militarmente ante el Jefe de Estado.

“Estamos cumpliendo la Operación Rescate de la Dignidad Nacional, señor Presidente”, le dice Uzcátegui con solemnidad. Al fin han terminado las horas de tensión. Está ahí, frente al Personaje. Lo demás, será fácil.

Chávez lo abraza emocionado. Uzcátegui le pregunta: “¿Se encuentra bien, mi comandante en jefe?”. Y Chávez, siempre sonriente, “Mejor que nunca”.

Ya los soldados de la Armada han hecho presos a los militares que custodiaban al Presidente y ahora, emocionados, algunos de ellos lloran como niños, desahogando la tensión que han vivido en las horas precedentes. Chávez, orgulloso de ellos, les agradece el gesto. Los golpistas, desmoralizados, guardan silencio. Se saben la parte negativa de la historia.

Luego, el abogado Tosta Ríos lee un documento en el cual se dice solemnemente que “con su localización y trasladado ha quedado restituida la integridad de sus facultades legítimas y el resguardo de la institucionalidad democrática y de la Constitución de la República Bolivariana de Venezuela”.

El teniente coronel Antonio Castro, médico de la Armada, cree necesario hacerle un reconocimiento al Presidente para verificar su estado de salud. “No se preocupe, doctor -le dice Chávez-, estoy bien”.

“Señor Presidente -le dice Uzcátegui-, hay una multitud esperándolo en Maracay”.

En ese momento se recibe una llamada. Es José Vicente Rangel. “Presidente -le dice, alborozado-, estamos aquí en Fuerte Tiuna.

¡Coño, tenemos presos a todos estos carajos! Nos vemos en Miraflores”.

Chávez hace una seña. “General -dice, eufórico-, vamos a Miraflores”.

Camina hacia uno de los helicópteros. “Vamos, monseñor -le dice al cardenal-, móntese aquí. Está rescatado usted ahora”.

Se da cuenta de que el general Godoy Peña y el coronel Rodríguez Salas también están allí y, sonriendo, les señala los helicópteros. “Vamos, vénganse, están rescatados ustedes también”.

Suben todos de una vez y los helicópteros levantan vuelo rumbo al palacio donde Chávez tiene una cita con el pueblo que lo ha restituido en el cargo en una gesta que no olvidará el resto de su vida. Cuando, una hora después, sobrevuelan el cielo de Caracas, ve cómo se levantan luengas humaradas de las barricadas colocadas por la gente enfurecida en su ausencia y, persignándose, aferra el Cristo que le ha regalado el general Pérez Arcay tres noches antes -y el cual será su asidero hasta el día de su muerte-, e interiormente le da gracias a Dios por haberle dado el privilegio de esta segunda oportunidad.

“Era un día histórico”, dirá después.

... Y PASARON LOS AÑOS

A pesar de haber sido detenidos en plena flagrancia, los oficiales implicados en el golpe fueron dejados en libertad la semana siguiente, al igual que había sucedido el 13 de abril con los francotiradores detenidos por el agónico gobierno de Chávez la madrugada del 12.

El periodista Néstor Francia, afecto al proceso revolucionario, en su libro *Puente Llaguno: hablan las víctimas*, identifica a los francotiradores de la siguiente manera:

Luís Arturo Meneses, CI: 14.783.743; Jorge Meneses Quintero, CI: 17.126.818; Nelson Enrique Rosales, CI: 14.161.140; Roberto Francisco McNight, CI: 10.480.186; Franklin Manuel Rodríguez, CI: 15.197.364; John Carlos Muñoz Garzón, colombiano, pasaporte N° AG324882, y Roger Jesús Miquelena, CI: 10.612.977.

Los siete sujetos fueron puestos por la Fiscalía a las órdenes del tribunal 14° de control, a cuyo cargo estaba la jueza Norma Ceiba Torres, quien increíblemente los dejó en libertad durante el breve tiempo en que el gobierno de facto estuvo en el poder, sin imponerles medidas cautelares, a pesar de que las experticias que se les hicieron fueron positivas en cuanto a la presencia de nitritos y nitratos, iones oxidantes que se desprenden cuando la pólvora es percutada. Asimismo, se les incautaron explosivos, armas, proyectiles y pasaportes falsos.

El caso de los francotiradores se fue diluyendo en el tiempo, pues, aunque parezca inverosímil, nadie se ocupó de ellos. No fueron más que seres fantasmales que sembraron la desolación y la muerte y luego desaparecieron como si se los hubiese tragado la tierra o como si nunca hubiesen existido.

Tampoco tuvo un final feliz para el Gobierno el caso de los oficiales implicados en el golpe, quienes fueron absueltos en una controver-sial decisión por el Tribunal Supremo de Justicia, el 1 de agosto de 2002. De esa manera, los generales Efraín Vázquez Velasco, y Pe-dro Pereira Olivares, y los contralmirantes Héctor Ramírez Pérez y Daniel Comisso Urdaneta, únicos en ser llevados a juicio, salieron indemnes de su aventura al lado de Pedro Carmona Estanga. El TSJ consideró que no hubo golpe de Estado sino un vacío de poder, y que los militares “estaban preñados de buenas intenciones” cuando actuaron en el proceso.

Carmona Estanga fue detenido. Se le dio la residencia por cárcel, pero cuando estaba sometido a juicio, inexplicablemente se escapó, salió del país y actualmente vive en Colombia.

Sí fueron sentenciados a 30 años de presidio los comisarios Iván Si-monóvis, Henry Vivas y Lá zaro Forero, por su presunta participación en los sucesos del 11 de abril, es decir, la muerte de algunos de los ciudadanos fallecidos ese día aciago. Pero en el 2012 el exmagistrado Eladio Aponte, expresiden-te de la Sala Penal del TSJ, denunció que había confirmado la sen-tencia de los comisarios por instrucciones del presidente Chávez. Aponte, enjuiciado por su presunta vinculación con narcotrafican-tes, también se fue del país. Vivas y Forero están en libertad por razones humanitarias, debido a que enfermaron en la cárcel. Pedi-mentos similares por Simonóvis, no han progresado.

La participación de militares estadounidenses en el golpe, motivó la protesta del Gobierno venezolano. A partir de ese momento las relaciones entre los dos países han sido muy conflictivas, no solo durante el gobierno de Bush sino también en el de Obama, al punto de que desde hace algunos años no tienen embajadores.

Algunos de los protagonistas de esos sucesos han fallecido. Uno de ellos, William Lara, quien era presidente de la Asamblea Nacional, murió en un accidente de tránsito cuando era gobernador del estado Guárico; otros, como el general Baduel, quien llegó a ser ministro de la Defensa, se desvincularon del proceso revolucionario y fueron sometidos a juicio. Baduel fue sentenciado a 8 años de prisión por presuntos hechos de corrupción en el ministerio. La posibilidad de un indulto fue rechazada por él mismo, por considerar que se le había enjuiciado y encarcelado por motivos políticos. Situación similar a la planteada por el general Francisco Usón, quien estuvo preso algunos años, hasta cumplir la sentencia.

El doctor José Vicente Rangel fue canciller y vicepresidente de la república; luego se retiró y volvió al periodismo. El exministro Aristóbulo Istúriz ganó la gobernación del estado Anzoátegui el 16 de diciembre de 2012. El general García Carneiro, ya en retiro, ha ganado dos veces la gobernación del estado Vargas. El general Lucas Rincón fue ministro de la Defensa y ha ocupado importantes cargos en el exterior. El general Belisario Landis ha sido embajador en República Dominicana y actualmente es diputado al Consejo Legislativo de Anzoátegui, su estado natal. El almirante Orlando Maniglia fue ministro de la Defensa y después pasó a retiro pero sigue siendo fiel seguidor del proceso revolucionario. Diosdado Cabello ocupó cargos como ministro, fue gobernador de Miranda y es presidente de la Asamblea Nacional.

Juan Barreto fue alcalde metropolitano de Caracas. Actualmente dirige el partido Redes, vinculado al Polo Patriótico. José Albornoz e Ismael García se desvincularon del proceso chavista y formaron tienda aparte. Ambos fueron despojados de sus partidos, PPT y Podemos, por decisión de la Sala Electoral del TSJ. Albornoz creó el Movimiento Progresista (MP) y García Avanzada Progresista (AP) junto con el gobernador de Lara, Henry Falcón, uno de los diri-

gentes de la oposición mejor vistos. Con ellos se encuentra el periodista Vladimir Villegas, cuyo hermano, Ernesto, es ministro de Información del Gobierno.

Leopoldo López ganó dos veces la alcaldía de Chacao, luego fue inhabilitado por la Contraloría General de la República pero la Corte Interamericana de Derechos Humanos anuló la decisión por considerarla contraria a derecho. Enrique Capriles Radonsky ganó dos veces la alcaldía de Baruta, fue juzgado y estuvo preso por los sucesos de abril, pero fue absuelto y luego derrotó a Diosdado Cabello y ganó la gobernación de Miranda. Se lanzó a la Presidencia de la República pero perdió con Chávez el 7 de octubre de 2012. Sin embargo, el 16 de diciembre de ese año fue reelecto en la gobernación en dura lucha con Elías Jaua quien venía de ser vicepresidente de la república.

Durante los años transcurridos desde el golpe de abril, se ha visto que este suceso le hizo mucho daño a la oposición venezolana a la cual le ha costado recuperarse. Se han celebrado dos elecciones presidenciales, en el 2006 y el 2012, ambas ganadas por Chávez, aunque este perdió el referéndum de la reforma constitucional de 2007 y las elecciones parlamentarios de 2010, a pesar de lo cual obtuvo mayoría en el parlamento. Pero ganó ampliamente, también, las elecciones regionales de 2012, donde el Gobierno obtuvo 20 de las 23 gobernaciones de estado.

Junto con el golpe de abril, la huelga petrolera de diciembre del mismo año 2002 y enero del 2003 también conspiró contra la oposición; tanto, que los promotores de este movimiento debieron salir del país. Carlos Ortega, presidente de la CTV, fue condenado a 16 años de presidio, pero se fugó y vive en el exterior. También salieron los exdirectivos de Pdvsa que patrocinaron la huelga.

Hugo Chávez, en esos años, consolidó su liderazgo y se transformó en uno de los más importantes dirigentes del mundo, lo cual le reconocieron propios y extraños, pero en el 2011 le fue diagnosticado un cáncer que, casi dos años después, el cinco de marzo de 2013, acabó con su vida. Sus exequias reunieron a millones de personas que durante nueve días hicieron kilométricas colas para observar el cadáver expuesto en la Academia Militar, y de casi todos los países del mundo llegaron mensajes de pésame por su deceso. Cincuenta Presidentes, jefes de Estado y primeros ministros vinieron a testimoniarle su afecto y solidaridad a su familia.

Chávez no tuvo la previsión de formar liderazgos emergentes para el proceso revolucionario, pero antes de irse a Cuba a su última operación, le habló al país y anunció que Nicolás Maduro, quien había sido canciller por seis años, era su sucesor y pidió que votaran por él en las elecciones que se celebrarían en caso de ausencia absoluta del Presidente, como en efecto ocurrió al producirse su muerte.

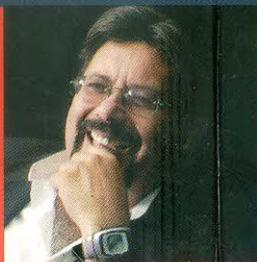
Chávez, según sus colaboradores, se aferró a Cristo hasta el último momento, con el mismo crucifijo que había mostrado el catorce de abril del 2002 en la madrugada de su regreso al poder, el crucifijo que le regaló el general Pérez Arcay cuando se dirigía desde Miraflores a Fuerte Tiuna, en aquellos terribles momentos en que el país estuvo a punto de entrar en el ominoso sendero de una dictadura.

Por todas las cosas que ocurrieron en los 14 años que gobernó, por haber sido electo contundentemente para un nuevo periodo presidencial que lo hubiera mantenido en el poder por 20 años, algo inédito en la democracia venezolana, indudablemente -le guste a usted o no-, desde el momento de su fallecimiento la historia de nuestro país se dividió en el antes y el después de Hugo Chávez Frías.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN.....	7
PRIMER DÍA / LA MASACRE.....	9
SEGUNDO DÍA / EL GOLPE DE ESTADO.....	50
TERCER DÍA / EL CONTRAGOLPE.....	113
CUARTO DÍA / EL REGRESO.....	157
...Y PASARON LOS AÑOS.....	170

Esta edición de 5.000 ejemplares
se imprimió durante el mes de agosto del año 2013,
en el Taller de P & P, Producciones Gráficas C.A.
en Caracas, República Bolivariana de Venezuela.



ALEXIS ROSAS

Periodista, locutor y escritor, nacido en la Isla de Margarita.

Tres veces ganador del Premio Nacional de Periodismo (1981, 1991 y 2006) y dos veces ganador del Premio Municipal de Periodismo en Caracas (1982, 1993).

Ha escrito los siguientes libros: Yumare, la masacre impune, La noche de los generales (sobre el golpe del 11 de abril), El terrorista de los Bush (con Ernesto Villegas), El rescate del Pilín León (sobre la huelga petrolera del 2002), Un policía para un triple crimen-El caso Mamera (con Sandra Guerrero), El caso Lorena (con Beatriz Hernández), Los últimos pájaros de la tarde, El Juicio es de Dios, Vida y muerte de Rafael Vidal, El asesinato de los hermanos Faddoul. Por publicar, El último combate, la tragedia del Inca Valero.

Ha laborado en Tribuna Popular, 2001, El Nuevo País, RCTV, VTV, Radio Continente, Radio Visión y Radio Rumbos.

Fue diputado al Congreso Nacional y gobernador del estado Anzoátegui. Actualmente esta dedicado por completo a la literatura, en Barcelona, donde reside.